

Fulton J. Sheen

EL ETERNO GALILEO

UNA VIDA DE CRISTO PARA
EL MUNDO MODERNO



GALLE LA LUNA 225/227

México 3, D. F.

Título original

THE ETERNAL GALILEAN

Traducción al español por:

Raúl Vélez Díaz

Nihil obstat:

Arthur J. Scanlan, S. T. D., Censor Librorum

Imprimatur:

**Francis Cardinal Spellman
Arzobispo de New York**

Derechos Reservados

PRINTED IN MÉXICO
IMPRESO EN MÉXICO

*Dedicado a Marí
Madre de Dios,
Reina de las Siete Esp
Abogada de los Pecad
ante el trono de la Tri
Hija del Padre
Madre del Hijo
Esposa del Espíritu*

La Infinitud de lo Pequeño

1

¿Cómo puede el alma hallar a Dios? Es un hecho psicológico que sólo siendo pequeños podemos descubrir algo grande. Esta ley, llevada al nivel espiritual, nos dice cómo podemos hallar al inmenso Dios, y ello es, llegando a poseer el espíritu de los niñitos. Verificada esta ley recurriendo a la experiencia personal y ved cómo se aplica a Dios.

En el orden físico habéis notado alguna vez que a un niño todo le parece grande: su padre es más grande que cualquier otro hombre del mundo, y su tío, que ahora está de pie cerca a la ventana, es más alto que los grandes robles allá en el valle. Todo niño ama la historia de Jack y el palo de alubias, porque para él cada palo de alubias se eleva hasta el mismo cielo. Ahora, en la realidad los palos de alubias no tocan las estrellas, pero para el niño sí las tocan, porque éste es tan pequeño que en relación con él todo es grande, aun el palo de alubias. Sólo al crecer el niño los palos de alubias se vuelven pequeños. *Es sólo siendo pequeños como podemos descubrir algo grande.*

Tomad otro ejemplo. A todo niño le gusta jugar al caballito con una escoba. Se monta en ésta y, por alguna magia peculiar, su única pata de madera se cambia en cuatro cascos piafantes, y su paja, en una crin despeinándose a todos los vientos. Ahora bien, las escobas no son caballos, ni su paja es una crin; pero para un niño sí lo son, porque él es tan pequeño que en comparación suya todo lo demás es grande. Aun sus gigantes que derriban bosques como si fueran hierba, son creaciones de la humildad. Sólo cuando crece hasta ser grande, un hombre grande, es cuando mueren los

gigantes y sus cuentos de hadas se vuelven insensateces. *Sólo siendo pequeños es como podemos descubrir algo grande.*

Tomad un ejemplo final. En muchos hogares se halla ahora jugando un muchacho con soldaditos de plomo, que no tienen más de tres pulgadas de alto. El los coloca en fila bajo el comando de tenientes, mayores y generales, y los envía a combatir al enemigo. Estos soldados para él no son de plomo, son de carne y hueso; no tienen tres pulgadas de alto, sino seis pies; no portan fusiles de juguete, sino que usan potentes ametralladoras; no están allí de pie, quietos, sino marchando fuera de las trincheras para dar el asalto. El puede oler el humo de la batalla, oír las bombas que revientan, sentir la metralla y ver cómo caen muertos los hombres a su lado. El mismo rojo del tapiz es la sangre del campo de batalla, cuando los cañones de largo alcance convierten los campos de adormidera en Haceldama de sangre. ¡Es una guerra real, y no habrá paz hasta que termine! Cuando él crezca, dejará de jugar y los soldados serán sólo juguetes rotos de plomo, cuando se contraen de seis pies a tres pulgadas y son recogidos en una cesta de desperdicios y apartados junto con los gozos de la niñez que nunca velverán.

¿Qué significa ser un niño? "Ser un niño es ser algo muy diferente del hombre de hoy. Es tener un espíritu brotando todavía de las aguas del bautismo; es creer en el amor, creer en la belleza, creer en la fe; es ser tan pequeño que los duendecillos alcanzan a cuchichear en sus oídos; es convertir calabazas en coches, y ratones en caballos; humildad en excelsitud e insignificancias en grandezas, pues cada niño tiene su hada madrina en su propia alma; es vivir en una cascara de nuez y sentirse el rey del espacio infinito. El universo es su caja de juguetes. El mete sus dedos en el crepúsculo. Se llena de*polvo de oro al revolcarse en medio de las estrellas. Hace inocentes travesuras con la luna. Los meteoros hociquean en sus manos. Importuna al trueno encadenado y gruñón, y ríe al sonido de sus cadenas de fuego. Corretea por las puertas del cielo. Su piso está lleno de las fantasías rotas. Corre salvaje sobre los campos del éter. Da

caza al mundo girante. Se coloca entre los pies de los cabellos del sol. Se pone al regazo de la Madre Natura y trenza sus guedejas sueltas de cien modos caprichosos para ver en cuál parecerá más hermosa".¹ Esto es lo que significa ser un niño. Por ello es, también, por lo que *sólo siendo pequeños es como podemos descubrir algo grande*.

Ahora, hay una íntima relación entre la pequeñez física, que es la niñez, y la pequeñez mental, que es la humildad. No podemos ser siempre niños, pero sí podemos tener siempre la visión del niño, que es otra manera de decir que podemos ser humildes. Y de igual modo, en el orden espiritual la ley sigue siendo la misma: si un hombre quiere alguna vez descubrir algo grande, debe hacerse siempre pequeño; si engrandece su ego hasta el infinito, no descubrirá nada, pues no hay nada más grande que el infinito; pero, si él reduce su ego a cero, entonces descubrirá que todo es grande: pues no hay nada más pequeño que él mismo. ¿Cómo entonces descubrirá el hombre a Dios en el tiempo de Navidad? ¿Cómo hallará la razón para el gozo detrás del gozo? Así como es sólo siendo pequeños como podemos descubrir algo grande, así también es sólo siendo humilde como él encuentra un Dios Infinito en la forma de un Niño.

Para captar esta verdad, imaginad a dos hombres que entran en la cueva donde ha nacido el Bebé: uno de ellos es un hombre orgulloso, el otro, un hombre humilde. Primero dejad que el hombre orgulloso, intoxicado con el engrimiento, y lleno de un barniz de conocimiento recogido de alguna historia de Wells de bolsillo, entre en la cueva de Bethlehem. ¿Pensáis que éste descubriría alguna vez al inmenso Dios? ¡Vaya!, si es tan grande que piensa que nada hay más grande que él mismo, y tan sabio que no hay nadie más sabio que él, y tan presumido que nada podría añadirse a su suficiencia. Es tan grande mentalmente, que para él todo lo demás es pequeño. Para él, lo que es realmente más grande que el universo, es un bebé envuelto en pañales, y lo que realmente es un Rey, no es más grande que la cabeza

¹ Francis Thompson. "Ensayo sobre Shelley".

de un buey, y lo que es realmente la eterna Sabiduría, es sólo un organismo que no puede hablar. Sonríe ante la credulidad de los pastores que creen en ángeles, y ante la ignorancia de los Magos que creen que fueron guiados Providencialmente por una estrella. Levanta sus cejas a la Virgen Madre, recordando vagamente una leyenda egipcia acerca de Krishna. Concede una mirada a José, el hombre de los andrajos, a quien con razón el mesonero estaba negando la entrada. Piensa en todo lo que ha hecho la ciencia para dominar la tierra, y luego en cuan tonto es creer en ese Bebé como un Creador; medita en la Relatividad, y luego en el absurdo de llamar Señor de Cielos y tierra a una amiba glorificada; recuerda cuánto ha hecho el Control de la Natalidad para impedir que los pobres traigan hijos al mundo, y luego en cuan insensata fue la Madre de ese Niño que pudo ofrecerle sólo un establo y unas pajas de un piso donde se solía desgranar. No vio el infinito porque era orgulloso; dejó de descubrir a Dios, porque era demasiado grande. Porque es sólo siendo pequeños como podemos descubrir algo grande: aun a Dios.

Ahora, dejad que un hombre humilde entre en la cueva: un hombre que cree que él no sabe nada, un hombre que recibe las enseñanzas de un hombre que es sencillo. Este mira exactamente el mismo espectáculo que el orgulloso contempló, y, sin embargo, ve algo diferente. El mira al cielo del establo y ve el gran dosel de estrellas; mira al Bebé, y ve a aquel que ni aun los cielos y la tierra podrían contener; mira a un pesebre, y ve que Dios se hizo Hombre para ser nuestro alimento. Esos ojos del Bebé para él miran a través de los corazones y leen secretos en el pensamiento; para él, las envolturas que ahora atan la vida, son las que más tarde se romperán, porque la vida no puede ser tenida por la muerte; para él, los labios rubicundos son los labios cuyo beso da la inmortalidad y cuyo movimiento lleva el mensaje de paz y perdón. Para él las manos diminutas son las manos en las cuales reposan todas las naciones como el último grano en la balanza. La fecha es

veinticinco de diciembre, pero para este hombre humilde es Navidad; el pesebre es un trono; la paja es plumaje real; el establo es un castillo; y el Bebé es Dios. Encuentra Sabiduría porque era tonto, Poder porque estaba débil, y al Infinito, Inmenso y Eterno Dios, porque era pequeño: *pues sólo siendo pequeños es como podemos descubrir algo grande.*

Desde otro punto de vista, sólo el hombre humilde se da cuenta que necesita ayuda de arriba. De aquí que sólo el hombre humilde entienda el significado de la Encarnación. Se recordará que la palabra "encarnación" deriva del Latín y significa "en la carne". A veces, cuando deseamos ponderar una virtud de un hombre, por ejemplo, la bondad, decimos de una manera exagerada que éste es la encarnación de la bondad. Por esto queremos decir que el Ideal de la Bondad ha tomado en él forma humana. Ahora, cuando hablamos de la Encarnación, realmente queremos significar que la Vida, la Verdad y el Amor del Perfecto Dios, tomaron una apariencia humana visible en la Persona de Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

La fe del hombre humilde le dice: Este Niño es la Palabra Encarnada, verdadero Dios y verdadero Hombre. El es el Creador de la raza humana hecha hombre; El necesita leche para nutrirse, pero es por Su Mano como son alimentados los pájaros del cielo; El ha nacido de una Madre, pero es Aquel que existió antes que Su propia Madre y por lo tanto El la hizo a ella bella y sin pecado, como nosotros hubiéramos hecho con nuestra madre si hubiéramos podido; El yace sobre paja y tierra y sin embargo sostiene el universo y reina en los Cielos; El ha nacido en el tiempo, y sin embargo existía antes de todo tiempo; siendo el Hacedor de las estrellas, está debajo de las estrellas; siendo el Gobernador de la tierra, es un paria de la tierra; siendo que llena todo el mundo, yace en un pesebre. Y no obstante el hombre orgulloso sólo ve un Bebé. Pero el humilde, iluminado por la fe, ve dos vidas en este Bebé, en la unidad de la Persona de Dios. Entre estas dos vidas de

Cristo —la Divina que El siempre posee por su nacimiento eterno en el seno del Padre, y la humana que El empezó a poseer por su Encarnación en el seno de una Virgen— no hay mixtura ni confusión. En El la Divina no absorbe la humana; la humana no menoscaba la Divina. La unión es tal que sólo hay una xínica Persona, la Persona Divina, que es la Persona del Verbo de Dios. No existe analogía humana para esto; ni siquiera la unión de nuestro cuerpo y nuestra alma en la unidad de nuestra persona, nos dice las profundidades del misterio de un Dios que se hizo Hombre, con el fin de que el hombre pudiera llegar a ser una vez más la imagen y semejanza de Dios.

Los humildes, almas sencillas, lo suficientemente pequeñas para ver la grandeza de Dios en la pequenez de un Bebé, son por tanto los únicos que entenderán la razón de Su visita. El vino a esta pobre tierra nuestra para traernos una propuesta; para decirnos como sólo Dios podía decir: "Tú me das tu humanidad, y yo te daré mi Divinidad; tú me das tu tiempo, y yo te daré mi eternidad; Tú me das tu cuerpo cansado, y yo te daré mi Redención; tú me das tu marchito corazón, y yo te daré Amor; tú me das tu insignificancia, y yo te daré Mi Todo".

El mundo que tan inclinado se halla al poder, no parece aprender nunca la paradoja de que, así como sólo el niño pequeñito descubre la grandeza del universo, así sólo los corazones humildes encuentran algún día la grandeza de Dios. El mundo desecha la lección, porque confunde pequenez con debilidad, pequenez de niño con puerilidad, y humildad con complejo de inferioridad. Piensa del poder solamente en términos de vano conocimiento del espíritu del día. Olvida que en la debilidad física puede enconderse gran fuerza moral, así como el Omnipotente estuvo envuelto en pañales; y que puede hallarse gran Sabiduría en la fe del sencillo, así como la Mente Eterna se encontró en la forma de un Bebé. Hay fuerza: fuerza delante de la cual temblaron los ángeles, fuerza ante la cual se postraron las

estrellas, y fuerza ante la cual el mismo trono de Herodes tembló de temor. Fue la fuerza del Amor Divino y Majestuoso que se apocopó a nada para convencernos de la medida de Dios, que es realmente grande y alta.

Pero Su ley debe ser nuestra ley. Debemos empezar nuestra misión eterna como El quiso empezar la Suya, es decir, empezando por lo más bajo y humilde como punto de partida para lo más alto y poderoso. Así como El, que es Dios, descendió a la pequenez de la niñez, como primer paso para su triunfo eterno, así debemos nosotros descender de nuestro orgullo ignorante al nivel en que estamos a Sus ojos. "... Si no os volviereis, e hiciereis como niños", es su dicho característico, "no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 18:3). Llegar a ser como niños pequeños no significa otra cosa que humildad o sinceridad del juicio acerca de nosotros mismos, un reconocimiento de la desproporción entre nuestra pobre vida y la vida eterna delante de nosotros, un reconocimiento de nuestra debilidad, nuestra fragilidad, nuestros pecados, la pobreza de todo lo que estamos haciendo ahora, y también el poder y la sabiduría que han de ser nuestros, siempre que seamos lo suficientemente humildes para arrodillarnos delante de un Bebé en un pesebre de pajas, y confesarle que es Nuestro Señor, nuestra Vida y Nuestro Todo.

De esta manera el natalicio del Dios-Hombre es el día de los niños, en el cual la edad, como un cangrejo, vuelve hacia atrás, en el cual las arrugas son suavizadas por el roce de una mano juguetona, en el cual el orgulloso se vuelve niño, y el grande, pequeño, y todos encuentran su Dios. De aquí que yo no hable en palabras de sabiduría erudita, sino en las palabras de un niño. Todos nos vamos agachando en la cueva; dejamos aparte nuestra sabiduría mundana, nuestro orgullo, nuestra aparente superioridad y nos volvemos como pequeñitos ante el incalculable misterio de la humillación del Hijo de Dios. Y en esta condición, subimos a las rodillas de la más amable de las mujeres de todo mundo,

la única mujer entre todas que lleva la rosa roja de la maternidad y la rosa blanca de la virginidad, la madre que al engendrar a Nuestro Señor se hizo la Madre de los Hombres; y le pedimos a ella que nos enseñe cómo servir a Dios, cómo amar a Dios, cómo orar a Dios. Le decimos:

Dulce Señora vestida de azul,
enséñame a orar.
El mismo Dios fue tu Niño,
¡dime qué decir!
¿Le subiste a veces
dulcemente hasta tus rodillas?
¿Le cantaste igual
que mi madre cantaba para mí?
¿Retuviste entre las tuyas.
Su mano divina en las noches,
y aun trataste
de contarle historias del mundo?
¡Oh!, ¿y no lloró?
¿Crees que en verdad se interese
si le cuento cosas,
pequeñas cosas que suceden?
¿Y si los ángeles hacen ruido con sus alas,
podrá oírme si hablo bajo?
¿Me entiende ahora?
Dime, tú que sabes,
dulce Señora vestida de azul
y enséñame a orar.
El mismo Dios fue tu Niñito,
y tú sabes qué decir.

**De *The Child on His Knees*, por Mary Dixon Thayer.
Con el permiso de *The Macmillan Company*, editores.**

Luego, cuando hayamos preguntado a María cómo orar, vamos a Jesús, y si no hemos perdido nada de la pequeñez por la cual descubrimos los secretos del Infinito, le pregun-

taremos a El una de las cosas más importantes en el mundo. No le preguntaremos cómo obran los átomos, ni si el espacio es curvo, ni si la luz es una onda, sino que le preguntaremos cómo se siente el Dios de los Cielos viviendo como un Niño en esta pobre tierra nuestra.

Jesucristo, ¿fuiste tú tímido
alguna vez, y así de pequeño como yo?
¿Y qué se siente salir
del Cielo y hacerse igual que yo?
Pienso que yo hubiera llorado
al perder mi casa toda hecha de cielo
y que al despertar me incomodaran
y no hubiera un ángel para vestirme.
¿Tuviste alguna vez juguetes?
como los niños y las niñas
¿Y jugaste en los Cielos con
los ángeles que no son tan altos
y tuviste por canicas las estrellas?
¿Se juega allá "búscame" por entre sus alas?
¿Y tu madre te permitía arruinar
el traje jugando por el suelo?
¡ Qué bueno tener siempre los vestidos nuevos
en los Cielos, porque son completamente azules y limpios.
¿Y tu Madre te besaba por la noche
y doblaba tus trajes para ponerlos en orden?
¿Y te sentías muy feliz en la cama
después que te había besado dulcemente y que habías hecho
[tus oraciones?

Tú no puedes haber olvidado todo,
lo que se siente siendo pequeño:
Así que,
tómame por la mano y caminemos
mientras escuchas mi charla de niño.
A tu Padre muéstrale mis ruegos
(El mirará, porque tú eres muy bello)

Y dile: Oh, Padre, yo tu hijo
te traigo las súplicas de un pequeñito.
Y él sonreirá, porque el lenguaje de los niños
no ha cambiado desde que Tú fuiste niño.

Francis Thompson, *Ex Ore Infantium*.

Si *somos* lo suficientemente pequeños para hacer estas cosas alrededor de una choza donde chocan y suenan "alas increíbles alrededor de una estrella increíble", entonces descubriremos el Infinito; si somos lo bastante humildes para ir donde Aquel que no tiene hogar, entonces encontraremos nuestro hogar; si somos bastante sencillos para hacernos niños naciendo de nuevo en nuestra edad madura, entonces descubriremos la Vida que perdura cuando el tiempo no exista ya. Para algunos, El viene cuando sus corazones están vacíos del mundo; para otros, El viene cuando sus cuerpos hambrientos demuestran el hambre de sus espíritus; para otros, El viene cuando el gozo los posee con la fuerza de un abrazo; para otros, El viene cuando el mundo en que se sostenían como en un cayado, ha perforado sus manos; para otros, El viene cuando las lágrimas corren por sus mejillas a modo que El pueda enjuagarlas. Pero para cada uno y para todos, El viene en Su manera propia y dulce: El, como Cristo; en *Christ's Mass*; en Navidad.

Pastores y Magos

2

Cualquiera que piense sobre la religión de algún modo, se hace a sí mismo este interrocante: ¿Por qué tan pocas almas hallan a Cristo? ¿Por qué las modas pasajeras del día ganan tantos adherentes, y el Divino Salvador tan pocos? Muchos hay que conocen a Cristo como un predicador genial de buen compañerismo, o como un reformador social de tendencias humanitarias, pero hay pocos que alguna vez le encuentran a El como Dios entre los hombres, la Luz y la Vida del mundo.

¿Por qué existirá tal actitud hacia Aquel que vino a rehacer un mundo rehaciendo el corazón humano? La razón es que las mentes que le buscan, o no son lo suficientemente sencillas, o no son lo suficientemente sabias. Desde el principio, nuestro Bendito Señor ha sido hallado solamente sencillas, o no son lo suficientemente sabias. Desde no conocen; pero nunca por aquellos que creen que conocen. La Divinidad es tan profunda que puede ser aprehendida sólo por los extremos de la simplicidad y la sabiduría. Hay algo en común entre el sabio y el simple, y es la humildad. El hombre sabio es humilde porque conoce que, no importa lo profundo que él cave, la Divinidad está siempre más profunda; el hombre simple es humilde porque sabe que la Divinidad es tan profunda que es inútil cavar. Pero aquel que se cree sabio, con una mente de estudiante de segundo año, repleta con el orgullo de su poco conocimiento, se halla tan convencido de su ciencia que no cavará porque piensa que nada puede ser más profundo que él mismo.

Como fue en el principio, así es ahora y lo será siempre: Nuestro Señor es descubierto sólo por el simple y el sabio, pero nunca por el hombre de un solo libro, nunca por la mente que piensa que sabe. Volved a la noche en que la Divina Luz, con el fin de iluminar las tinieblas de los hombres, se metió El mismo en una choza de este mundo que El había hecho, y veréis que sólo el simple y el sabio le hallaron, es decir, los Pastores y los Magos. Los ángeles y las estrellas se contagiaron con los reflejos de la Luz. como una antorcha iluminada por otra antorcha, y la transmitieron a los veladores de ovejas y a los inquisidores del firmamento. ¡Y he aquí! que mientras los pastores cuidaban sus rebaños por las lomas vecinas de Bethlehem, se vieron sacudidos por la luz de los ángeles que les decían: "No tenéis que temer: pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: y es que hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es cristo o *Mesías* el Señor *Nuestro*". ¡Y he aquí!, mientras los hombres de allende la tierra de Media y Persia estudiaban los cielos, el brillo de una estrella, como la lámpara de un tabernáculo en el santuario de la creación de Dios, les guió hasta el establo donde la estrella pareció perder su luz ante el brillo sobrenatural de la Luz del Mundo. Como mariposas a la luz se acercaron los pastores y los Magos a un trono que era sólo un establo y un Dios que era sólo un Bebé. Y como Dios en la forma de un Bebé miraba desde su choza, vio los tipos de las dos únicas clases de personas que le encontraron a El esa noche, y que le encontrarán hasta el final: los Pastores y los Magos, los simples y los sabios.

Los pastores'eran las almas simples que no conocían nada de política del mundo, nada de su arte, nada de su literatura. Ninguno de ellos podía recitar un solo verso de Virgilio, aun cuando era difícil encontrar una persona educada en el Imperio Romano que ignorara su poesía. A sus campos y a sus vidas sencillas nunca llegó el rumor de los escándalos de la corte voluptuosa de Heredes, ni tampoco una palabra acerca del erudito Gamaliel que se sentó en el templo a computar las setenta semanas de los años. El

gran mundo de la opinión pública exterior les ignoró como que no contaban en el progreso de los hombres y las naciones. Y sin embargo estos sencillos pastores, cuyos primeros reyes fueron pastores, *conocían* dos cosas muy importantes: el Dios encima de sus cabezas, y las ovejas en torno a sus pies. Pero este conocimiento bastaba a las almas simples, y en esa noche en que los cielos estaban tan brillantes que estallaron para revelar su ciencia radiante, un ángel anunció que Aquel por quien habían suspirado con jadeante expectación, había nacido ahora entre gente común del pueblo, en un establo común, en el pueblito común de *Bethlehem*. Y recogiendo una de las cosas que ellos conocían, un corderito, lo trajeron y pusieron a los pies de la otra única cosa que conocían: el Dios de los Cielos que vino a la tierra como un cordero inmolado desde el principio del mundo. Al fin los pastores habían hallado su Pastor.

La otra clase que le encontró a El fueron los sabios: no reyes, sino maestros de reyes, no meros diletantes del conocimiento, sino inquisidores de los cielos y descubridores de las estrellas. Tanto en ciencia como en religión, éstos estaban en la primera fila entre sus naciones, y los reyes les consultaban antes de ir a la guerra, y los agricultores antes de arar sus tierras. Una noche apareció una nueva estrella en los cielos. Otros miles que se hallaban cerca de los Sabios vieron su luz brillante, pero estos miles no fueron sabios con la sabiduría de los Sabios; fueron sabios solamente en su engreimiento. Vieron solo una estrella, pero estos primeros científicos de la edad cristiana vieron una estrella y divisaron a Dios. Para el hombre orgulloso la estrella es solamente una estrella; pero para el sabio la estrella es una obra de Dios: una demostración y revelación de algo más allá. Y así ellos siguieron la luz de la estrella, pero en vez de guiarles por encima de las montañas trasponiendo el sol y los brillantes luceros de las Pléyades hasta los ocultos almenajes del cielo, más bien los condujo a lo largo de los caminos arenosos de la tierra hasta el finalizar el rastro de la estrella de oro, donde los Magos, empeñados en un viaje de descubrimiento, hicieron el gran Descubrimiento de Dios.

Estos sabios, eruditos y poderosos, arrodillados en túnicas pontificales sobre un asiento de pajas, ante un Bebé que ni podía hacer ni contestar preguntas, ofrecieron sus dones y también se ofrecieron ellos mismos como arras de la obediencia del mundo. Sus regalos eran tres: oro, incienso y mirra: oro, porque El debía reinar como un Rey; incienso, porque El debía vivir como un sacerdote; y mirra, porque El debía morir como un hombre. Al fin los Sabios habían descubierto la Sabiduría.

Solamente los Pastores y los Magos encontraron a Cristo, pero pensad en los miles que no lo encontraron. El mundo en esos días, como en los nuestros, estaba lleno de sabios mundanos, pero ninguno de éstos descubrió a Dios. Había muchos agnósticos en Roma diciéndole a un joven Pilato que no había la verdad: había muchos sofistas en la plaza pública de Atenas enseñando que el hombre podía prescindir de los dioses; había poetas vanidosos glorificando la licencia en nombre de la libertad, y la injusticia en nombre del progreso; pero a ninguna de estas almas les vino la visión de un ángel o la luz de una estrella. Y, *¿por qué?* Porque los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, la gracia curativa y la salvación, están reservados solamente a los extremos, tanto en el orden intelectual como en el moral. Cuando Dios era un bebé, sólo los extremos intelectuales de simplicidad y sabiduría encontraron el camino a la choza; cuando Dios era un hombre, sólo los extremos morales de pecado e inocencia encontraron el camino hasta sus pies.

Los inocentes, como Juan, vinieron hasta El porque no necesitaban ser limpiados; los pecadores, como Magdalena, vinieron a El porque sintieron la necesidad de ser limpios. Pero ese grupo medio de fariseos, que reprochaban a Sus apóstoles porque no se lavaban sus manos antes de comer, hipócritas que eran como sepulcros blanqueados, por fuera limpios pero dentro llenos de huesos de muertos; los pagados de su propia rectitud, que eran mitad depravados y mitad intactos, que nunca estaban enardecidos de amor o fríos de odio, éstos nunca se arrodillaron delante de la mano lev-

tada del Sagrado Corazón. Son la clase que la Escritura dice que serán vomitados de la boca misma de Dios.

Cuando los arcos de los siglos marcan el paso de la historia, la choza se convierte en la Iglesia que nuestro Bendito Señor fundó sobre Pedro. La cosa interesante es que las mismas dos clases de gente que encontraron su camino a la choza, encuentran su camino a la Iglesia. Sólo los herederos de los pastores y los descendientes de los sabios entran un día por sus puertas sagradas. Es apenas otra manera de decir que la Iglesia tiene cabida sólo para dos extremos: aquéllos que piensan, y aquéllos que no piensan, pero no tiene cabida para aquéllos que piensan que piensan.

La Iglesia es hallada primero por el simple, o los que no piensan, la gran masa de los hombres y mujeres cuya ignorancia es más iluminada que las doctrinas de los eruditos —almas simples que, a causa de sus labores diarias rutinarias, como los pastores de las colinas de Judea, no tienen tiempo para estudios científicos, o que, si tienen tiempo, prefieren, como aquellos mismos pastores, ser instruidos por los ángeles o los embajadores de Dios. Para este gran ejército de los que no piensan, está la autoridad de la Iglesia, que ellos aceptan con la misma amable obediencia con que un niño acepta los mandatos de sus padres. Ellos no necesitan saber por qué la Iglesia llama generación al eterno nacimiento de la Segunda Persona de la Trinidad, y aspiración a la procesión de la Tercera Persona; no necesitan conocer cómo los accidentes de pan y vino pueden existir sin la substancia de pan y vino, así como un niño no necesita saber los detalles del gobierno de la ciudad donde sus padres votan. Necesitan saber solamente qué enseña la Iglesia: eso basta. Necesitan saber solamente qué dice el Vicario de Cristo; eso les satisface. El mundo les llama tontos y dice que la Iglesia está integrada con los ignorantes. Sí, la iglesia está integrada con los millones de simples que obedecen la autoridad por la única razón que es la autoridad; pero eso no significa que son tontos. Sólo significa que la Iglesia, como la cueva de *Bethlehem* está llena de sencillos pastores.

Pero la Iglesia no sólo se ocupa de los que no piensan, sino también de los que piensan: y al decir aquellos que piensan, quiero significar los buscadores verdaderos y profundos de la verdad. Desde los días del docto Pablo hasta los nuestros, la Iglesia se ha preocupado de los hombres eruditos, profundos y sabios. Ha habido quienes necesitaron saber no solamente la autoridad de la Iglesia, sino las razones detrás de esa autoridad; no sólo que la Iglesia es infalible, pero también por qué es infalible; no sólo que hay tres personas en la Bendita Trinidad, sino también por qué no hay cuatro. La Iglesia tiene que preocuparse de éstos, como la choza tuvo que procurarse los Magos, y para aquellas mentes que querrían beber profundamente en la fuente Pieria, que quisieran auscultar el infinito, y estudiar con el telescopio de la fe aquellas regiones inexploradas del pensamiento que los ojos de la razón no pueden alcanzar, la Iglesia abre los pozos profundos de filosofía y teología, en comparación de las cuales todas nuestras más altas matemáticas y físicas astrales no son más que los arroyos superficiales de las praderas y las niñerías de la mente humana. El mundo dice que tales enseñanzas de la Iglesia son vanas; que su teología no es profunda; ¡concedido! ¡es tontería! Pero no quiere decir que es tonta. Sólo significa que la Iglesia, como la cueva de *Bethlehem*, está llena de sabios que fueron lo suficientemente tontos para seguir una estrella hasta que les condujo a Dios.

Pero entre los extremos de las almas simples que viven por la fe, y que se hallan contentas de que toda su vida espiritual sean niños, y las personas eruditas como Agustín y Aquino cuyas antorchas de sabiduría, encendidas al pie del crucifijo, continúan iluminando un mundo de tinieblas —entre estos extremos no hay medio. Los sencillos pastores oyeron la voz de un ángel y hallaron su cordero; los sabios vieron la luz de una estrella, y encontraron su luz. Pero Herodes el Grande, que vivió a una docena de millas de los pastores, y que fue visitado por los pastores cuando estaban en camino a la choza, nunca encontró a Dios: ni siquiera en su masacre.

Toda la raza de los Herodes orgullosos de ese día hasta hoy, que piensan que piensan, han dejado de ver a Dios, bien porque son demasiado complicados para entender los sencillos informes de los pastores, o demasiado repletos de inútil erudición para captar la única verdad útil que traen los sabios. Carecen de esa cualidad de que notoriamente carece el mundo moderno, es decir, dejarse enseñar, o lo que los latinos llamaban docilidad. Por tanto desdeñan la idea de que Dios puede añadir su conocimiento con la revelación. Algunos de ellos, para disimular su orgullo, llegan a atacar la Iglesia como algo inadecuado y atrasado. A éstos se les debiera negar el privilegio de atacar y criticar, porque nunca conquistaron el derecho intelectual de hacerlo: toda vez que no conocen nada a cezxa de la Iglesia.

Y así vuelvo a repetir lo que dije al principio, que la humildad, que es común al simple y al sabio, es la condición para descubrir la sabiduría. Si nuestra era carece de alguna cualidad, es de la que podría llamarse enseñabilidad, o lo que llaman los latinos docilidad. Las mentes de hoy descansan principalmente en lo que han obtenido de sus propios pensamientos y lecturas. Algunos se imaginan que pueden averiguar enteramente la verdad por sí mismos, y desdeñan la idea de que Dios puede aumentar su conocimiento con la revelación. Otros creen que la sabiduría es sinónimo de un ligero conocimiento de los hechos relacionados con la ciencia, o el libro del mes, o el nuevo cráneo excavado en Peiping. Aun la educación universitaria ha venido a impregnar con la investigación de hechos tan inútiles, que olvida que la búsqueda es sólo un medio hacia un fin, un fin que es el descubrimiento de la Verdad. Está bien recordar que Herodes es lo que muchas de nuestras universidades hubieran llamado un hombre de investigación, pues él averiguó diligentemente dónde había nacido el niño. Pero los sabios entendieron mejor la educación. Ellos fueron también hombres de investigación, pues escudriñaban los cielos —pero eran lo suficiente humildes para conocer que la investigación era sólo un instrumento, y así siguieron

su ciencia de las estrellas hasta que ésta les llevó hasta la sabiduría que hizo las estrellas: Jesucristo nuestro Señor.

Sólo el dócil a la enseñanza encuentra al maestro, sólo el dócil encuentra al doctor, sólo el humilde encuentra al exaltado. Las personas simples, como los pastores, encuentran a Dios porque saben que no saben nada; las verdaderamente sabias, como los sabios, hallan a Dios porque conocen que no conocen todo. Y de ese día hasta hoy, la gran masa de convertidos a la Iglesia está compuesta de almas simples como la pobre viejecita que quería ser católica porque a ella le gustaría recitar sus cuentas delante de Nuestro Señor en el tabernáculo, y las verdaderamente ilustradas como Chesterton, Lunn, Belloc, Maritain, que saben tanta historia, filosofía y literatura, que no podían permanecer fuera de la Iglesia, una vez que les fue dada la gracia de Dios. También explica por qué Dios envía a cada edad de la historia los santos sobresalientes en la virtud que el mundo necesite más. Y así en estos días de orgullo y engreimiento, El hizo brotar a Little Flower, quien, aunque poseída de la sabiduría que salva, era tan sencilla como un niño, y que, aunque viviendo en una época en que los hombres juzgan el poder por las grandes cosas que puedan hacer aparecer sobre la tierra, juzgó más bien el poder por las rosas que ella quisiera dejar caer de los cielos. Por medio de su intercesión, cientos de miles de conversos han sido traídos a la sabiduría de la choza y a la fuerza de la Cruz. Los extremos de la simplicidad y la ilustración se encuentran en la Iglesia. Por intermedio suyo el labriego ignorante y el profesor universitario encuentran un punto común: conocen lo que cada uno debe creer. De manera que la Iglesia puede ser definida como un lugar donde podemos mantenernos responsables de las opiniones mutuas. El ilustrado sabe lo que debe creer el simple, y el simple sabe lo que el ilustrado debe creer, a saber, que no hay otro nombre bajo los cielos dado a los hombres y por donde ellos puedan salvarse, que el nombre del bebé de la choza. Pero los Herodes del mundo nunca hallan a la Iglesia así como nunca encuentran a Cristo: ni siquiera en su intento de matarlo; y la razón es que los

hombres nunca sienten un tirón hacia la Iglesia, hasta que han dejado de tirar contra ella. Ellos deben tratarla con mente desprevenida —aún si sienten que puede ella tener razón— pero ésta es precisamente otra manera nueva de decir que debemos ser humildes.

Nuestro Señor no nació bajo un cielo abierto, bajo el cual pueden los hombres caminar erectos, sino en una cueva, para entrar a la cual es necesario agacharse. El agacharse es el agacharse de la humildad. Algunas mentes son demasiado orgullosas para agacharse, y de este modo pierden el gozo que hay dentro de la cueva. Los pastores y los sabios fueron lo suficientemente humildes para agacharse, y cuando lo hicieron encontraron que no se hallaban propiamente en una cueva, sino en otro mundo donde vivía una hermosa mujer con el sol encima de su cabeza, la luna debajo de sus pies, y en sus brazos el bebé en cuyos diminutos dedos reposaba la tierra misma donde vivimos. Y en tanto los pastores y los magos se hallaban de rodillas en adoración, yo me pregunto si el sabio envidiaba al simple, o el simple envidiaba al sabio. Yo creo que los magos envidiaron a los pastores, porque su camino fue más rápido: no tardaron tanto en descubrir la sabiduría, que es Dios_.

El Artesano de Nazaret

3

En el pasado el hombre hablaba menos de vivir su vida, y más acerca de salvar su alma. Pero en nuestra era el énfasis ha variado de lo religioso y lo moral, a lo político y lo económico. La atracción hacia el cielo ha decrecido. La única pesquisa de Dios ha sido substituida por la doble pesquisa por el poder y la riqueza. El hombre moderno, aislado de Dios y desarraigado del gran patrimonio espiritual de las edades, anhela satisfacer el egoísmo de su mente mandando, y el egotismo de su cuerpo, gozando. De aquí que el hombre de éxito en nuestros días es el hombre que tiene poder y el hombre que tiene riqueza.

Pero marchando en sentido contrario a estos ideales modernos hay una doble fuerza que busca destruirles: la fuerza de la anarquía y la fuerza del Bolchevismo. La anarquía sostiene que todo poder es injusto, y por ende quiere arrojar todos los gobiernos al polvo. El bolchevismo sostiene que toda riqueza es injusta, y de aquí que quiera confiscar todas las fortunas privadas para henchir los cofres del estado.

En el caso de estos dos extremos, el uno glorificando el poder y la riqueza, y el otro condenándolos, la persona sincera busca una solución cuerda. Se hace a sí misma preguntas como éstas: ¿Son el poder y la riqueza absolutamente injustos? ¿Tiene razón el anarquista al condenar todo poder, y el comunista en destruir toda riqueza?

Hay sólo un cartabón con el cual pueden medirse estos ideales, y es por la vida y doctrina de aquel que se pasea por el moderno escenario cuando el tiempo cambia su decorado de Nazaret a New York y de Genesareth al Támesis.

La escondida vida de Nazaret es la respuesta eterna al problema, y esa respuesta es que el poder y la riqueza son ambiciones e ideales legítimos pero —y aquí Nuestro Señor rompe con el mundo moderno— *pero ningún hombre tiene derecho al poder hasta que haya aprendido primero a obedecer, y ningún hombre tiene derecho a la riqueza hasta que primero haya aprendido a ser despojado*. Esta es la lección doble de Nazaret contenida en los únicos dos hechos que conocemos acerca de sus años ocultos: primero, que El estuvo sujeto a la obediencia de sus padres: y segundo, que El fue un pobre carpintero de aldea.

Primero, una palabra acerca del poder. Nazaret no es una historia trillada acerca de la belleza de la esclavitud y de la sujeción, como algunos enemigos del cristianismo podrían hacernos creer. Si Nuestro Señor fuera meramente un niño humano sin ninguna prerrogativa divina, entonces el taller del carpintero podía dar la lección de que el poder es injusto. Pero la obediencia es apenas la mitad de la lección, de Nazaret. Nuestro Señor fue obediente; fue un servidor; estuvo sujeto. ¡Pero fue más que eso! Fue un poder que se hizo obediente, un amo que se hizo siervo, y un señor que no vino para ser administrado sino para administrar. Su poder en el orden humano alcanzó hacia atrás cuarenta y dos generaciones hasta Abraham, y en el orden divino, hasta la generación eterna en el seno del Padre Eterno; a su nacimiento su poder fue saludado por las sinfonías arpeggadas de los glorias angélicos; su poder a los doce años confundió a los sabios doctores del templo cuando El aclaró para ellos la sabiduría de un hijo en los negocios de su Padre Celestial; su poder a los treinta hizo que las aguas inconscientes se sonrojaran convirtiéndose en vino y al mar agitado entrara en calma; y su poder a los treinta y tres hizo recordar a un Poncio Pilato que estaba a punto de ejercer su autoridad como gobernador y soberano que el asiento real de su poder no estaba en Roma, sino arriba en los cielos. No obstante, aquel que tuvo todo este poder y quien dijo que a El "es dado todo poder en los cielos y la tierra", pasó prácticamente toda su vida en una aldea me-

nospreciada y un valle sin importancia, sin ningún refulgir de pompas y circunstancias exteriores, sujeto a una Virgen y a un hombre justo, a quienes conocía antes que fueran, y quienes después de haber sido hechos eran en realidad sus propios hijos. Esto no fue más que una lección para el mundo que interpreta mal el poder, ya sea glorificándolo, ya sea derribándolo; a saber, que ningún hombre tiene derecho a mandar hasta que haya aprendido a servir, y ningún hombre tiene derecho a ser amo, hasta que no haya aprendido a ser un siervo, y ningún hombre tiene derecho al poder hasta que haya aprendido a obedecer.

¿Por qué tan a menudo el poder en la historia del mundo degeneró en tiranía? ¿Por qué tantas veces la autoridad de los gobiernos en la historia del mundo se corrompió con la fuerza? Es porque aquellos que tuvieron poder no supieron cómo obedecer, y aquellos que tuvieron autoridad no supieron cómo estar sujetos. Ahora, si aquellos que tienen poder, sea como cabeza de los gobiernos, como líderes de las naciones, o como dominadores de influencias políticas, no reconocen ningún poder por encima de ellos, cuyas leyes deban obedecer y cuyo juicio deban temer, ¿entonces dónde aprenderán aquella obediencia sin la cual ningún hombre puede gobernar justamente? ¿Si no hay un rey de reyes, entonces qué detendrá al poder para que no degenera en la tiranía? ¿Qué fue Pilato sino el poder de Roma sin la obediencia de Nazaret? ¿Qué es el snobismo social, sino el buen nacimiento sin la simplicidad de Nazaret? ¿Qué es el orgullo, sino un Domingo de Ramos sin el sobrio prelude del taller de Nazaret? Nuestro Señor no vino al mundo a condenar el poder: el poder debe existir, la autoridad debe existir. Pues qué es el poder sino la ley de Dios en el corazón de los hombres, como en la almendra de una semilla. Nuestro Señor no vino al mundo a desterrar el poder. Vino a enseñarnos cómo usarlo. Vino para decirnos que ningún hombre deberá ejercer su poder en el fausto de Jerusalén, hasta que haya aprendido a servir en la servidumbre de Nazaret; que ningún hombre deberá ser un general hasta que haya servido en las filas, y que ninguno deberá ser un señor hasta

que haya aprendido a servir humildemente a un señor. Por tanto, la salvación en una crisis del mundo yace, no en los intentos revolucionarios de volcar el gobierno ni en el intento anarquista de subvertir la autoridad, ni en la democracia demagógica que no sufriría que otra cabeza estuviera por encima de la de uno; más bien la salvación yace en todos los poderes, político, social y económico, que estén sujetos a un poder por encima de ellos. Si hacen eso, tendrán derecho a la obediencia porque son obedientes al poder que está encima de ellos; entonces podrán decir que deben ser respetados como autoridad, porque han aprendido a obedecer a su autor; entonces podrán decir que deben ser reverenciados, porque son reverentes a su Dios.

Nazaret tiene todavía otra lección para enseñar, y es que nadie tiene derecho a la riqueza hasta que aprenda a ser despojado. En otras palabras, Nazaret no es apenas una simple glorificación de la pobreza, una resignación fatalista a la escualidez, una calmada resignación hacia las penurias y el hambre. Ni tampoco es una condenación de la riqueza. Nuestro Señor fue pobre en Nazaret; fue un necesitado carpintero de aldea; trabajó por las estrictas necesidades de la vida. ¡ Pero El fue más que todo eso! No fue apenas un pobre hombre. Fue un hombre rico que se hizo pobre, así como fue un hombre poderoso que se volvió obediente. Su riqueza eran los tesoros del Cielo que no son corroídos por el orín, ni se llenan de moho, ni los ladrones irrumpen y se lo llevan; su riqueza fue la riqueza, no del carpintero de Nazaret, sino la riqueza de un carpintero que hizo el universo, con su dosel de rutilantes estrellas y su tapiz de lirios que no trabajan ni hilan. Su riqueza eran las mansiones de la casa de su padre que El había visto, pero cuya belleza nunca han visto ojos humanos, ni han oído los oídos humanos, ni ha concebido el corazón del hombre. Con todo, a pesar de toda la riqueza de Dios, El se hizo pobre; pues escogió nacer en una cueva de pastores, trabajar como un artesano, predicar como un vagabundo, y ser enterrado en una tumba ajena. El mundo de antes había oído decir de hombres ricos que se desprendían de sus riquezas para vol-

verse filántropos. El mundo había oído que Buda pidió a sus discípulos que renunciaran a los bienes de la tierra; había visto que Crates de Tebas dio todo su oro a los pobres, había oído a los estoicos elogiar la pobreza en ricos banquetes; pero el mundo nunca antes había oído hablar de la pobreza, no como una regla ascética, no como un orgulloso desprecio hecho por ostentación, no como un adorno filosófico, no como un modo de ser místico, sino como un paso para una más alta perfección que es unión con el Espíritu de Dios. Otros habían dicho, "*Vende todo lo que tengas*"; pero sólo El añadió, "*Y ven sígueme*". Su vida y doctrina no son las de muchos de nuestros reformadores sociales que, al ver el abuso de las riquezas y los excesos del capitalismo, provocan conflictos de clases y exigen la división de la fortuna aun cuando ésta haya sido ganada honradamente. El comunista que arenga al rico no tiene apoyo en el sencillo Nazareno. *Nadie tiene derecho a despreciar al rico hasta que, como Nuestro Bendito Señor, haya probado ser libre de la pasión por las riquezas.* Por eso es por lo que El pudo ser tan duro con los ricos egoístas y decirles que era más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el Reino de los Cielos. La pobreza de Nazaret no fue una condenación de la riqueza; ni fue la glorificación de la riqueza; ni tampoco una canonización de la riqueza como tal. Fue la predicación de la hermosa doctrina del desprendimiento, por la cual los hombres pueden libertarse ellos mismos de la pasión de la riqueza para gloria de Dios y la salvación de las almas: aun cuando esa riqueza no sea más que su propia voluntad y unos pocos botes de pescar con sus redes revueltas.

¿Por qué tan a menudo la riqueza del mundo terminó en guerras? ¿Por qué tantos ricos han sido ambiciosos, y tantos de los poderosos han sido avaros? ¿Por qué tantos de los pobres han sido rencorosos, y comunistas tantos de los necesitados?

Es porque no conocen lo que significa ser desprendido. Es porque nunca aprendieron la lección de Nazaret, que es tener todas las cosas y no poseer ninguna. Si ellos enten-

dieran a Nazaret correctamente, no habría ocasión de con el profesor Joad de la Universidad de Cambridge, que Dios es más barato que un salario de subsistencia plena y las clases gobernantes han encontrado cómodo explotarlo hasta el máximo.

Nuestro Señor nunca buscó mantener al pobre satisfecho con su pobreza, ni al miserable satisfecho con su miseria, sólo porque fueran pobres o porque fueran miserables. No glorificó al hombre pobre, ni al rico, sino al hombre pobre que no siempre fue pobre; el pobre que una vez fue rico; el pobre que, por la ley del desprendimiento, lo poseyó todo porque no deseó nada; el pobre que se hizo pobre, no regalando sus pocos bienes, sino cambiándolos por las inconmensurables riquezas del cielo. Y esta es otra manera de decir, no "Benditos sean los Ricos", ni "Benditos sean los Pobres", sino, "Benditos sean los Pobres de Espíritu".

Cuando aquel que fue rico se volvió pobre pudo quejarse: Los zorros tienen sus madrigueras, los pájaros del aire tienen sus nidos, pero el hijo del hombre no tiene en que reclinar su cabeza; y cuando aquel a quien todo poder fue dado en cielos y tierra se ciñó una toalla y en la noche antes de que muriera se humilló a sí mismo lavando los pies de Sus propios Apóstoles, nos enseñó cómo ser pobres sin ser comunistas y cómo ser obedientes sin ser revolucionarios. Nos recordó que la pobreza y la esclavitud no le dan mayores derechos a un hombre para entrar al Reino de los Cielos que la riqueza o el poder, pero que el rico entraría al cielo si fuera pobre de espíritu y los amos poderosos entrarían al cielo si, siguiendo su ejemplo en "la Habitación Alta", actuaran como los siervos de Dios. El taller del carpintero por lo tanto no es una frase trillada sobre la belleza de la pobreza y la santidad de la esclavitud. En una paradoja acerca de la riqueza del pobre de espíritu, y el poder del amo que sirve. En la práctica Nuestro Bendito Señor es el Único entre los que anduvieron por esta triste tierra nuestra, de quien el rico y el pobre, el amo y el siervo, el poderoso y el esclavo, pueden decir: *¡El salió de nuestras jilas! ¡El es uno de los nuestros!*

En seguida se nos dice que la nueva religión debe ser política, y por ello se--quiere manifestar que debe dejar de hablar sobre el Reino de Dios y mantenerse hablando acerca de las repúblicas de la tierra. Todas sus energías y su celo deben dirigirse a mantener todas las políticas gubernamentales, tales como el control de licores, el patrón de oro y los códigos laborales; debe evitarse el hacer hincapié sobre la eternidad, las oraciones y la comunión de los santos; porque se nos dice que los problemas del mundo que requieren una solución, no son religiosos sino económicos y políticos.

La característica final del nuevo culto será su terrenabilidad. Por mucho tiempo la religión ha hecho hincapié en la responsabilidad hacia Dios e insistido en los deberes para con El, en lugar del servicio para nuestros prójimos. La nueva religión no tiene tiempo para pensar en la responsabilidad para con Dios, pues el hombre moderno, nos lo dice George Bernard Shaw, está demasiado ocupado para pensar en sus pecados. Esta religión hace al hombre amo de todo lo que mira, el señor de su propia vida y, por tanto, alguien a quien puede hacerse desaparecer si él mismo lo desea; pues, ¿quién se atrevería a decir NO?

Ahora interroguemos a nuestros nuevos profetas: ¿Qué antigüedad tiene vuestra nueva religión? ¿Se trata realmente de algo nuevo, o es apenas un error viejo con nuevo rótulo? Volvamos atrás dos mil años al Eterno Galileo y aprendamos no solamente que la nueva religión es una vieja tentación, sino que la resistencia a ésta es la prenda y promesa de la Vida Eterna.

Volved a la figura de nuestro Bendito Señor cuando El se mantuvo en el desierto deshabitado que se extendía por el sur desde Jericó hasta el Mar Muerto. Vio allí a su precursor Juan, con rostro curtido, cabellera sin cortar, cinturón de cuero y manto de pelo de camello, cuya bebida era el agua del río y cuyo alimento eran langostas y miel del bosque, vio los cielos abiertos y descender el Espíritu de Dios con resplandor de paloma sobre la Cabeza de su Amo, mientras sonaba por el río Jordán una voz, que para los

oídos impuros era como el trueno: "Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia".

Con el agua aun chorreando de Su noble cabeza, Nuestro Señor salió hacia la soledad para poner el desierto entre El mismo y la humanidad. Durante cuarenta años vagó el pueblo Judío en el desierto antes de entrar en el Reino prometido por Dios. Por cuarenta días Moisés permaneció cerca a Dios para recibir su ley en tablas de piedra. Ahora, antes de anunciar Su Reino, al cual se habían dirigido Moisés y su pueblo escogido, Nuestro Bendito Salvador se retira por cuarenta días a la soledad de las montañas, donde no vería rostro humano ni oiría ninguna voz humana. Después de ayunar fue tentado por Satanás. Porque El podía ser tentado, pues había tomado la armadura humana, no por ociosidad, sino para la batalla. ¡ Oh! No os burléis del Evangelio diciendo que no existe Satanás. El mal es demasiado real en el mundo para afirmar eso. No digáis que la idea de Satanás está muerta y desaparecida. Satanás nunca gana más adeptos que cuando, en su astucia, esparce el rumor de que ya está muerto hace tiempo. No rechacéis el Evangelio porque diga que el Salvador fue tentado. Satanás siempre tienta lo puro: lo que no es puro ya es suyo. Satanás sitúa más demonios en los muros de los monasterios que en las pocilgas de iniquidad, pues estas últimas no ofrecen resistencia. No digáis que es absurdo que Satanás se apareciera a Nuestro Señor, pues Satanás siempre tiene que acercarse a lo divino y lo fuerte: lo otro sucumbe a la distancia.

¿Pero en qué tentó Satanás a Cristo? He aquí el lado notable de esa tentación, y que tiene gran sentido para nuestros días. Satanás tentó a Nuestro Señor para que predicase otra religión distinta que la que El estaba a punto de predicar. Nuestro Señor estaba a punto de predicar una religión divina. Satanás le tentó para que predicase una religión que no era Divina, pero una religión que el mundo moderno llama nueva: En una palabra, las tres tentaciones de Satanás contra Cristo son las tres tentaciones del mundo contra Cristo hoy día, a saber, para hacer una religión social, política y terrena.

Satanás primero tentó a Nuestro Señor para hacer una religión social: para hacerla girar alrededor de las cosas materiales de la vida, tales como el pan para cuerpos hambrientos como el Suyo. Señalando desde la cima de la montaña a las piedras cuyas formas semejaban pequeños panes, él le dijo: "Mandad que estas piedras se conviertan en panes". Este fue el reto de Satán para hacer que la religión girase en torno a las materialidades de la vida. Pero la respuesta de Nuestro Bendito Señor fue inmediata: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios". Con tal respuesta, nuestro Señor declaró que la religión no es social, en el sentido de que su función primordial sea dar alimento al cuerpo, sino más bien divina, en el sentido de que debe dar alimento al alma. ¡ Los hombres deben tener pan! No hay discusión sobre ese punto. Nuestro Señor nos enseñó que pidiésemos al Padre darnos "el pan de cada día". Incluso fue más lejos, cuando los hombres se hallaban en extrema necesidad de este alimento en un lugar desierto y multiplicó el pan hasta en exceso. Pero también dijo a los miles que estaban en Cafarnaum que El no iría más allá. "Me buscabais... porque os he dado de comer... hasta saciaros. Trabajad para tener no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna". La religión no es puramente social. Si la salvación fuera sólo un alivio económico, si la religión fuera solamente dar pan a estómagos hambreados, entonces los perros serían invitados a su banquete. ¡ No! El hombre tiene un principio más alto que el de las bestias, y una vida superior a la del cuerpo. Nosotros venimos a este mundo no precisamente para sentarnos y descansar, trabajar y jugar, comer y beber. De aquí que la religión que hiciera de la seguridad del pan su primer objeto en la vida, y no buscara alimento divino, se moriría de hambre en medio de la abundancia. Deben venir horas negras en que hay que confiar en Dios, aun con hambre. Debe haber inclusive momentos de agotamiento por hambre en que debe rechazarse el pan, si éste significa el sacrificio de un principio que pone en peligro al alma.

No se justifica decir que debemos vivir, porque la vida corporal en sí misma no es necesariamente lo mejor para nosotros. Es mejor para nosotros no vivir, si no podemos vivir sin pecado. Pues no tenemos derecho a dejar morir de hambre nuestra naturaleza espiritual para conseguir pan para nuestro cuerpo. A veces lo mejor que podemos hacer con nuestra vida es perderla; y lo mejor que podemos hacer con nuestro cuerpo es no temer a los que pudieran matarlo, sino más bien temer a los que podrían arrojar nuestra alma en el infierno. La religión no necesita descuidar la sociología; el sacerdote en el comulgatorio no necesita olvidar la fila de menesterosos que están implorando pan; el ministro en el santuario no necesita olvidar los patios de recreo. Lo terreno, lo humano y lo social, son parte de la religión, pero no la parte esencial, como Satanás nos haría creer. Más bien, cuando estamos buscando las cosas superiores, encontramos las más bajas: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia: que todo lo demás se os dará por añadidura".

En seguida Satanás tentó a Nuestro Señor para que hiciese una religión política cambiando el Reino de Dios por el reino de la tierra: "El diablo ... le puso a la vista en un instante todos los reinos de la redondez de la tierra, y díjole: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos ... Si tú quieres pues adorarme, serán todos tuyos. Jesús en respuesta le dijo: Escrito está: adorarás al Señor Dios tuyo, y a él sólo servirás". Con esta respuesta Nuestro Señor declaró para las edades futuras que la religión no es política, que el patriotismo no es la más alta virtud, que el nacionalismo no es el más alto culto, que el Estado no es el más alto bien. La devoción al Estado debe existir; la lealtad a los reyes de la tierra debe existir; el tributo al César debe existir. El hombre es social y como vive en sociedad debe gobernar y ser gobernado; debe ser patriota no sólo para apoyar las medidas justas de los que gobiernan, sino también hasta el punto de entregar su vida en justa guerra por un bien común. Estas cosas son evidentes por sí mismas. Pero Satanás quería hacer que Cristo adorase los reinos de la tierra, convirtiera los pulpitos en una pía-

taforma, y al Evangelio en un himno nacional, Nuestro Señor quería hacernos conocer que los reinos de la tierra ño son más que andamiajes para el Reino del Cielo, que el patriotismo por el país es apenas el plantel para la adoración de Dios y que nada nos aprovecha si ganamos el mundo entero y perdemos nuestra alma inmortal. La política y la religión tienen parecida relación que el cuerpo con el alma. Ambos tienen sus derechos y sus deberes, pero uno es superior al otro. El interés primario de la religión no es la rehabilitación de los reinos de la tierra o el sostén de las medidas económicas, pues Nuestro Señor no vino a restaurar la política del mundo sino a hacer un nuevo Reino que no necesita ni ejércitos ni marina, ni soldados ni monedas, ni esclavos ni jueces, sino solamente almas renovadas y vivientes. El no dijo que la religión no debía relacionarse con la injusticia social o indiferencia por los trafiques políticos. Nuestro Señor amó tan profunda y calurosamente a su propio país que, como el primer patriota Cristiano, lloró sobre él. *Pero también amaba el Reino del Cielo en tal medida, que estuvo dispuesto a dejarse ejecutar por el mismo país que amaba.* Mientras el tiempo exista, Satanás tentará siempre a la religión para que sea totalmente política, pero hasta el fin de los tiempos debe conservarse el orden: "Pues pagad a César lo que es de César; y a Dios lo que es de Dios".

El último asalto de Satanás fue un esfuerzo por hacer mundana la religión. El Evangelio nos dice que Santanás: "llevóle a Jerusalén, y púsole sobre el pináculo del templo, y díjole: "Si tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Porque escrito está que mandó a sus Angeles que te guarden: y que te lleven en las palmas de sus manos, para que no tropiece tu pie contra alguna piedra". Jesús le replicó: "Dicho está también: No has de tentar al Señor Dios tuyo". ¿Qué lección se halla oculta para aquellos que quisieran hacer mundana la religión, vaciándola de toda responsabilidad y haciendo de Dios un especcador meramente pasivo de nuestras caídas y nuestros suicidios! El ruego de que El se arrojara desde el pináculo, no era un signo de confianza en Dios. No fue un llamado a un deseo natural,

sino a un orgullo pervertido, que supone que Dios es indiferente a nuestras acciones y desinteresado en nuestras decisiones. La respuesta de Nuestro Señor fue un recordatorio de que la religión tiene su centro alrededor de las personas responsables, y no en torno a cuerpos decadentes; que el hombre está dotado de libre voluntad y por consiguiente es responsable por cada una de las acciones hasta en lo más mínimo; que el universo en el cual vive es moral, y por lo tanto un universo en que ascendemos haciendo que nuestros yo muertos pisen escala por escala hasta cosas más altas. Esa religión mundana que niega la responsabilidad, el pecado y el juicio, nos reduciría a meras piedras cayendo desde las inmensas alturas de los pináculos de piedra. Nos haría meros cuerpos materiales obedeciendo la ley de la gravitación que nos atrae a la tierra, en lugar de seres espirituales que, como el fuego ascienden más allá de las estrellas hasta la Luz del Mundo. La verdadera religión no dice: "Échate de aquí abajo", sino: "Asciende hasta las alturas", pues nosotros no estamos destinados a ser piedras de la tierra, sino Hijos inmortales de Dios. El Cielo y no el mundo es nuestro destino final. Y así, en vez de arrojar-se a Sí mismo como un mago barato y vulgar, Nuestro Señor arroja abajo a Satán, y luego sale hacia otra cima de montaña para dar desde sus alturas las Beatitudes de Dios, que conducen a la Beatitud con Dios en la perdurable gloria de los cielos.

De esta manera la así llamada nueva religión resulta ser una vieja religión que Satanás quería establecer en la tierra. No hay ningún parto nuevo en esta nueva fe, sino el mismo espíritu viejo en el mismo Adán, lleno de egoísmo, envidia y pecado. Al vencer la tentación el Eterno Galileo anunció para todas las naciones y para todos los tiempos la verdad suprema de que la religión no es esencialmente social, ni política ni mundana. Más bien sus funciones son administrar la Vida Divina a la sociedad, la Justicia Divina a la política, y el Perdón Divino a las cosas del mundo. Hoy día el mundo en realidad está buscando una religión Divina como ésta, y se halla a punto de morir

de hambre, pues las sectas modernas aportan a la religión solamente los bagazos del humanismo. Las mentalidades de hoy están empezando a ver que nuestros problemas no son primero que todo económicos y políticos, sino religiosos y morales; que la sociedad no será reformada ni podrá ser reformada desde afuera, sino sólo desde dentro. Es solamente por el Espíritu de Cristo y el espíritu de oración como la libertad del hombre, ganada con derramamiento de sangre y sacrificios nacionales, puede ser salvaguardada y preservada. El derrumbamiento de todas nuestras ilusiones materiales durante la Guerra Mundial y durante la presente depresión económica han hecho ver claramente a nuestras mentalidades de nuestros días que la apostasía de los principios del Salvador, el abandono de la vida espiritual, y la transgresión de los mandamientos de Dios, han conducido necesariamente a empeorar nuestra ruina y confusión.

Hay una esperanza para nosotros, y una esperanza gloriosa por cierto, en la victoria de Cristo sobre Satanás. Al permitir que el Príncipe de las tinieblas le tentara, aun cuando fuera completamente exterior y no tocara su alma im-poluta, El demostró que no es insensible a nuestras dificultades, nuestras penas, y nuestras tentaciones. No podemos decirle a El lo que Satanás dijo a Dios acerca de Job: "y si no, extiende tu mano a sus huesos y carne, y verás cómo entonces le menosprecia cara a cara". Nuestro Señor sabe lo que ha de ser apartado de la divinidad y de la primacía del espíritu; Sus huesos, Su carne, fueron tocados con azote y crucifixión, y su respuesta fue más grande que la de Job. Job respondió: "El Señor dio, el Señor quita ahora, alabado sea el Señor". Pero el Salvador contestó: "Pero hágase tu voluntad y no la mía". Nuestro Rey, entonces, es un rey que conoce lo que significa sentir Su armadura asaltada por la tentación, pues como lo dijo San Pablo: "Pues no es tal nuestro pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias: habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser del hombre. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia".

En El encontraremos a Aquel que nos alimenta no con el pan de la tierra que perece, sino con el maná celestial que dura por toda la vida perdurable; en El hallamos a Aquel que vence a Satanás, quien nos quisiera cambiar un alma inmortal por todas las ciudades percederas dei mundo; en El hallamos a Aquel que nos pide, no como Satanás que nos arrojemos como piedras del templo, sino que ascendamos como almas hasta el cielo. El nació para cambiar el mundo, para hacer que su religión no fuera mundana, que su culto fuera Divino y que su alimento fuera la Eucaristía; El vivió para enseñarnos que la vida es una lucha, y que sólo aquellos que perseveran hasta el fin serán salvos. El fue tentado para recordarnos que, así como hubo arcángeles de espadas flamíferas cuando Su Padre cerró las puertas del cielo para excluir a Satanás, así habrá centellas de lanzas y flechas en forma de oraciones dirigidas al cielo cuando la Iglesia cierra las puertas de la tierra a aquel que quisiera hacerse como Dios; pues Cristo, el Rey, el Salvador, nació, vivió, murió, y resucitó para sacar a Satanás de la tierra como su Padre le había sacado del cielo.

El Camino, la Verdad y la Vida

r
v

Hay la tendencia general en nuestros días a mirar con mal ojo a aquellos que creen que Nuestro Bendito Señor es diferente de otros líderes y reformadores religiosos. Inclusive se considera cosa de gran inteligencia el alinearle a él entre los fundadores de las religiones del mundo. De aquí que no es raro oír a quien se jacta de su amplitud de pensamiento —porque no ofende ninguna religión ni defiende a ninguna— pronunciar frases en que Buda, Confucio, Lao-tsé, Sócrates, y Cristo se mencionan con igual intención y a renglón seguido; como si Nuestro Señor fuera apenas otro maestro religioso en lugar de la religión misma. Sólo porque han sido halladas unas pocas similitudes entre Nuestro Señor y unos pocos maestros religiosos, se ha pensado que ellos son todos parecidos, que no hay nada Divino en torno a Cristo. Esto es exactamente como decir que, porque la mayoría de los cuadros del Louvre son rojos, verdes, blancos y azules, que todos ellos fueron pintados por el mismo artista.

Es mi propósito probar que Nuestro Bendito Señor es único en la historia religiosa del mundo, y que es tan diferente de todos los demás maestros y reformadores religiosos como Dios es diferente del hombre. Lo anterior puede lograrse, en primer lugar, considerando tres importantes revelaciones en Su vida: En Nazaret, donde El dijo que era el Camino; en Jerusalén, donde El dijo ser la Verdad, y en Cafarnaum, donde El dijo que era la Vida. Y en segundo lugar, comparando esto con los dichos de todos los maestros religiosos que haya existido.

La primera escena se presenta en Nazaret, que es una especie de remanso, una ausencia, una ermita apartada de los caminos fragorosos de la vida, en donde probablemente no hubiera vivido ningún hombre que amara el mundo, y cuya ambición se levantara más allá de un carpintero de la aldea o un labrador de la tierra. Fue a esta ciudad, que es llamada "Su propia ciudad", y que anida entre colinas, a donde Nuestro Bendito Señor volvió poco después de haber sido abierta Su vida pública. Era apenas natural que una de las más importantes declaraciones fuera hecha para Su propio y amado pueblo, donde su Sagrado Corazón había hecho su propio tabernáculo para Sí mismo durante casi treinta años. Era el Sabbath cuando se dirigió a la sinagoga pasando por su pueblo. Su reputación le había precedido, pues era conocido de todos que había hecho un milagro en Cana y que había congregado ciertos seguidores en torno Suyo en el Jordán y unos pocos más en Cafarnaum. Cuando todos estuvieron reunidos en la sinagoga, el oficial, o amanuense, cuyo deber era conservar los libros sagrados, corrió las cortinas de seda del arca que contenía los manuscritos y le entregó a El el pergamino, o rollo del Profeta Isaías. Nuestro Señor desenvolvió el pergamino en los conocidos sesenta primeros capítulos que predicen los grandes días de misericordia cuando Aquel enviado de Dios examinaría las profundidades de contrición, rompería las cadenas de la esclavitud en el pecado, y traería solaz a un mundo herido. Despacio, en un tono claro que hizo emocionar los corazones de todos los que estaban en la sinagoga en esa memorable mañana de Sabbath, El leyó:

"Ha reposado sobre el espíritu del Señor;
porque el Señor me ha ungido,
y me ha enviado para evangelizar a los mansos y humildes
para curar a los de corazón contrito,
y predicar la redención a los esclavos,
y la libertad a los que están encarcelados:
para publicar el año de reconciliación con el Señor,
o *su jubileo*, y el día de venganza de nuestro Dios".

El suspendió la lectura y devolvió el pergamino al amanuense. Siguió un momento de silencio, que pareció una eternidad. El silencio se rompió cuando pareció que el Eterno salía de su Eternidad y dejó oír a ese grupito de Sus paisanos el cumplimiento de la profecía de Isaías: "Este día se cumple esta profecía en vuestros oídos".

Por el momento ellos no captaron toda la importancia de Sus palabras. Luego se les hizo claro que se había verificado la tradición y esperanza más preciosa para su pueblo; que el Mesías por Quien habían anhelado durante miles de años se hallaba ahora de pie ante ellos; que El era Aquel que señalara Isaías hacía seiscientos años para proclamar el año en que se habría de recibir al Señor; que todos los reyes, profetas y jueces habían escrito sobre el Nazareno que había de venir, que todos los sentidos anhelos que David cantó en su lira se realizaban ahora en sus oídos en ese mismo día: pues El era Aquel en Quien todas las Escrituras se cumplían, El era el Esperado de todas las Naciones: El era Emmanuel: El era el único Camino de Salvación: El era Dios con nosotros.

No era apenas a la elocuencia a quien ellos estaban escuchando; era algo más: era la Verdad expresándose Ella Misma, convenciendo por Su propia transparencia, conquistándolos con el brillo de su luz y obligándolos a admitir en sus propios corazones que detrás de éstos había una autoridad que obligaba al hombre a decir: "Jamás hombre alguno, ha hablado tan divinamente como este hombre". Había admiración en sus inteligencias, resolución en sus voluntades, amor en sus corazones, y lágrimas en sus ojos cuando ellos despertaron de su trance y empezaron a hablar.

Cuando Nuestro Bendito Señor se sentó, fue como la caída de un telón de escena que repentinamente nos hace volver a nosotros mismos y nos aparta del drama que sólo un minuto antes absorbía nuestros pensamientos. Ahora, cuando ellos se miraron unos a otros, sus antiguos tonos revivieron. En lugar de pensar en El como el único Camino de Salvación, le recordaron como un pobre carpintero apenas a poca distancia de la sinagoga. Pues no se iba a sopor-

tar que la aldea se sometiera a tal Hombre, ni que los ancianos se dejaran enseñar por un carpintero. Nadie es profeta en su propia tierra. Por una parte estaban Sus propias palabras de que El era el Camino, por la otra estaba el hecho de que era uno de ellos; y pasó de boca en boca la observación: "¿No es éste el hijo de José?"

Se levantó un grito de execración y llenó toda la sinagoga; una protesta contra Su intolerancia, un grito contra Su estrechez mental, una queja contra Sus aseveraciones y aun Su blasfemia al decir que El era el Camino de Dios. En su excitación se lanzaron hasta El, le empujaron fuera de la sinagoga y todavía fuera de la calle del bazar. Con el tiempo, su furor se hizo mayor. Entonces le empujaron por toda la aldea, más allá de la puerta donde hacía treinta años Su Madre había recibido el anuncio de un ángel, le hicieron volver la curva del valle que quedaba abajo del pueblo y subir la suave pendiente que termina abruptamente en el Valle de Esdraelón. No sólo iba a ser arrastrado por la aldea, ¡debía ser arrastrado hasta el precipicio para que encontrara la muerte que El merecía! Ellos alcanzaron el pico de la montaña que cae en forma de precipicio como una grieta abierta en el último extremo de la aldea. Se pidieron uno a otro que le empujasen a El, pero ocurrió algo extraño. Sus gritos de revuelta parecían vacíos. Miraron a su Víctima y nadie que lo vio lo olvidó alguna vez hasta sus últimos días. Como si hubieran sido golpeados por Dios, los Nazarenos huyeron delante del Nazareno. El abandonó su ciudad y nunca más se albergó allí. La herida había penetrado muy profunda. Pero a los ojos de ellos El había merecido la muerte, porque dijo ser el mismo Camino de Dios, y era el Camino de Dios; pues el Camino de Dios es deslizarse de los dedos de los hombres que osarían arrojarle por una roca.

La segunda escena se desarrolla en la ciudad de Jerusalén durante la Fiesta del Tabernáculo que era a la vez una fiesta de las cosechas y una conmemoración de los Hebreos a través del desierto. Tan pronto como apareció Jesús, fue divisado por el populacho, pues algunos estaban

diciendo "El es un buen hombre" y otros decían, "No porque El seduce al pueblo". De todas maneras, e' pueblo pensó que tenía derecho a pedirle que exhibiera Sus credenciales. Dando un maravilloso salto a lo Infinito y Eterno, El declaró que Su Doctrina es la misma doctrina de Dios que le envió y cuyo Hijo Eterno era El. Vino la noche y se halló sentado en el atrio de las mujeres que contenía las trece arcas en que el pueblo arrojaba sus dádivas. En este atrio, y por tanto muy cerca de El, probablemente al otro lado Suyo, había dos candelabros gigantescos con cincuenta codos de alto, suntuosamente dorados, y con lámparas encendidas en su cúspide, arrojando su suave luz sobre el templo. Alrededor de estas lámparas el pueblo en su entusiasmo, e inclusive los más encumbrados Fariseos, se juntaban en danzas festivas, mientras al son de flautas, los Levitas sentados en las quince gradas que conducían al atrio, cantaban los hermosos salmos que eran bien conocidos como los "Cantos de Gradas". En cuanto Nuestro Señor tomó asiento entre aquellas dos grandes luces que iluminaban los rostros bondadosos de los amigos y las caras siniestras de los enemigos, aquéllas parecieron brillar sobre El, como sobre ninguno más, arrojando una hermosa aureola en torno a Su majestuosa Cabeza. El se proponía siempre dar forma a los ejemplos de sus discursos con esos incidentes eternos que fijarían las palabras lo más indeleblemente en las mentes de sus oyentes. Así como había dado la parábola del viñador mientras El estaba de pie cerca de un viñedo, y la parábola del pescador mientras hablaba con un pescador en el lago, así ahora declaró Su misión al mundo mientras se hallaba en medio de la luz de esas dos lámparas. Frente al colorido de su apariencia, con el brillo llameante de la luz de esas lámparas, en el mismo umbral del Santo de los Santos, el Santo de los Santos proclamó que la luz de Dios había venido a las tinieblas de los hombres:

"Yo soy la luz del mundo:

El que me sigue, no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida".

No había cómo tergiversar Sus palabras. El no dijo que El era como una luz; El no dijo que El era algo como esos candelabros que ahora iluminaban las tinieblas; El no dijo que era la Luz de algún pueblo en especial, sino dijo que era la misma Luz que es idéntica a la Verdad y que ilumina a todo hombre que viniera al mundo. Para hacer una afirmación semejante El tenía que conocer todas las cosas. Hasta donde ellos lo recordaran. El no había aprendido en ninguna de las grandes escuelas de Jerusalén, ni se había sentado a los pies del gran Gamaliel. Y así fue como sus auditores se volvieron unos a otros diciendo: "¿Cómo es que este hombre sabe, si nunca ha aprendido?" Y cuando le preguntaron: "¿Quién eres?" quedaron perplejos con su declaración de que Aquel cuya Verdad era la luz del mundo, poseía esa verdad desde toda la eternidad. Jesús les dijo: "Yo soy el Principio... el mismo que os estoy hablando. . . si perseveráis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos: y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres".

No comprendiendo sus oyentes la gran verdad de que El era la Luz del Mundo, preguntaron: "¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió?" La respuesta de Nuestro Señor fue una afirmación de Su eternidad: "Abraham vuestro padre ardió en deseos de ver este día mío; vio, y se llenó de gozo". Entonces preguntaron: "Aun no tienes cincuenta años ¿y viste a Abraham?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuera criado, yo existo".

"Yo soy" Jehová. ¡Esto era terrible! Este hombre de Nazaret ahora se hacía él mismo igual a la Luz, igual a la Verdad, igual a Dios. Ser el hijo de Abraham era ser la Luz de ellos; ser el Hijo de Dios era ser la Luz del Mundo. Era el grito de batalla de Nuestro Señor a un mundo descarriado, un toque de rebato a esclavos para que se libertaran en nombre de la verdad que hace libres a los hombres. Pero así como la luz del sol de mediodía es demasiado fuerte para ojos débiles, así la Luz del mundo era demasiado deslumbradora para mentes acostumbradas sólo a luz de candelabros.

bros. Y entonces, en su furia contra Aquel que clamaba ver la única Verdad del mundo, la Luz de Vida, y la Sabiduría que no había nacido en la eternidad sin edades, ellos tomaron piedras para arrojarle. Pero cuando iban a acomodar sus piedras en las hondas, El se había ocultado, demostrando una vez más que era la Verdad, pues la Verdad siempre se oculta a aquellos que buscan matar, y no buscan con sencillez y humildad de corazón.

La tercera escena tuvo lugar en el país de Cafarnaum. Era el día posterior al día en que El había alimentado a cinco mil que le habían seguido en el desierto, y de los cuales se ocultó para que no le hicieran rey. Ellos le habían buscado por largo tiempo, y cuando al fin le hallaron al otro lado del mar, su primera pregunta fue: "Maestro, ¿cuándo viniste acá?" Pero nuestro Señor no hizo caso a esa pregunta, porque no era de interés para ellos. Lo que a ellos interesaba era un verdadero entendimiento del milagro que El había hecho para ellos cuando les dio pan y peces. El sabía que eran lentos para entender. El había hecho observar que por más que El hiciera por ellos, más le miraban como benefactor material y dejarían de ver las cosas más espirituales que había más allá. Ellos estaban inclinados sólo sobre la vida terrena y los reinos del mundo. El haría ahora un último esfuerzo por hacerles comprender su misión: "En verdad en verdad os digo: que vosotros me buscáis, no por mi doctrina, atestiguada por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes, hasta saciaros. Trabajad para tener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os le dará el Hijo del hombre; pues en éste imprimió su sello o *imagen* el Padre, que es Dios". Ellos le pidieron: "Señor, danos siempre ese pan", y Jesús respondió: "Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré es la misma carne la cual daré yo para la vida o salvación del mundo". "Así como el que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre: así quien me come, también él vivirá por mí". Las últimas palabras fueron claras y enfáticas. Así como El había dicho

antes que El era el Camino y la Luz, así decía ahora que El era la Vida del mundo. Esto llegó como una sacudida tanto para creyentes como para incrédulos. El se estaba identificando ahora con la vida, así como antes se había identificado con la Verdad. Fuera imposible o no, El había dicho esto. Las antiguas murmuraciones estallaron de nuevo, ahora no de la mente vulgar del populacho, sino de Sus propios discípulos que se escandalizaron ante Su afirmación de que El vino del cielo y que Su vida no era la vida del mundo.

Algunos de éstos murmuraron: "Esa afirmación es dura, ¿y quién la creerá? y luego salieron para no caminar más con El. Ellos le habían entendido rectamente, de otra manera El no los hubiera dejado marchar.

Los únicos que permanecieron fueron aquellos agrupados en torno a Pedro, a quienes Jesús dijo: "¿Y vosotros queréis también retiraros?"

Pedro, la roca, contestó: "Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de Vida Eterna, y nosotros hemos creído, y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".

Ese era precisamente el punto. Siempre que El es Dios, El es nuestra Vida, porque, ¿qué es Dios sino la Vida de los Hombres? La identificación fue completa: Su Persona era la Vida. El no vino para traernos vida como un amigo nos trae pan. El es el Pan que es Vida. Y así en la noche antes de que El muriera, El hizo lo que ningún hombre en agonía era capaz de hacer. Otros dejan sus propiedades, sus riquezas, sus títulos. Pero El, al morir, dejó Su Vida; porque, ¿cómo pueden vivir los hombres sin la Vida que es Dios? Siempre que la vida vegetal que sustenta la vida animal no vive en otro planeta sino cerca de la vida animal, y siempre que la vida animal que sustenta la vida humana no vive en otro universo, sino que está cerca de aquellos que la necesitan, así la Vida Divina que es la vida de las almas, estará entre los hombres en el Pan de Vida y el Vino que germinan vírgenes.

Estas tres escenas y la gran lección de cada una se repitieron la noche antes de que El muriera. Cuando Nuestro Señor estaba dando su último discurso a Sus seguidores, fue

interrumpido por Tomás que preguntaba: "¿Cómo podemos saber el Camino?"

A lo cual respondió Jesús: "Yo soy el Camino, y la Verdad y la Vida".

Ahora volved a cualquier otro maestro de moral que el mundo haya conocido y buscad un mensaje similar. Tomad cualquiera de ellos, Buda, Confucio, Lao-tsé, Sócrates, Mahoma, no importa. Ninguno de ellos se identificó a sí mismo ni con el camino de salvación, ni con la verdad, ni con la Vida. Todos ellos dijeron: "Yo mostraré el camino"; pero Nuestro Señor dijo: "Yo soy el Camino". Todos ellos dijeron: "Yo os diré cómo poseer la verdad o cómo descubrir la Luz". Pero Nuestro Señor dijo: "Yo soy la Verdad; yo soy la Luz del Mundo". Todos ellos dijeron: "Yo os ayudaré a alcanzar la vida que no muera"; pero Nuestro Señor dijo: "Yo soy la Vida". Cada uno de los reformadores, cada uno de los grandes pensadores, cada uno de los predicadores de moral en la historia del mundo han señalado hacia un ideal exterior a ellos mismos. Nuestro Señor no. El señaló hacia El mismo. Cada uno de los fundadores de una religión del mundo pidieren a los hombres que miraran a su sistema, que era aparte de sus personas. Nuestro Señor no. El señaló a Su persona. Alcibíades, por ejemplo, preguntó a Sócrates qué debía pedir a los dioses. Sócrates le respondió: "esperar algún maestro más grande que nos dijera cómo hemos de conducirnos delante de Dios". Sócrates no dijo: "Miradme, yo soy el camino". Más bien dijo: "Mirad después de mí, más allá de mí, y fuera de mí". Había distinción entre el maestro y el sistema. Lo que se puede, decir de Sócrates, se puede decir igualmente de Buda. En el Libro del Gran Muerto, Ananda trata de conseguir cuándo está cerca de su fin, que Buda le dé dirección y consuelo. Buda no dice: "Cree en mí" o "Vive en mí", sino que contesta: "Sí una lámpara para ti misma y un refugio para ti misma". Estaba prácticamente diciendo: "Yo no soy la Luz. No soy la Verdad". Esto era algo fuera de sí mismo. Confucio el gran reformador, de Oriente, repetidamente rechazaba cualquier excelencia especial de sí mismo. "¿Cómo osaría", de-

cía, "contarme yo mismo entre los sabios y los hombres de virtud perfecta?" Prácticamente estaba diciendo: La luz no está en mí. Estos ideales son distintos de mi existencia histórica. Aun en la religión de Israel los profetas Hebreos fueron maestros de moral de su nación, que exigían sin compromiso obediencia para las palabras pronunciadas por ellos, pero decían que sus palabras exigían reverencia, no porque fueran las palabras de ellos, sino porque eran las palabras de Dios. De aquí la frecuencia en la expresión de los Profetas Hebreos: "Así lo ha dicho el Señor".

Lo que es verdad en el pasado es verdad en el presente. Hoy día no hay reformador o predicador que crea que él es la encarnación del ideal. Cuando más, ellos dirían que son postes con letreros para señalar una Jerusalén celestial, pero en ningún caso que son la ciudad misma.

Es en esto donde Cristo se diferencia de todos ellos. Mientras Sócrates decía: "Esperad a otro", Cristo dijo: *Yo estoy aquí. Las escrituras tienen cumplimiento en vuestros oídos.* Mientras Buda rehusó ser una lámpara para guiar a la pobre moribunda Ananda, Cristo decía: "Yo soy la Luz del Mundo". Mientras Confucio se negó a ver en sí mismo una personificación de su ideal de perfección, Cristo decía que El era Vida y Resurrección. Mientras los profetas de Israel señalaron más allá de sí mismos, Cristo se proclamó a Sí mismo como el Esperado de las Naciones.

No había, por tanto, ningún ideal fuera de Su vida histórica, El es el Ideal. No había sistema fuera de Su Persona. Su Persona es el sistema. No había ningún camino aparte de Su Camino, ninguna Verdad fuera de Su Verdad, ninguna Vida distinta de Su Vida. No había nada fuera o más allá de El, pues todos los caminos y las verdades y las vidas dispersas encontraron su centro y fuente, y en tal medida que El pudo decir lo que ninguno se había alguna vez atrevido a decir: *Sin Mí nada podéis hacer. Podéis comprar y vender sin Mí, podéis engrandecer vuestras haciendas y construir vuestras moradas sin Mí, podéis fabricar vuestros navios sin Mí, pero no podéis dar un paso hacia el Ideal, que es*

la Vida Divina, sin Mí, porque yo soy esa Vida. No podéis siquiera ir al Padre sin Mí, pues Yo y el Padre son Uno.

Nuestro hambriento mundo moderno necesita meditar profundamente en esta unicidad del ideal con la misma Persona de Cristo. Desde la mitad del siglo diecinueve los corazones humanos han estado tratando de vivir sobre sistema: en el Humanitarismo, la Religión del Modernismo, la Religión de las Ciencias, la Religión del Humanismo, la Religión de la Belleza, el Freudianismo, Teosofismo, Espiritualismo, Idealismo; mil y una mezclas de mustio racionalismo, enmohecidas supersticiones, carcomidas nigromancias, amarga filantropía, simiescos simbolismos, que han hecho místicas misteriosas sacadas de los hombres sólo por un momento pasajero. Pero estas abstracciones congeladas no pueden satisfacer un corazón, porque un corazón no puede vivir de un sistema acerca de la Verdad, o una teoría acerca del Amor, o una hipótesis acerca de la Vida. El corazón humano puede vivir solamente del amor. Y hay solamente una cosa que el corazón humano puede amar: y es una Persona. Unificad esa Persona con el Camino que se debe seguir, con la Verdad que debe ser conocida, con la Vida que ha de vivirse, y ese camino, esa Verdad y esa Vida arrastrarán a miles de corazones, arracándoles la dulce sinfonía del amor.

Tal es la Persona de Nuestro Bendito Señor que, entre todos los hombres, sólo El combina el Ideal y la Historia en Su propia Persona. Porque El es el Ideal, existe el romance de amor en torno a Su persona; porque El es una Persona histórica, hay la verdad acerca del romance. Todos los demás contaron un romance. Nuestro Señor lo vivió. Todo lo demás fué tran trillado como la historia. El Cristo Histórico fue tan romántico como el amor. Mientras más profundamente pensamos sobre el asunto, mejor vemos que si Dios es bueno, nosotros debemos buscar Su Camino, Su Verdad y Su Vida; no solamente para que sea camino arriba de los cielos, sino también aquí abajo en el polvo de nuestras pobres vidas. Después de todo, lo que todos los pueblos han estado esperando en todo tiempo es un Ideal en la carne. No podrían continuar soñando ensueños y pin-

tando símbolos. Los Judíos miraron hacia un Ideal en la carne; los Gentiles, que no conocían la revelación, en medio de su misma idolatría decían: "Bien, si Dios no baja hasta nosotros para ser Nuestro Camino, Nuestra Verdad, Nuestra Vida, entonces le haremos bajar. Construiremos Su imagen en piedra, oro y plata". Pero la imagen, no podría satisfacer más que los sistemas de nuestros días. Había un abismo que sólo podía cubrir una Encarnación. Y así fue como bajó Dios. Descendió como la personificación de nuestros sueños —la carne y sangre de nuestras esperanzas— el Romance de amor que es tan cierto y real como la historia. Por eso es por lo que El es amado; por eso es por lo que El es adorado; por eso es por lo que El es Dios. Hay un título querido a todos los que hallan en el Camino, la Verdad y la Vida, un título que reconoció su Divinidad, que da a la creatura un fácil acceso al Creador, al pecador un fácil acceso a la Santidad, y a nuestros corazones rotos una puerta abierta al Amor reparador de lo Divino; y este título que trae lo Infinito a lo humano en la más amable, hermosa y dulce familiaridad, es EL SAGRADO CORAZÓN.

ha Luz del Mundo

6

Hay tres grandes papeles representados por el Eterno Galileo, cada uno de los cuales es una revelación de Su Divino Carácter: El es un Profeta o Maestro, un Rey o el Centro de los Corazones, y un Sacerdote o el Redentor del Mundo. El primero de estos papeles, el de Maestro, será el que consideremos, siempre que nuestro propósito es destacar cuan contradictorios son los métodos de enseñanza moderna comparados con los de Nuestro Señor.

Solamente un Dios podía usar métodos que no son de este mundo y sin embargo tener éxito para imprimir Su mensaje a todas las edades y a todos los tipos de mentes.

El mundo siempre ha tenido profetas, pero estaba reservado para nuestros días el vernos hastiados de ellos. Nunca antes en la historia ha habido tanto pensamiento y tan poca aproximación al conocimiento de la verdad, tantas escuelas y tan poca erudición, tantos sabios y tan poca sabiduría, tanto hablar de religión y tan poca oración. Antes que todo diremos una palabra sobre el mundo como maestro. No existe un solo punto sobre el cual estén de acuerdo algunos de esos maestros, porque hay tantas opiniones como cabezas. Pero sí hay gran unanimidad en los métodos de sus enseñanzas. Todos convienen en que el mensaje eficiente debe poseer tres cualidades: debe ser sutil, liberal y moderno.

Por sutil el mundo quiere significar que el mensaje debe ser bien elaborado, en cuanto debe llegar a la inteligencia y conmover a los no iniciados. Los profetas modernos buscan asombrarnos con su borbotar de raros hechos científicos y deslumbrarnos con un diluvio de nombres altisonantes en

los cuales el pecado es llamado una forma del Reflejo de Edipo, y la religión es definida como un atavismo salvaje, o un complejo unificado de valores psíquicos; en su apoyo citan grandes autoridades, construyen sobre la prehistoria más bien que sobre la historia; tratan siempre de convencer al hombre de la calle, no sobre cuan simple sea su verdad, sino cómo es ella de compleja.

En segundo lugar, los profetas del siglo veinte convienen en que su mensaje ha de ser liberal. Por ello quieren decir que debe reducir la ley unas pocas virtudes sociales, substituir la moral por la higiene, la piedad por el patriotismo, y la religión por la sociología. El ideal nunca debe sobrepasar una justicia aproximada aprobada por la opinión pública; debe haber un mínimo de restricción e inhibición, ninguna mención de mortificación, sino la repetición incesante de palabras clave tales como "evolución", "progreso", "relatividad", y "servicio". De esta manera el mensaje atraerá la vanagloria y al mismo tiempo no ofenderá a los que creen que la moralidad debe acomodarse a las vidas inmorales, y las morales a los modos inmorales de vivir.

Finalmente, los profetas del presente no buscan sólo ser inteligentes, sino también ser modernos. Por encima de todo lo demás, quieren convencer a sus oyentes que sus doctrinas están acomodadas a la era; que hemos crecido sobrepasando en muchos codos la moral y la religión; que después de todo vivimos en el siglo veinte y no en el diecinueve; que la razón primordial por la cual el mundo debe aceptar sus enseñanzas no es porque sean verdaderas, sino porque están al día.

Ahora volvamos las páginas de la historia hasta el Gran Profeta cuyo mensaje ha tenido más éxito que el mensaje de cualquier maestro que alguna vez haya vivido. Descubrimos que su método fue precisamente el opuesto. El trastornó todas las normas terrenas de enseñanza con la misma serenidad hermosa con que volcó las mesas de los comerciantes en el templo. El hizo exactamente lo que otro profeta hubiera llamado tontería: Escogió el método que otros tildaban de fracaso. Sus enseñanzas poseían las tres carac-

terísticas opuestas a las del mundo. El no hizo que su mensaje fuera sutil, sino sencillo; que no fuera liberal, sino transformador; que no fuera moderno, sino eterno.

En contraste con los profetas modernos, el mensaje de Nuestro Bendito Señor no fue sutil y elaborado, sino ingenuo y sencillo. No hay en parte alguna ningún intento por impresionar a su auditorio o con su omniscencia, o con la ignorancia de ellos. El nunca es complejo. No hay ningún truco o retórica, ningún llamado a las clases cultas, ninguna pompa o demostración, ningún desierto de leyes y preceptos como se encuentran en Buda o Mahoma. En la mayoría de las ocasiones sus sermones los dio bajo el cielo abierto, en la falda de las colinas, a lo largo del lago, o en la vía pública. Sus palabras flotaban tan dulcemente para encantar oyentes solitarios como para arrebatat multitudes, y podía entenderlas tanto el erudito investigador en la soledad de medianoche, como la frágil mujer en el pozo de mediodía. Sus frases son sacadas de la vida cotidiana y la experiencia común, lo que las hace claras a todas las edades. Sus lecciones fueron extraídas de los incidentes de la vida que tenía delante de El en ese momento. En una ocasión, cuando hablaba a un pobre trabajador en la esquina de una calle, se sirvió de sus vestidos remendados, sus odres viejos y el vino nuevo, para llevarle la verdad de su reino. En otra, mientras estaba de pie a la entrada del templo, iluminado con luces y en su cabeza antorchas llameantes, dijo a sus discípulos: "Yo soy la luz del mundo". Un día en la ladera de una colina cerca del Lago de Galilea vio en la colina opuesta un hombre que salía a regar su semilla, y señalando con su dedo dijo: "Un sembrador salió a sembrar su simiente"; y sus discípulos observaron al sembrador mientras escucharon la parábola del sembrador y su semilla. El ve a los pescadores recogiendo sus redes y los llama para que sean "Pescadores de Hombres". El ve un hombre cuyo nombre es "Roca" y hace de él una roca sobre la cual construye su Iglesia. El habla de los gozos y penas de todos los días: de la sal sobre la mesa; de la aldea colgada en la colina; de la lámpara ardiendo en la ventana; de las ovejas

de ellos y sus cabras; sus camellos y sus ojos de aguja; de sus disputas diarias entre el juez local, y su lenguaje basto que alcanza a oír en la calle; el sol ardiente cayendo sobre ellos; sus rayos iluminando de este a oeste; el foso que hay allí entre los campos; espinas y zarcillos; las ovejas y los lobos; las cañas sacudidas por el viento y la maleza echada al fuego; del huevo y la serpiente; pájaros y nidos; perlas y monedas; el grano y el aceite; mayordomos y jardineros; reyes y pastores; el cuervo que se cierne sobre ellos; los jornales diarios escondidos en el hogar; la cabana cerca del lago que fue construida sobre arena y que se ha derrumbado, y la cabana construida en rocas que resiste las inundaciones; cortesanos en vestidos delicados, novias en traje nupcial, y las piedras de la colina con sus escorpiones y serpientes debajo de ellas; y nadie olvidará jamás el día en que El estuvo en la llanura y sus ojos sorprendieron primero el vuelo de un pájaro por sobre su cabeza, y luego un lirio a sus pies, que tomó en su mano haciendo observar que éste no trabaja ni teje. Y de repente hizo elevar la imaginación de sus oyentes desde la flor impotente hasta sus héroes nacionales y el color llamativo de sus palacios: "Ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió, con tanto primor como uno de estos lirios"; y luego, finalmente, embargado por un tercer pensamiento, lo arruga entre sus dedos indicando que podía convertirse en nada: "Y si la hierba del campo que hoy es o florece y mañana se echa al horno, Dios así la viste, cuanto más a vosotros, hombres de poca fe". Fue como si hubiera construido una gran torre por arte de magia y luego, repentinamente, la hubiera derribado hecha polvo, cuando la habíamos contemplado hasta el cielo. No había nada sutil o sofisticado en torno a esto; era una cosa tan simple, que ninguna persona de mentalidad mundana pensaría recurrir a ella si desea impresionar con su sabiduría. Los hombres sutiles dicen cosas sutiles para convencernos de su sutileza. Quedó reservado a un Dios el decir cosas sencillas para convencernos de su sabiduría.

La segunda diferencia entre los maestros modernos y Nuestro Señor es que los primeros creen que el mensaje ha

de ser liberal, amplio, y libre de restricción y mortificación. Nuestro Señor dijo que no debía ser liberal. Pero a pesar de oponerse a una doctrina liberal, El no fue estrecho; El no fue revolucionario; El no estaba haciendo una innovación. Mas bien, El estaba renovando. Su doctrina estaba transformando. El empezó por volver a fundir una raza de Adán. Sócrates reformó la mente, Moisés la ley, y otros cambiaron los códigos, los sistemas y las religiones; pero Nuestro Señor no cambió una parte del hombre, sino todo el hombre desde la cima hasta el fondo, al hombre interior que es el primer interés de todas sus obras y hechos. Por tanto El no hace ninguna transacción ni concesión. El tiene un verdadero desprecio de los liberales que son sinónimo de indiferentes. Nos dice que si no creemos, seremos condenados, y que si despreciamos a su embajador, lo despreciamos a El. Los servidores inútiles serán lanzados a las tinieblas exteriores donde "será el llanto y crujir de dientes". Sodoma y Gomorra serán más toleradas en el Día del Juicio que la ciudad que rehace a los Apóstoles. Cafarnaum, que fue exaltada hasta los cielos, será arrojada a los infiernos. Agregad a esto sus ataques contra los Fariseos, que sugiere todo menos un entusiasmo dulce, tibio y liberal, pero que es todavía demasiado delicado para criticar a sus empecinados opositores: ¿Vosotros insensatos . . . ciegos . . . sepulcros blanqueados . . . serpientes, generación de víboras, cómo escaparéis del juicio del infierno?

Ni tampoco hay inanidad acerca de la lealtad: El nunca usa la palabra cooperación. No hay afirmaciones amplias e inofensivas como "Dejad la vida mejor que la encontraste"; o verdades trilladas como el "Gozo del Servicio", el "Evangelio del Trabajo" o "Algún acto bueno cada día". El más bien dice que si se ha de celebrar la fiesta de la alegría por siempre, debemos ser lo contrario de lo que somos; que debemos vencer nuestros instintos animales en vez de satisfacerlos, sacar nuestro ojo en lugar de dejar que sea motivo de escándalo para nosotros, cortar nuestra mano en vez de dejar que nos lleve hasta el infierno, ne-

gamos a contestar provocación con provocación, que indica miedo, sino más bien mostrar a nuestro enemigo la otra mejilla y hacer de él un amigo; no debemos ocuparnos con el pensamiento del día de mañana pues es suficiente el afán del día de hoy; no nos debemos exaltar sino humillarnos; debemos regocijarnos cuando somos perseguidos y bendecir cuando somos vilipendiados; buscar en la mesa el puesto inferior; regocijarnos con el odio de los hombres, volvernos sencillos como niños; y por encima de todo tomar la cruz de cada día. ¿Por qué? Porque no hemos nacido para arrastrarnos entre montones de gusanos, comiendo nuestras partículas de tierra como si sólo tuviéramos un estómago y dos manos; debemos recordar que tenemos un corazón y un alma, cuya salvación es mucho más importante que ganar el mundo entero: "¿Porque de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?"

Este ideal era nuevo. Nadie antes lo había dicho, porque nadie antes vino a transformar al viejo Adán, que es naturaleza, creando una criatura nueva, una supernaturaleza hecha a la imagen y semejanza de Dios. Todos los demás que vivieron nos hablaron de reformar el mundo; Nuestro Señor nos dijo cómo reformarnos nosotros mismos. En una palabra, El nos dijo que solamente haciéndonos mejor nosotros podíamos hacer mejor el mundo. Todos los demás nos dijeron cómo hacer más fácil el camino. Nuestro Señor nos dijo que abandonáramos completamente el otro camino y tomáramos el nuevo, que renunciáramos a todo lo que parecía bueno, recogiéramos lo que habíamos tirado, adoráramos lo que habíamos quemado, aprendiéramos lo que parecía tonto, que no crucificáramos a nuestros enemigos sino a nuestros apetitos inferiores, purificáramos nuestros corazones, amáramos al verdugo, transformáramos nuestras almas, y contestáramos con el fuerte "No" de Cristo al incensato "Sí" del mundo.

Porque ésta fue una doctrina transformadora, podía ser expresada solamente en paradojas. Todo lo que la humanidad en su más baja visión tenía por querido, El lo aniquiló;

las cosas que esa humanidad buscaba, El las condenó; lo que había sido puesto como primero, El lo puso al final; lo que es llamado muerte, El lo llamó vida. ¿Cómo expresar este vuelco total de la naturaleza humana, sino es en una paradoja en la cual lo que es verdadero para el tiempo es falso para la eternidad, y lo que es bueno para el cuerpo es malo para el alma, y lo que es sabiduría para el mundo es debilidad ante Dios? De esta manera fluyen de este predicador las tremendas paradojas sobre el último siendo primero y el primero último; que el humilde sea exaltado y el exaltado humillado; que al perder nuestra vida la ganamos y al ganarla la perdemos; que los despreciados serán reverenciados, y los reverenciados despreciados; que el amo será como el siervo, y el siervo como el amo; que las lágrimas se convertirán en gozo, y los que ríen llorarán; y, por encima de todas, que la mujer pública y el publicano entrarán primero al Reino de los Cielos que el escriba y el fariseo. Estas paradojas constituyen el único lenguaje en que Dios puede hablar al hombre, el sin pecado al pecador, y el eterno a lo temporal. El hombre puede hablar al hombre en mero lenguaje sin paradojas; pero cuando un Dios viene a esta tierra a aniquilar nuestra barata moralidad liberal, a crear nuevos valores, a transformar los corazones haciéndoles ver cuan insensatos son los caminos de los hombres para Dios, entonces El debe hablar en los dos niveles de tiempo y eternidad que es el lenguaje de la paradoja.

Finalmente, los profetas modernos, se dice, han de estar más bien al día que en lo cierto, más bien equivocados que atrasados en el tiempo. Nuestro Bendito Señor trastornó este espíritu al reflexionar no sobre tópicos temporales, sino sobre verdades eternas. Enseñó esto en tal manera que refutara de una vez y por siempre que sus ideas estuvieran acomodadas a su tiempo, y por consiguiente inapropiadas para cualquier otro tiempo. «Nunca usó una frase que hiciera a su filosofía dependiente del orden social en el cual vivió; nunca hizo depender su moral de la existencia del Imperio Romano, o aun de la existencia del mundo: "El cielo y la

tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán", sus argumentos contra el divorcio de la Ley Mosaica, o la Ley Romana, o las costumbres palestinas, eran un ideal aparte de todo tiempo; difíciles en todos los tiempos; pero no imposibles en algún tiempo. Porque El nunca se adaptó a tiempos pasados, ni al tiempo presente, ni a los tiempos futuros, El nunca cayó en trivialidades. Las trivialidades pertenecen sólo a aquéllos que dicen que debemos tener moral nueva para adaptarnos a una ciencia nueva. La trivialidad es la herencia del tiempo, pero no de lo eterno. Por ejemplo, no hay trivialidad acerca de la guerra, acerca de su devastación, su odio, su matanza. Lo que hay, recorriendo todas sus enseñanzas, es una pequeña frase que es una frase poderosa; una frase que separa el tiempo de la eternidad; una frase que empieza un nuevo sistema de educación: "Yo os digo más..." En el Sermón del Monte, El comienza cada ejemplo con las palabras, "Habéis oído que se dijo a vuestros mayores", y luego El purifica lo así llamado temporal, la trivialidad, con el mandato eterno: "Yo os digo más..." Esto parece como una antifonía en su discurso. "Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás. . . Yo os digo más. . . quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno". "Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más. . . cualquiera que mire una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: Ojo por ojo, y diente por diente. Yo empero os digo, que no hagáis resistencia al agravio; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra". De acuerdo con su lógica era mejor que sufriera el rostro que el alma. Extendiendo la doctrina de la caridad, El dio una nueva ley en la cual el odio fue transformado en amor: "Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo. Yo os digo más: haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian". Hay un solo modo de acabar con los enemigos sobre la tierra y es amándolos.

No hay nada en alguna de estas afirmaciones que se acomodara a su tiempo o a otros tiempos. La razón para que El no hubiera estado jamás preocupado por estar al día, fue porque El está por encima de las fechas, en el sentido de que El está fuera del tiempo. Todos los demás que han existido vinieron de determinado pueblo y llevaban el sello de su hora. ¿En qué otra forma podría un legislador gobernar a menos que sus leyes se adapten a su tiempo? ¿En qué otra forma podrían escribir los filósofos y poetas a menos que pulsen su civilización? En el ritmo de la poesía de ellos se encuentra el grito de su época; en los sueños de su filosofía está la aspiración de su país. Nombrad los grandes de la tierra: Homero, Job, Esquilo, Isaías, Sócrates, Fidias, Sófocles, Platón, Virgilio, Tácito, Dante, Miguel An- Angel, Shakespeare, Milton, Cornelio, Bossuet, Washington, Lincoln. ¿Qué son ellos sino la encarnación de Grecia, Arabia, Judea, Roma, Italia, España, Francia, Inglaterra y América? Cuando más grande son, mejor encarnan el genio de la humanidad en cuya hora vivieron. El gran habitante de Pelasgos es Homero, el gran griego es Esquilo, el gran Árabe es Job, el gran Hebreo es Isaías, el gran Romano es Tácito, el gran Italiano es Dante, el gran Francés es Bossuet, el gran Inglés es Shakespeare, el gran Americano es Wash- ington. ¿Pero quién es Nuestro Bendito Señor? El no es ni griego ni romano, ni judío ni gentil, ni antiguo ni moderno. El es un hombre fuera del tiempo; el hombre; el Dios-Hom- bre. En otros nunca halláis la humanidad en su totalidad, tocáis apenas la orla del ropaje; pero en Cristo tocáis toda la humanidad. Esta universalidad de Nuestro Señor, este sobrepasar los límites del tiempo y el espacio, esta propiedad peculiar de pertenecer a todos los tiempos porque El no pertenece a ninguno, nos hace preguntar: ¿de dónde vienen entonces? ¿Cuál la causa de su tremenda personalidad? ¿De dónde proviene la fuente de su independencia? El no depende de la multitud que lo aclama, ni de las costumbres de su país, ni del siglo en que vivió. Si hemos de buscar el secreto de su intemporalidad, de la sencillez de su sabi-

duría, y del poder transformador de su doctrina, debemos remontarnos más allá del tiempo hasta la ausencia de tiempo, más allá de lo complejo hasta lo perfecto, más allá del cambio hasta lo incambiable, más allá del margen del mundo hasta el Dios Perfecto, que en la forma de un humilde carpintero nazareno un día con toda calma y sin énfasis, como quien coge una flor, miró sobre sus hombros y en una grande y tremenda paradoja reveló el secreto de su eternidad sin edades con las más extrañas palabras que alguna vez haya escuchado esta tierra temporal. "Antes que Abraham fuera... Yo existo".

El Rey de los Corazones

7

Todo hombre es apasionadamente amante de la libertad, pero hay una cosa que él anhela aún más, una cosa sin la cual la existencia y la misma libertad son dolorosas, y ésta es la felicidad. Una de las más grandes paradojas de la vida es que cuanto más busca un hombre ser libre, tanto más desea ser esclavo: no un esclavo en el sentido de que se le niegue su libertad, sino en el sentido que anhela algo que adorar, algo que solicite su voluntad, mueva las cuerdas de su corazón, incite sus energías y mande sobre sus afectos. Necesita ser libre para escoger entre las varias clases de felicidad, pero no quiere ser libre de la felicidad. Desea ser su esclavo.

Hay dos maneras de responder a esta hambre del alma y esta sed del corazón. Una es la manera del mundo, la otra es la manera de Cristo. La diferencia entre las dos es que, antes que tengamos los placeres del mundo, éstos parecen deseables y como si fuesen todo lo que necesitamos para ser felices. Pero después que los tenemos, éstos nos desilusionan y aun nos disgustan. Sucede lo contrario con los placeres de Cristo. Antes que nosotros los tengamos, éstos son duros, inatractivos y aun repulsivos. Pero después que los tenemos, son satisfactorios, y resultan ser todo lo que nuestro corazón podía alguna vez anhelar.

Entonces el problema es este: ¿Deberá el corazón buscar su felicidad en los placeres del mundo, o la deberá buscar en el Reino de Cristo? Yo quiero defender la superioridad del Reino de Cristo, mostrando en los versos de

Thompson, en primer lugar como se frustran los placeres del mundo, y en segundo cómo agrada el Reino de Cristo.

¿Qué clase de felicidad ofrece el mundo? ¿Qué solución da a los problemas del gozo? La felicidad, dice el mundo, ha de hallarse en la persecución de tres cosas: Humanismo, sexo y ciencia.

La primera panacea es el humanismo, o sea la suficiencia del hombre sin Dios. En esta teoría el hombre encuentra satisfacción en su propia mente sin la ayuda de la fe, y en su propia voluntad sin la ayuda de la gracia. De acuerdo con esta filosofía, no hay necesidad de buscar a Dios afuera del hombre, sino sólo al hombre dentro de sí mismo, con sus pensamientos e imaginaciones. Y el humanista, en el lenguaje de Thompson, dice que la fuga de Dios está en el goce de nuestra propia mente, en psicología, en emociones humanas, en sentimientos, en misticismo natural. Por medio de éstos espera escapar al llamado del gran Rey, Cristo, y al sonido de Sus Pisadas de Paz.

HUÍ de El en las noches y en los días;
 hui de El a través de los años;
 hui de El por entre los laberintos
 de mi propia mente; y en medio de mis lágrimas,
 me oculté de El, lo mismo que en medio de resonantes car-
 cajadas.

Vislumbrando una esperanza,
 salí disparado
 hacia los lóbregos e inmensos abismos de mis temores,
 perseguido por esos fuertes pasos que me seguían.

Francis Thompson *The Hound of Heaven*.

Y con todo, el humanismo no es un éxito sino un fracaso, pues el hombre no puede vivir por sí mismo, así como no puede levantarse halando de sus propias correas de sus zapatos, o vivir de su propia carne. Tiene un cuerpo como tiene un alma, y el espíritu reclama sus propios alimentos en forma más definida que el estómago. Al tiempo que flota

sobre su alma la verdad de que tal vez hay un Dios por fuera y más allá del hombre, oye el resonar de los pies de Dios, de quien se le había dicho que nunca necesitaría:

Pero con persecución sin ninguna prisa,
con velocidad premeditada
y calma imperturbada,
los pasos golpeaban con majestuosa insistencia
al tiempo que sonaba una Voz
más insistente que los Pies;
"Siempre que Me traicionas a Mí, te traicionas a ti".

Ibid.

Apartado de su yo, el hombre moderno vuela hacia la filosofía Fruediana del sexo, abriendo las pequeñas puertas del corazón, tan estrechas y diminutas en contraste con los grandes y amplios portales por los cuales entra el Amor Divino. Influidado por el orden económico en que vive, empieza a juzgar «el amor como el oro, y por ello siente que cuanto más tempestuoso sea, es más verdadero. Experimenta la necesidad de la religión, y como quisiera matar de hambre su alma, hace una religión de los instintos que tiene en común con las bestias del bosque. Diciéndose libre de toda norma, y por tanto apartado de toda simpatía humana, se harta de carne que más hambriento lo deja cuanto más la consume. Allá en alguna parte del fondo de su corazón, él sabe que Dios está tocando y que entraría si le dejara; pero su débil alma teme que si admite el espíritu no quedará espacio para la carne. ¡Ahí cómo olvida que si él tiene la llama puede olvidarse de la chispa.

Astuto e insensato,
me encerré en mi corazón y cubrí con cortinas rojas
los orificios de pequeñas caridades
(Pues, aunque conocía Su amor que me seguía,
no obstante temía angustiado que,

si abría una puerta para darle entrada,
su presencia, como una racha ocuparía todo
mi corazón, y no quedaría espacio para nada más.)
Y el temor no me abandonaba a la par que el Amor no ce-
[saba de perseguir.

Ibid.

Hallando que el humanismo como el sexo no consiguen darle satisfacción, al fin el hombre moderno busca su felicidad en la ciencia, cuando se ve subyugado por la gloria del sol de mediodía, la dulce belleza de la luna y el esplendor de miles de estrellas. Ya que la tierra fracasó, él le hará trampa a la tierra deslizándose por las puertas de la fantasía hasta las mismas praderas de los cielos. La belleza de los planetas le deslumhra mientras corre libremente por los campos del éter. La ciencia, piensa, es la única cosa que contestará a su llamado a la felicidad y será algo más que un eco agonizando en los vientos. Siempre que ella explicara el universo sin ese "Amante Tremendo" que es Dios. Y así es que grita:

Hasta los confines del mundo volé,
y a las puertas de oro de las estrellas fui a importunar
demandando refugio en sus barras impsibles.

Al alba dije: ven pronto. A la noche clamé: ven pronto.
El fresco capullo de los cielos me cubrió
de este Amado tremendo.
Corridos los cerrojos de los secretos de la naturaleza,
conocí todo lo que valía
ante el rostro firme de los cielos.

Me sentí oprimido
cuando la tarde encendió sus luceros
en torno a los muertos del día.
Reí ante los ojos de la mañana
y me regocijé y entristecí con todos los tiempos.

El cielo y yo lloramos juntos
 y sus dulces lágrimas se amargarón con la sal de las mías.
 Coloqué mi corazón para que latiera
 al unísono con su corazón rojo del crepúsculo———
 y participé su contagioso calor.

Ibid.

Pero la ciencia también fracasa, pues es algo más que un conocimiento de la materia lo que el alma anhela. No hay espacio para la belleza en esa ciencia que querría hacer clasificaciones aun en la tumba de la madre. Así que, el hombre moderno, después de haber vagado por el universo con telescopio en mano, regresa con los pies sangrando y su corazón adolorido. ¡El mundo ha mentido de nuevo! Lo que llamaban un camino seguro a la felicidad no era más que un fracaso. Entonces emerge de su corazón la triste y dolorosa verdad de que la alegría no está en la naturaleza:

En vano mis lágrimas se humedecieron en las mejillas del
 [Cielo,
 porque no podíamos saber lo que él y yo decíamos;
 yo hablaba con palabras,
 mientras su lenguaje es su movimiento que habla con el si-
 [lencio.
 La Naturaleza, pobre madrina, no puede apagar mi se-
 [quedad.

Ni tampoco las leches que una vez remojaron
 mi boca sedienta.

Ensayé a todos Sus servidores, pero encontré
 mi propia traición en su insistencia,
 su deslealtad en mi fe por ellos;
 su verdad traidora en su engaño leal;
 obtuve cosas efímeras, en lugar de la rapidez que pedí,
 y colgado a la melena de todos los vientos me vi.

Pero...

el temor no desaparece, mientras el Amor no deja de per-
 seguir.

Y aun con persecución sin ninguna prisa,
 con velocidad premeditada y calma imperturbada,
 los pasos golpeaban con majestuosa insistencia
 al tiempo que sonaba una Voz más insistente que los Pies:
 "Nada te amparará a ti si no me amparas a mí."

Jbid.

Esta historia es revivida en miles de veces por millares de vidas. El alma anhela felicidad. El mundo dice: Yo tengo un secreto seguro. Es el Humanismo, es el sexo, es la ciencia. ¡Y sin embargo, todos estos fracasan! El humanismo es demasiado inhumano; el sexo trae mucho remordimiento; la ciencia es demasiado fría.

¿Dónde encontrar entonces la felicidad? ¿Dónde hallar esa cosa de la cual quisiéramos ser esclavos, y no obstante ser libres? ¿Quién es Aquel que nos llama después de cada uno de nuestros fracasos?: Cuando me traicionan, todas las cosas te traicionan. . . ¿quién es el que susurra a nuestro corazón después de cada pecado?: Mira, nada que te alegre a ti, deja de alegrarme a mí. ¿Dónde buscar esa voz acosadora que parece llamarnos de cada una de las zarzas ardiendo en las grietas de la tierra?

¿No será que, toda vez que el mundo no puede darnos la felicidad, debemos buscarla en algo fuera de este mundo? ¿No será que toda vez que lo que el mundo llama un éxito resulta un fracaso, debemos buscar el éxito en lo que el mundo llama fracaso? Pero hay una sola cosa en todo el mundo que es lo suficientemente aparte del mundo para ser divina; y sólo una cosa que fue suficientemente un fracaso a los ojos del mundo para ser un triunfo con Dios. Y es la persona que trajo a esta vieja tierra nuestra un amor que exclama: "Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos, y cargas, y yo os haré descansar". Este es Cristo el Rey.

¿Pero El mismo se llamó alguna vez Rey? Recordad aquel día terrible que llamamos Viernes Santo para disi-

mular su perversidad y para declarar nuestra *felix culpa*. Nuestro Señor es llevado delante del procurador romano en nombre de Tiberio César. Para haceros una idea de la personalidad de Pilato, representaos un cuadro mental de él en términos de una de las personas de las clases cultas: un lector de Moncken, Bertrand Russel y Shaw, con Seinburne y Wells en su biblioteca, una persona cuya vida emocional sea influida por Havelock Ellis y su vida mental por Julián Huxley, que diga que no existen la verdad. De pie en medio de los pilares de su asiento de juez, con algo de la nobleza comunicada por el Divino Prisionero, Pilato pregunta con acento de lástima: "¿Eres tú Rey? En la manera como dijo lo anterior, quería expresar esto: ¿Tú, a quien el mundo no acepta, que eres un pobre, un paria, tú en esta hora de tu más amarga necesidad, eres un Rey?; ¿tú, pálido, solitario, desamparado de los amigos, un hombre desechado vestido con trajes de campesino y con las manos atadas, eres acaso Rey? Tú, que huiste de la multitud cuando querían convertirte en un rey de la tierra, y que sólo el último Sabbath entraste en medio de palmas por las calles de esta ciudad santa por entre un esplendor glorioso?, eres realmente un Rey?" Brotó de esta figura flagelada que sin embargo se erguía en su verdadera estatura mostrando su realeza en cada uno de sus gestos, a pesar de las vestiduras y las cadenas: "Tú lo has dicho". Yo soy. Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, era natural que mis siervos lucharían para evitar que yo fuese entregado a los judíos: pero ahora mi reino no es de aquí. "Yo para esto nací y para esto vine al mundo; para dar testimonio de la verdad. Todo aquél que pertenece a la verdad escucha mi voz".

Mientras Pilato escuchaba a este rey de la verdad, sintió que ascendía en su interior un impulso por las cosas más altas. Pero el pensamiento de un rey que no fuera de este mundo, era demasiado para él; y como el primer pragmata del tiempo de Cristo, volvió su espalda y formuló con desdén la pregunta del siglo veinte: "¿Qué es la verdad?"

Y con estas importantes palabras el mundo rechazó lo que no es del mundo, es decir a Dios. Y de esta manera Cristo vino a ser el único rey en toda la historia del mundo que siempre fue un fracaso en su trono. El mundo estaba seguro que ningún rey podía ser un éxito si había tenido tal fracaso. Pero esos son los modos de Dios. Muchas veces, durante su vida pública, El dijo que aquéllos que le amaran serían odiados por el mundo; que El arrastraría gentes hacia El al ser levantado en una cruz en aparente derrota; que el más grande amor que el hombre puede mostrar, es dar su vida por sus ovejas. Ahora había sonado la hora solemne. El rey estaba colgando en un cadalzo. Por corona, llevaba una diadema de espinas, por cetro un clavo de hierro; por trono, una cruz; por púrpura real, su propia sangre; por ejército, aquéllos que gritaban: "Si es el rey de Israel dejadle que baje de la cruz"; por sala real, la colina de la Calavera; por cortesanos, ladrones; y por grito de batalla: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

Cuando el rey fue puesto en su trono, los que esperaban un rey del mundo y no un Dios que no era de este mundo y que amó la locura de morir, vieron una inscripción encima de la cruz, pintada sobre madera con inmensas letras rojas. Estaba escrita en tres idiomas, de los cuales uno al menos era conocido para cada uno de los hombres que componían esa multitud: el latín oficial, el griego corriente, y el hebreo vernáculo; informaba a todos que este hombre que el mundo rechazaba y que ama cuando es odiado, este hombre que agonizaba ahora entre dos ladrones comunes a la vista del mundo, era: "El Rey de los Judíos".

El populacho volvió de nuevo donde Pilato vociferando que no permitirían que Cristo gobernara sobre ellos, y le dijeron: "No has de escribir, El Rey de los Judíos, sino que él ha dicho: "Yo soy el Rey de los Judíos". El valor de Pilato, que tan rápidamente se había evaporado en el nombre del César, revivió ahora, y el procurador les respondió en forma cortante con las últimas palabras que se conocen de él: "Lo escrito, escrito". Pilato había escrito, y eso per-

manecería. La realeza de Cristo debe promulgarse en el hebreo que es la lengua del pueblo de Dios, en griego que es la lengua de los doctores de filosofía, y en latín que es la lengua del mundo. No era el Rey quien no era digno de su reino, sino el reino el que no era digno del Rey.

Cuando vino el crepúsculo la escena se oscureció, y el grito de sed corrió por todas las colinas partiendo las rocas y abriendo las tumbas, y su eco recorrió los corredores del tiempo, hasta llegar a tocar a la puerta de nuestro corazón en este mismo día y en esta misma hora. Llega hasta los hombres de nuestro tiempo que han tratado de ser humanos sin Dios, y que hallaron que, si ellos vivían sin Dios, ni eran hombres sino bestias; llega hasta los desilusionados que sacaron una religión de la carne y les recuerda que el alma igual que el cuerpo debe tener sus alegrías: "sus pasiones desapasionadas y sus tranquilidades arrebatadas": *Jesu voluptas cordium*. Llega hasta aquéllos cuya religión es la ciencia y los llena de turbación cuando éstos tratan de explicar la ley sin un legislador y el orden sin una mente, que es Dios.

Pero una cosa es reconocer la insuficiencia del mundo, y otra completamente distinta reconocer que el rey de los corazones y voluntades y naciones es aquel que trae una cruz y la dura y pasada lección de la mortificación. Frente a frente de aquel cuyo reino es interior, con una entrada que puede ganarse sólo cargando una cruz como el Rey cargó la Cruz, queda el temor de que teniéndole a El no podamos tener más. ¿Puede ser, nos decimos a nosotros mismos, que su amor sea como una yerba amarga que no la puede soportar ninguna flor excepto la suya propia? ¿Podemos ser cortesanos al servicio de un rey que usa vestidos de púrpura y tiene por corona una guirnalda de ciprés? ¿Todos sus campos de amor han de ser fertilizados con tierra podrida? ¿Debe el carbón de nuestras vidas pasar por el fuego antes que El pueda trazar su retrato en nuestras almas? ¿Debe el sol gastarse para iluminar un mundo, y la gloria de la nube morir pasando a ser lluvia antes que pue-

dan brotar las flores y los frutos? ¿Debe morir la semilla antes que pueda retoñar en vida, y debe la Cruz ser la condición de la corona, y la crucifixión de tres horas con el rey ser el preludio de una gloria eterna con El en el cielo?

Mientras damos vuelta a estas preguntas en nuestra mente, nos viene la Voz del Rey como el mar rugiente:

¡Mira! ¡Todas las cosas te huyen cuando huyes de Mí!

¡Cosa extraña rara y fútil!

¿Por qué alguno había de darte un amor aparte, si ve que sólo yo hago mucho de nada? (dijo El).

"Y el amor humano necesita de méritos humanos:

¿Qué has merecido tú,

que de todos los hombres vestidos de barro eres el más mal
[vestido?

¡Ay! ¡No conoces cuan indigno de amor eres!

¿A quién encontrarás que te ame, innoble como eres, excepto yo, excepto solamente Yo?

Ibí.

El corazón humano empieza ahora a ver la luz. El no es precisamente un rey que fracasó: El es un rey que fracasó a los ojos del mundo por ganar una victoria eterna a los ojos de Dios. De aquí que, si hemos de reinar con El en los cielos, debemos empezar nuestro reino con El en la tierra, así como El empezó el Suyo en la Cruz. Son las cosas que no son de este mundo las que hay que hacer: sí. El mundo primero come opíparamente y luego tiene sus ayunos; se harta y luego siente fastidio de sus excesos; ríe y luego llora. Pero el rey de la Cruz invierte el orden: el pobre no será siempre pobre; el crucificado no estará siempre en la cruz; el pobre será rico; el humillado será ensalzado; los que siembran con lágrimas cosecharán en gozo; los que lloran serán consolados; y los que sufren con Cristo reinarán con El. La solución es clara: lo que nosotros llamamos pena, dolor y crucifixión, no es sino "la sombra de su mano extendida cariñosamente". Al fin el alma se ve conquistada

por la belleza del rey tan tardíamente conocido, tan tardíamente amado, cuando el rey divino nos musita suavemente el secreto de sus caminos aparentemente duros:

Todo lo que yo tomé de ti, no lo tomé
por tu daño,
sino para que pudieras buscarlo en Mis brazos.
Todo lo que tu fantasía de niño
ha creído perder, Yo lo he atesorado para ti en mi reino:
¡Levántate, afórrate a Mi mano y ven!

Ibid

El Constructor de Puentes de Dios

Si a las mentalidades modernas se les preguntara qué cosa en el mundo les gustaría más descubrir, probablemente contestarían: el eslabón perdido. Una y otra vez oímos hablar de su descubrimiento, pero al fin sólo resulta un rumor. La más enfadosa característica del eslabón perdido es que falta.

No hay nada malo en buscar el eslabón perdido, pero parece más bien que se pone un énfasis absurdo en la cosa equivocada. ¿Por qué hemos de estar tan preocupados acerca del eslabón que nos une a la bestia, y tan poco interesados en el eslabón que nos une a Dios? ¿Por qué habían de buscarse los más profundos secretos del hombre en el limo de la tierra, en vez de buscarlos en la atmósfera enrarecida del Reino de los Cielos? Aun cuando el eslabón fuera hallado, apenas nos diría la fuente de esa parte inferior de nuestra naturaleza que tenemos en común con las bestias; pero no nos diría nada sobre la parte más alta que tenemos en común con Dios. Una cosa es ser juzgado por aquello que es más bajo en su hechura, y otra ser juzgado por lo que es más alto y más noble. Así, es una investigación mucho más provechosa buscar, no el eslabón enterrado en el polvo y que nos une al animal, sino más bien el eslabón suspendido de los cielos y que nos une a Dios.

Entre Dios y el hombre debe haber un eslabón o iazo. El hombre es pecador, Dios es santo; y no hay nada común entre los dos. El hombre es finito, Dios es infinito; y no hay nada común entre los dos. El hombre es humano, Dios es divino; y no hay nada común entre los dos. Por mi propio

poder no soy capaz de tocar el cielorraso de mi cuarto, pero el eslabón de una escalera efectuaría la unión entre los dos. De igual manera, si siempre ha de existir una comunión verdadera entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, siempre ha de existir un lazo entre los dos. Aquéllos que buscan el eslabón entre el hombre y el animal, dicen que ese eslabón debe ser algo común a ambos. De igual modo, nosotros, que buscamos el lazo entre Dios y el hombre, decimos que ese lazo debe ser tanto humano como divino.

¿Dónde buscar ese eslabón? ¿En una caverna? ¡Sí! El mundo tiene razón al buscar al Hombre de la Caverna, pero lo está buscando en la caverna que no es. Si hemos de encontrar el prototipo del hombre, debemos buscarlo, no en la cueva de Moulin, sino en la cueva de Bethlehem, y el nombre de ese hombre de la cueva no es el Pitecantropus, sino Cristo; la luz que brilla en sus ojos no es la luz de la bestia surgiendo a la alborada de la razón, sino la luz de un dios viniendo a las tinieblas de los hombres; los animales de la cueva no son bestias salvajes aullando a Aquel que vino de *ellos*, sino el buey y el asno encorvados ante aquél que vino a *ellos*; los compañeros de la cueva no son criaturas salvajes con garrotes izados en signo de guerra, sino José y María con sus manos tendidas como símbolo de paz. En una palabra, Cristo es el *eslabón* entre lo finito y lo infinito, entre Dios y el hombre, porque es finito en su naturaleza humana, infinito en su naturaleza divina, y uno en la unidad de su persona; perdido, porque el hombre le ha perdido; pontífice, porque es el constructor de puentes entre la tierra y el cielo, pues éste es el significado de pontífice; mediador, porque es el sumo embajador de Dios entre los hombres. Todos estos nombres son apenas otra manera de decir que lo que olvidamos fue la vida de Cristo por encima de todas las demás cosas: la vida de un sacerdote.

¿Qué es un sacerdote? Un sacerdote es un intermedio o eslabón entre Dios y el hombre. Su misión es hacer dos cosas: traer a Dios hasta el hombre por la infusión de la vida divina; y traer el hombre hasta Dios por la redención del hombre del pecado. Esto fue lo que Nuestro Señor

declaró que era el doble propósito de su venida a este mundo: "Yo he venido para que las ovejas tengan vida, y la tengan en abundancia"; y el hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, y a dar su vida para redención de muchos".

El primer propósito del sacerdocio de Cristo es traer a Dios hasta el hombre, o la vida divina a la vida humana. No tenemos derecho a decir que no hay vida más alta que la nuestra, así como el gusano no tiene derecho a decir que no hay vida más elevada que su vida. El mismo hecho de que el hombre nunca está satisfecho con su vida meramente terrenal, es una prueba de algo más allá. Como un pájaro gigantesco enjaulado, sus alas baten sin cesar contra la jaula de oro del espacio y el tiempo. Siempre ha buscado ser más de lo que es: por eso es por lo que tiene ideales; por eso es por lo que tiene esperanzas; por eso es por lo que los emperadores romanos se llamaron a sí mismos dioses; por eso es por lo que el hombre, cuando olvida al verdadero Dios, se adora a sí mismo como dios. Pero el hombre nunca puede adquirir esa vida más alta por su propio poder, así como no puede cambiar una piedra en una serpiente. Si él ha de poseer una vida superior, ésta debe dársele desde arriba. Si el animal ha de vivir la vida superior del hombre, debe renunciar a su existencia inferior y volver a nacer convertido en hombre, que baja hasta él para tomarlo como alimento. Si el hombre ha de vivir la vida superior de Dios, debe morir en su vida inferior de la carne y nacer de nuevo a la vida superior del espíritu, que bajó hasta él con la vida divina. Este es el mensaje que Nuestro Señor dio a la mente de Nicodemo apegada a las cosas carnales, quien al oírlo dijo: "¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede acaso volver otra vez al seno de su madre para renacer?" El Salvador replicó que El no quería decir el nacimiento de la carne, sino esa regeneración espiritual del agua por medio de la cual el hombre nació de nuevo como un hijo de Dios.

¡Y no obstante, cuan pocos hay que quieren vivir esta vida! La dulce queja del salvador al principio de su vida pública, todavía es verdadera para nuestros días. *Y no vendréis a mí sin que tengáis vida. . . Yo vine en nombre de mi padre, y no me recibisteis.* El resultado es que mientras el cuerpo del hombre moderno se alimenta, su alma es dejada que muera de hambre. Y se dejará morir de hambre hasta que la gran inspiración de vida cese de ser económica, o de ser la ciencia de las cosas terrenas y empiece a ser teología o la ciencia de la vida de Dios.

La segunda función de la vida sacerdotal de Cristo consiste, no sólo en unir la vida de Dios al hombre, sino también en reconciliar al hombre con Dios al redimirle del pecado. Muchas de las concepciones emasculadas de la vida de Cristo hoy día, le representan meramente como un reformador moral, un maestro de moral humanitaria, o un amante sentimental de los pájaros y las bestias. Nuestro Señor, primordialmente, no es ninguna de estas cosas. Primero y ante todo es un redentor. En esto rompe con todos los reformadores y predicadores que alguna vez hayan existido. Tomad a cualquiera de ellos: Buda, Platón, Confucio, Sócrates. No fue la interrupción de su vida: fue el mismo uno de ellos y todos ellos vinieron al mundo para vivir. ¿Pero por qué vino Nuestro Señor al mundo? *El vino al mundo a morir.* Este fue el asunto supremo que le embargó a El desde el día de su nacimiento. "El hijo del hombre", dijo El de sí mismo, "ha venido a salvar lo que se había perdido".

Sócrates, por el contrario, vino al mundo a enseñar. De aquí que la más grande tragedia de su vida fue la copa de sicuta que interrumpió sus enseñanzas. La muerte fue su más grande tropiezo, el obstáculo y molestia supremos que detuvieron sus conversaciones acerca de la verdad. Pero la Cruz no fue para Cristo lo que la sicuta fue para Sócrates. No fue la interrupción de su vida: fue el mismo comienzo. Sus enseñanzas no se vieron detenidas por su muerte. Fue su muerte la que probó que sus enseñanzas eran verdaderas.

Buda vino al mundo para predicar la filosofía de la renunciación. Fue un filósofo y sólo un filósofo. Su asunto supremo en la vida fue solamente y únicamente explicar la derrota: en cierto sentido un fatalismo. La muerte terminó con sus predicaciones sobre la renunciación. Pero la muerte para Cristo no fue lo que la muerte para Buda. Ambos predicaron renunciación. La muerte fue el fin de las predicaciones de Buda sobre renunciación. La muerte para Cristo fue la renunciación. La muerte fue el fin de Buda. Pero para Cristo fue sólo el principio.

Nuestro Señor no caminó por toda la tierra diciendo siempre al pueblo trivialidades sobre la verdad. No estaba explicando apenas la verdad, la derrota, la resignación, el sacrificio. Todos los demás lo hicieron. La meta que el estaba buscando era la muerte. Desde el principio hasta el fin, hubo sólo una visión delante de sus ojos: *El iba a morir*. No morir porque El no pudiera evitarlo, sino morir porque El lo quiso. La muerte no fue un accidente en su carrera; no fue un incidente en su plan: era el asunto que El tenía que hacer. Durante toda su vida redentora El miró hacia su muerte redentora. El anticipó su derramamiento de sangre en el Calvario por su circuncisión a los ocho días de edad. Al comienzo de su ministerio público su presencia movió a Juan a exclamar a sus discípulos en el Jordán: "He aquí el cordero de Dios". A la confesión de su divinidad que hizo Pedro en Cesárea de Filipos, El contestó que El debía sufrir muchas cosas, y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado; y que después de tres días resucitaría; los tristes y pesados días le hicieron exclamar a El con hermosa impaciencia: "Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado: ¡oh y cómo traigo en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido". El predijo su muerte en la Cruz al miembro del Sanhedrín que quería un signo. Contestó: "Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce: así también es menester que el hijo del hombre sea levantado en alto: para que todo aquél que crea en él, no perezca, sino que logre vida eterna". A los fariseos,

que eran como ovejas sin pastor, El les dijo: "Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas... Y doy mi vida por mis ovejas. . . Nadie me la arranca, sino que yo la doy por propia voluntad, y soy dueño de darla, y dueño de recobrarla: éste es el mandamiento que recibí de mi Padre". Para todos los hombres de todos los tiempos que querían olvidar que El ha venido como Nuestro Redentor y Salvador, El pronunció las más tiernas palabras que jamás hayan prendido en esta tierra de pecado: "Que amó tanto Dios al mundo que no paró hasta dar a su Hijo unigénito: a fin de que todos los que creyeren en él no perezcan, sino que vivan vida eterna. Pues Dios no envió a su hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo pudiera salvarse por él".

¿Pero por qué la muerte juega un papel tan importante en el plan divino? ¿Cómo la muerte trajo al hombre a Dios? la muerte trajo al hombre a Dios borrando la deuda del pecado. El hombre era un pecador. No podía devolverse él mismo el favor de Dios, igual que un hombre que debe un millón no puede pagarlo con un centavo, o un soldado que se halla mortalmente herido no puede fajarse él mismo sus heridas. Nuestro Señor asintió a pagar la deuda del hombre sufriendo por el hombre, pues la muerte voluntariamente sufrida es la prueba suprema de amor: "No hay amor más grande en el hombre, que el dar la vida por sus amigos". ¿En qué otra forma podía ser la satisfacción, sino era por aquel cuyo valor intrínseco pudiera proponer alguna oferta digna por parte de un amor ilimitado para una justicia perfecta? ¿Cómo fue posible una reconciliación verdadera entre Dios y el hombre, a menos que el reconciliador tuviera la capacidad de mediar, al menos que El pudiera representar a Dios para con el hombre en la misma forma que al hombre para con Dios? En otras palabras, El tenía que ser un sacerdote: un eslabón entre Dios y el hombre por ser verdadero Dios y verdadero Hombre. Al ser hombre, El podía libremente sufrir y libremente morir, pero siendo Dios sus sufrimientos tendrían un valor infinito. El sacrificio ha sido desde el prin-

cipio de los tiempos por medio del derramamiento de sangre, porque el pecado en cierta forma está en la sangre. Nuestro Señor, por lo tanto, como hombre resolvió derramar esta sangre aún hasta la última gota, para expresar de una vez y al mismo tiempo el odio de Dios por el pecado y el amor de Dios hacia el hombre. Solamente el justo puede pagar adecuadamente por la injusticia; sólo el perfecto puede descontar los crímenes del bruto; sólo el rico puede cancelar las deudas de los grandes deudores; sólo un Dios en su infinita bondad puede expiar los pecados que el hombre ha cometido contra El. Sólo Cristo puede redimir. Pero cuando El toma la cruz, las urgencias del cuerpo son olvidadas ante las urgencias del amor.

¿Por qué los cielos oscurecidos? ¿Por qué el velo rasgado en el templo? ¿Por qué las rocas destrozadas? ¿Por qué los muertos salen de sus tumbas y caminan por la ciudad de los vivos? ¿Por qué el sol oculta su faz? Si a la Naturaleza se le hubiera podido dar una lengua, hubiera contestado que su Señor fue crucificado. Pero su homenaje convulsivo ante la Cruz de Cristo no se nada comparado con un milagro moral, del cual el único síntoma sensible es una promesa de perdón hecha a un pecador arrepentido a su derecha. No cuando Cristo resucitó al muerto, ni cuando aplacó los mares y los vientos, ni cuando mostró Su gloria en el Tabor, sino cuando crucificado, traspasado por clavos, insultado, escupido, vejado y vilipendiado, fue cuando mostró Su poder para cambiar el corazón de un ladrón, atrajo a Sí un alma que una vez fue más dura que una roca, y en un abrazo de amor prometió: "hoy estarás conmigo en el Paraíso". Esa promesa fue la revelación de las profundidades y alturas de Su Poder Redentor: Un rayo de la Luz Eterna de la Cabeza de Dios, iluminando el verdadero sentido de Su humillación como hombre.

Aquel que es recto como un Sacerdote y postrado como una Víctima es Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El día en que el Espíritu Santo derramó su óleo de Divinidad en su naturaleza humana en el santuario del Vientre de la Virgen, fue el día de Su ordenación; Sus ense-

ñanzas en Galilea y Judea, fueron su seminario: porque eso es un seminario, un lugar donde es sembrada la semilla; la sumisión de Su Voluntad en constante obediencia a la Voluntad de Su Padre, fue el ofertorio; la subida del Calvario, donde El cumplió el último y solemne acto de su Sacerdocio, fue la Catedral; la cruz suspendida entre el cielo y la tierra, en reconciliación de ambos, fue Su altar; el carmesí que brotó de su precioso armario de Su costado, fue el vestido real del sacrificio; el sol enrojeciendo ante los horrores que vio, fue la lámpara del santuario; el Cuerpo que El dio como Pan, fue la hostia; la sangre que El vertió como agua, fue el precioso vino; la separación de ambos por la crucifixión y el acto de Su voluntad fueron la consagración; y Sus últimas palabras encomendando su alma en las manos del Padre Celestial, fueron el *Itsc Missa est*.

Si nuestra civilización cesara de remover el polvo de las selvas vírgenes en busca del eslabón que nos une a las bestias, y empezara a arrodillarse delante de la cruz izada en las rocas del Calvario en busca del eslabón que nos une a Dios; si el mundo cesara de mirar a Nuestro Señor solamente como un maestro y empezara a adorarlo como a un Sacerdote, que trae a Dios hasta el hombre por el don de la Vida Divina, y el hombre hasta Dios por el don del Perdón Divino; si esos hombres cesarán de construir sus puentes a través del abismo de los tiempos para atarse ellos mismos a la tierra y empezaran a construir sus puentes a través del abismo de la eternidad para unirse a Dios, entonces el Crucifijo volvería a ser lo que es. Entonces algunos corazones rotos se arrodillarían delante del Crucifijo por un minuto siquiera, para aprender el más dulce de los mensajes más dulces: que no importa cuan pecador sea, él debe tener algún valor siempre que el Dios-Hombre murió en una cruz por él.

Intimidades Divinas

9

A veces algunas personas piensan que el Amor Divino está muy lejos, mientras el amor de las criaturas es muy cercano y real. Con todo, esto no es verdad; es el amor de Dios el que está ardiendo, y la frágil devoción del amor de las criaturas permanece frío y amargo. Para probar lo anterior necesitamos sólo ir al santuario de nuestros corazones, examinarlo en sus intimidades de amor, y veremos cómo Dios ha satisfecho a éstas más allá de los sueños más locos y de las más ardientes esperanzas. En otras palabras, Dios revela Su amor en términos de intimidades del corazón humano.

¿Cuáles son, entonces, los diferentes grados o intimidades del amor? La primera intimidad del amor es el habla. Nunca sabríamos si alguien nos ama, a menos que él nos lo diga. El habla podía llamarse el resumen de un alma: todo lo que ésta ha sido, todo lo que es, y todo lo que será siempre; sólo necesitamos oír hablar una persona y podemos decir: "Es un hombre orgulloso", "es un hombre humilde"; "es un hombre cruel"; "es un hombre caritativo". Aun las palabras escritas de aquellos que vivieron y hablaron hace siglos, revelan sus caracteres, sus pasiones, sus flaquezas y sus ideales. Uno sólo necesita abrir los libros del pasado lejano y ver allí el corazón de Sócrates, el corazón de César, el corazón de un Cicerón revelados en cada palabra que salió de sus labios. El discurso, entonces, es la primera forma de la intimidad del amor.

Ahora, si Dios se revela a Sí mismo en términos del corazón humano, entonces El mostrará Su amor por nosotros

hablándonos. ¡Y Dios ha hablado! El habla de Dios es la Revelación. Abrid las Sagradas Escrituras en cualquier página y encontraréis escrita la voz de Dios diciéndonos Su mensaje de amor: *Verdaderamente, yo te he amado con un amor perdurable, y por tanto te he atraído, teniendo compasión de ti... Si tus pecados te han teñido como escarlata, se volverán blancos como el vellón.*

Así sucesivamente a través de las páginas de las palabras reveladas por Dios. ¿Pero es esto todo lo que el amor puede hacer? ¿No hay todavía otra intimidad del amor fuera del habla? ¿Acaso el corazón humano no anhela otra comunicación además del sentido del oído? ¿Acaso no quiere ver aquello que habla las palabras de amor? ¿Acaso no quiere ver las palabras nacidas en los labios humanos, ver la sinceridad de un rostro, el centelleo de unos ojos, la sinceridad de un corazón, escritas en la franqueza de unos rasgos? Ya no más el amor puede satisfacerse con las palabras tras un velo, o las palabras en un libro. A medida que la intimidad crece, el amor también exige una visión. El amor quiere estar presente con el amado, y es por eso por lo que el Amor tiende naturalmente hacia una Encarnación. De aquí que, si Dios ha de agotar todas las intimidades del amor, y hablarnos en el lenguaje del corazón humano, El debe no solamente ser oído, ¡debe también ser visto! ¡Y Dios fue visto! Esa fue la Encarnación de Nuestro Señor Jesu-Cristo. Aquel que moró en luz inaccesible, fue visto por los Pastores y Magos bajo la luz de una estrella. Aquel que hizo el universo y sus miríadas de soles en rotación y sus planetas en continuo girar, fue visto componiendo las azoteas de los hogares en Nazaret; Aquel que vivía en las riquezas inagotables del Reino de los Cielos, fue visto como un pobre artesano de aldea en un pueblito de Nazaret; Aquel que es la misma Palabra de Sabiduría de la Cabeza de Dios, fue visto en compañía de pescadores cuyo conocimiento no iba más allá de la parte baja de la región de los lagos de Galilea. Los hombres oyeron a Dios decir que El era amor. Ahora vieron al Amor en acción. Los hombres habían oído a Dios diciendo que El perdonaría los peca-

dos; ahora le vieron conferir este poder a los Apóstoles hasta el fin de los tiempos. El fue visto tan a menudo en actitud de amor y perdón, que es embarazoso escoger entre estas actitudes. Una de las más conmovedoras es ciertamente el día en que El perdonó a la mujer sorprendida en pecado. Los escribas y Fariseos estaban rodeando una mujer que se hallaba postrada en el suelo con el velo corrido para ocultarse de los dedos acusadores. Era una adúltera; los Escribas y Fariseos eran sus jueces engreídos de su propia rectitud. Cada uno de ellos tenía una piedra en su mano, preparados para arrojarla sobre aquella indefensa criatura. De cuando en cuando uno de ellos tomaba la piedra de la mano de su vecino, la pesaba, y devolvía la más ligera, para poder tirar la mayor contra la mujer. Justamente cuando estaban a punto de ejecutar su juicio, vieron a Nuestro Bendito Señor que se acercaba y resolvieron confundirle y burlarse sorprendiéndolo en Su palabra. El tenía que hacer una de estas dos cosas: o condenar la mujer, o absolverla. Si hacía esto último estaba desobedeciendo la ley de Moisés que era la ley de Dios, de acuerdo a la cual toda mujer culpable de adulterio debía ser sacada a las afueras de la ciudad donde era apedreada. Si condenaba a la mujer, quería decir que no era misericordioso, a pesar de que El decía ser misericordioso. En ambos casos, pensaron ellos, estaba cogido en la trampa.

Pero el dilema de la justicia y el perdón no era un gran dilema para Aquel que lo resolvió en la Encarnación. Nuestro Señor detestaba el adulterio; pero también detestaba la persecución de hipócritas sin misericordia. El se inclinó y con Sus dedos escribió en la arena: la única vez en su vida que El escribió. ¿Qué escribió? Probablemente escribió en las arenas de esa colina los pecados de la mujer, y cuando hubo escrito los vientos los borraron. Luego, probablemente, dio unos pasos atrás y escribió otra vez mientras veía los pecados de los Fariseos: pero esta vez donde el viento no soplaría y los borraría. Cuando escribía El habló: "El que de vosotros se halla sin pecado, tire... la primera piedra". Al oír aquello los Escribas y Fariseos empezaron a marcharse,

pero no todos a la vez. Algunos pocos permanecieron. Nuestro Señor miró hacia uno de éstos con una de esas miradas profundas, calmadas y penetrantes, y luego se inclinó nuevamente y escribió en la arena; y la tradición dice que escribió la palabra "ladrón", con lo cual el acusador dejó caer su piedra y huyó. Luego miró a otro y escribió en la arena la palabra "asesino", y éste igualmente soltó la piedra y huyó. Finalmente, mirando al único que quedaba con una mirada que penetró su corazón y anticipó su juicio terrible, se inclinó otra vez y escribió en la arena la palabra "adúltero", y el aludido también soltó su piedra y escapó. Ninguno de los actores en esta escena permaneció, excepto dos: el criminal y el Juez: el contraste entre el pecado y la Divinidad.

Ahora ya no se oía ninguna voz reclamando su sangre; ya no había ninguna mano levantada para darle la muerte. No había nadie más con ella, sino la Inocencia: el único que tenía derecho a arrojarle una piedra, pero que no le tiró ninguna. Levantando sus ojos de la arena, El le dijo: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?"

Y ella contestó: "Ninguno, Señor".

"Tampoco yo te condenaré. Anda y no peques más". Extraño veredicto en que la noche pasa sobre el día, y la Virtud sobre el vicio. Al fin los hombres vieron al Amor de Dios en acción, diciendo a los pecadores penitentes de ese día y del nuestro: "Tú estás negro, pero yo enviaré a ti el sol; tú eres indigno de vivir, pero vivirás para ser digno; Yo desprecio tus pecados, pero yo te amo a ti, al pecador. Yo te condeno; yo te perdono; yo maldigo tu pasado corrompido; yo lo limpio para siempre. Ve y no peques más. ¡Oh! ella debió haber deseado murmurar una palabra de agradecimiento, pero cuando miró al Amor de Dios visible a los hombres, lo vio con su cabeza inclinada, las ondas sedosas de sus cabellos refulgiendo al sol, mientras su dedo trazaba en la arena el diseño de un corazón sangrante.

El amor desea oír el discurso del que ama; el amor también desea ver al que ama; ¿pero es todo lo que el amor puede hacer? ¿No queda todavía siquiera otra intimidad por la cual el amor pueda traicionarse y revelarse al cora-

zón humano? Queda aún otra intimidad del amor, una intimidad tan profunda, tan delicada, tan personal, tan completa que el mayor insulto que alguno que no nos conoce puede hacernos es usar esta intimidad: y esta es la intimidad del contacto. Cualquiera puede oír al amado; cualquiera puede ver al amado; pero sólo el íntimo puede tocar al amado.

Si Dios ha de agotar todas las intimidades del amor, entonces El debe no sólo hablarnos, El debe no sólo dejarse de ver por nosotros, sino que El debe tocar y ser tocado. ¡Y El fue tocado! Los niños fueron tocados por las manos que los habían hecho; la mujer que sufría de una hemorragia tocó la orla de sus vestiduras. Tomás también le tocó a El cuando puso sus dedos en Su mano y la mano en Su corazón para ser curado de sus dudas. Pero una de las más dulces entre todos los tocamientos fue el que El recibió en la casa de Simón el Fariseo.

Simón era ese tipo de hombre que gustan de poner por las nubes a los extranjeros. No porque fuera un devoto seguidor de Nuestro Señor, sino por la gran fama del maestro Galileo, invitó a Nuestro Señor a su espléndida mesa. En esa ocasión omitió algunas pequeñas ceremonias tales como el besar a su huésped y ungirle los cabellos. Probablemente Simón pensó que, siempre que Nuestro Señor era sólo un Rabí rústico, no familiarizado con la mejor sociedad, podía prescindirse de alguna etiqueta.

Los invitados se reclinaban en la mesa de acuerdo con la costumbre que hacía poco había sido introducida en Palestina desde el Este: cada uno descansando en su codo izquierdo, dejando la mano derecha libre para comer en la mesa. Mientras los sirvientes color de bronce introducían preciosas viandas, sucedió un embarazoso incidente. Simón miró hacia el extremo de la sala y lo que vio hizo sonrojar sus mejillas. A él no le hubiera importado esto, si cualquier otro lo hubiera estado allí; pero el Rabí! ¡Qué pensaría El de esto! Estuvo a punto de ordenar que sacaran al intruso, pero le hizo desistir una mirada del Maestro.

El intruso era una mujer. Su nombre era María; su ciudad, Mágdala; su profesión, una pecadora. Esta se movió lentamente a través de las cortinas de seda púrpura que colgaban por todas partes. Cuando sus cabellos abundosos calieron por sus ojos, no hizo ninguna señal de apartarlos, pues ellos servían como de velo contra la mirada del Fariseo. El cuarto se había llenado ahora de silencio. De repente, un sonido trbte y pequeño rompió ese silencio. Era un llanto. La mujer gemí[^]. Tendida ahora sobre los pies del Divino Salvador, dejó caer sobre los pies precursores de paz unas pocas lágrimas, como las primeras gotas tibias de una lluvia de verano. Luego trató de enjugarlas con su cabello, pero la fuente se desbordó como contestando a la miseria más profunda de la vida.

Luego recordó que ella había ocultado bajo su velo un vaso de precioso unguento exprimido de lo mejor de la creación de Dios. ¿Pero qué hizo con esto? No hizo lo que usted y yo hubiéramos hecho. ¿Qué hubiéramos hecho? Habríamos tomado el vaso de unguento precioso y lo hubiéramos derramado, lentamente, deliberadamente... resueltamente. .. gota por gota... como para indicar con la lentitud de nuestra ofrenda la generosidad de nuestra dádiva. ¡No ocurrió esto con Magdalena! ¡No ocurre esto con aquellos que verdaderamente aman! Rompió el vaso y lo dio todo, pues el amor no conoce límites. No vio nada ni sintió nada excepto un deleite inexpressable, en el cual el gozo es pena y el dolor alegría, en el cual las lágrimas, fuente común del gozo y el dolor, se unieron en una emoción de profundo éxtasis.

En todo este tiempo Simón estaba pensando los pensamientos viles de esos innumerables cementerios con sepulcros blanqueados que por fuera son blancos y adentro están llenos de huesos podridos de muertos. Así que musitó él para sí mismo: "Si este hombre fuera verdaderamente un profeta, conocería seguramente quién y qué clase de mujer es la que lo toca, y que es una pecadora".

Y Nuestro Señor leyendo sus pensamientos le dijo: "Simón, una cosa tengo que decirte".

"Di, Maestro", respondió él.

"Cierta acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos, a tu parecer le amaría más?"

"Hago juicio que aquel a quien le perdonó más".

"Has juzgado rectamente... Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. . ."

"Porque ha amado mucho".

María pareció haber oído estas palabras entre suspiros. Pero no pudo creer a sus oídos. ¿Habría verdaderamente para ella: ella que resumía en sí misma cuarenta siglos de pecado; ella, el tipo de mujer que daba su cuerpo sin dar su alma; ella que condimentaba sus bromas con pecados; ella, a quien las mujeres envidiaban y detestaban; a quien los hombres deseaban e infamaban? ¿Podía ser que El fuera tan amable? Miró hacia El para buscar alguna seguridad de que había oído bien. Los ojos de El se iluminaron como dos cirios de altar; sus labios, finos y llenos de sentimiento, empezaron a moverse. Luego vino el silencio que siempre precede a toda palabra de Dios. . . "Perdonados te son tus pecados... anda en paz".

El Pastor estaba feliz: Había encontrado la oveja perdida. La oveja perdida estaba feliz, pues al sondear las profundidades del amor, había tocado los mismos pies de Dios.

No hay nada más que pueda hacer el Amor; no hay otra lengua por la cual pueda hablar el corazón. El amor tiene tres y sólo tres intimidades: el habla, la visión y el contacto. Dios ha escogido estas tres intimidades para hacer Su amor inteligible a nuestros pobres corazones. Dios ha hablado: El nos dijo que nos ama: Esa es la Revelación. Dios ha sido visto: Esa es la Encarnación. Dios nos ha tocado con Su gracia: Esa es la Redención. Entonces, por lo tanto, muy bien puede El decir: "¿Qué podría yo hacer por mi viña más de lo que he hecho? ¿Qué otra prueba podría dar de mi amor, que agotarme a mí mismo en las intimidades del amor? ¿Qué más podía hacer para mostrar que Mi propio Sagrado Corazón no es menos generoso que el vuestro?"

Si contestamos estas preguntas correctamente, entonces empezaremos a pagar amor por amor. Entonces no preguntaremos: "¿Cuánto debo hacer?" sino, "¿Cuándo *puedo* hacer por amor de El?" Entonces devolveremos el habla con el habla, lo que será nuestra oración; visión con visión, lo que será nuestra fe; contacto por contacto, lo que será nuestra comunión. Entonces, un día cuando pensemos que el cáliz de nuestros pobres corazones ha sido vaciado de la última gota de amor por El, El nos llevará al cielo donde nuestros corazones serán llenados hasta desbordar con la fuente del gozo, y donde no habrá más palabras sino el canto de los ángeles, más visión sino el Cordero de Dios, y más contacto sino el abrazo de la "pasión desapasionada" y la "tranquilidad arrebatada" del Eterno Amor, que es Dios.

El mundo tiene una prueba suprema para reconocer el carácter, y es la posesión de una virtud en un grado alto y eminente. Muchos generales de nuestra historia, por ejemplo, han sido clasificados como grandes caracteres a causa de su valor, y muchos científicos han sido considerados como caracteres nobles a causa de su amor por la paz, otros a raíz de su valentía en la guerra; algunos por su majestad, y otros por su delicadeza; algunos por motivo de su sabiduría, y otros por causa de su sencillez.

Pero este no es el modo verdadero de juzgar los caracteres. La posesión de una virtud en un grado eminente no hace un hombre grande, así como una sola ala no hace un pájaro. Al igual que el poder del águila se mide por la distancia de la extremidad de un ala a la extremidad de la otra, así el carácter de un hombre ha de ser juzgado, no por la posesión de una virtud extrema, sino por la extensión entre esa virtud y la opuesta que la complementa. El carácter Cristiano no es ni más ni menos que la reconciliación de las virtudes opuestas. En otras palabras, un carácter verdaderamente grande no es precisamente un hombre valiente, pues si un hombre fuera valiente sin ser tierno, podría fácilmente volverse cruel. La ternura es lo que podría llamarse la otra ala de la valentía. En igual manera, la majestuosidad sola no hace un carácter, pues la majestuosidad sin delicadeza podría muy pronto degenerar en orgullo. El amor a la paz sólo no hace un carácter, pues sin la virtud opuesta, el valor, la pasividad podría muy fácilmente deslizarse a la cobardía servil. La sabiduría sin

la sencillez hace un hombre vanidoso; la sencillez sin la sabiduría hace al hombre simplón. Un verdadero carácter, por lo tanto, no posee una virtud en un punto dado de la circunferencia sin poseer al mismo tiempo la virtud complementaria que le es diametralmente opuesta; pues, ¿qué es el carácter sino la tensión entre los opuestos, el equilibrio entre los extremos? Así San Pablo exhibe en su vida el bello equilibrio entre la ardentía y la suavidad; San Juan el equilibrio entre el amor desbordante y la devoción sin compromiso por la verdad; y Moisés, el equilibrio entre la firmeza y la docilidad.

Así como toda máquina debe tener su volante, cada primavera su cosecha, cada océano su reflujo y su marea así cada uno de los caracteres realmente grandes debe tener su péndulo tan delicadamente ajustado que pueda oscilar entre los extremos de lo magnánimo y lo humilde, lo encumbrado y lo plano, sin que alguna vez vaya a desprenderse. El carácter, entonces, es el equilibrio balanceado entre las virtudes opuestas.

Es en este sentido donde el carácter de Nuestro Bendito Señor se levanta por encima de todos los hombres y le hace a El el Ejemplar Perfecto de la bondad y el parangón de las virtudes. Uno podría mostrar cómo El combinó la Majestad con la dulzura, la Pasividad y la Fuerza, la Magnanimidad y la Humildad, pero por bien de la brevedad nos limitamos sólo a las dos virtudes extremas que El recomendó a Sus Apóstoles al principio de Su vida pública: la Sabiduría y la Sencillez: "Habréis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas".

Nuestro Bendito Señor nos hizo esta recomendación sin poseerlas El mismo en un grado eminente. El fue sabio con la Sabiduría de Dios; pero El fue sencillo con la sencillez de un niño. Por eso es por lo que El vino a nosotros como el Niño-Dios del mundo. Pero lo que es más digno de observar aún, El nunca usó Su sabiduría delante de los sencillos, sino solamente delante de aquellos que se creían a sí mismos sabios. El fue sabiduría delante de los así llamados sabios, pero fue sencillez delante de los sencillos. El exce-

dio al sabio del mundo con Su sabiduría y al sencillo con su sencillez.

Primero que todo, El sobrepujó al sabio del mundo con Su sabiduría. Tomad, por ejemplo, la escena en el Templo al comienzo de Su ministerio público. La Pascua se acercaba y empezaban a congregarse en Jerusalén peregrinos de Galilea. Nuestro Señor vino con la multitud y entró a través de la Puerta de Oro al templo. Cuando pasaba debajo del arco y entraba al atrio de los Gentiles, el espacio abierto delante de las escalas que conducía al Lugar Santo, se presentó ante Sí una escena tumultuosa. Era más que el apretujarse de las multitudes pagando su tributo anual de medio siclo al Tesoro del Templo. Más bien aquí había una babel de confusión. En el calor de ese día de abril había cientos de comerciantes y de tenderos mezclando los gritos de sus mercancías con el balar de ovejas y el mugir de los bueyes. Había hombrecitos con cestas llenas de palomos, y bajo las mismas sombras de las arcadas se sentaban cambistas de dinero disputando en los más deshonestos negocios, sus ojos avorazados con las llamas del lucro. Por doquiera había ventas al por menor, querellas, regateos, y el retintín de las monedas que podía oírse por encima de los cantos de los Levitas y las oraciones de los Sacerdotes. Y todo esto a la entrada del Templo del Más Alto.

Cuando entró Nuestro Señor, una justa indignación se apoderó de El, por aquello de que el carácter es apenas una hermosa tensión entre la fuerza y la docilidad. Una cólera divorciada de la docilidad es apenas una pasión no santa, y la docilidad que no puede encenderse en indignación está muy cerca de ser un colapso moral. Y en esa ocasión, el rápido cambio hasta la indignación que se operó en Nuestro Señor, fue apenas parte de Su Santidad Perfecta, igual que Su silencio dócil en la hora de la Pasión. El no podía, si era la Justicia Misma, guardar silencio ante una ofensa contra Dios. Sus ojos llamearon con una cólera controlada. Su faz serena se contrajo demostrando desprecio. Sus manos alcanzaron algunos ramales de cuerda de atar que estaban por el suelo a su lado. Rápida, pero cal-

madamente, con sus dedos trenzó un nudo para hacer un látigo. Los traficantes se quedaron perplejos; los mercaderes le miraron con ojos de creciente temor; luego se apartaron de El como de Alguien a quien tenían razón de temer.

Después, serena pero firmemente empezó a agitar Su pequeño látigo. La asustada muchedumbre no opuso resistencia, y ovejas y ganado rodaron y se dispersaron. Con su pie volcó las mesas de los cambistas de dinero, mientras éstos se lanzaban al suelo para recoger monedas de discordia provenientes de la podredumbre y corrupción. Ante aquellos que ofrecían palomas, El se detuvo, porque la paloma era la dádiva de los pobres, y había menos profanación en sus amorosos emblemas de inocencia y pureza. Para con estos fue más dulce, El no los esparció; El no rompió los cestos ni soltó las palomas; a sus poseedores habló tiernamente: "Quitad eso de aquí y no queráis hacer de la casa de mi padre una casa de tráfico".

Y Sus discípulos, viendo este transporte de inspiración y cólera gloriosa, recordaron lo que David había escrito de El en su profecía: *El celo de tu casa me tiene consumido.*

Y si preguntamos por qué los voraces traficantes no hicieron resistencia mientras sus bueyes eran ahuyentados hacia la calle y su moneda rodaba por el suelo, la respuesta es que el pecado es debilidad; porque no hay nada tan extremadamente abyecto y desamparado como una conciencia culpable; porque nada hay tan invencible como la marca arrasadora de la indignación Divina contra todo lo que es bajo e injusto; porque el vicio no puede resistir por un solo momento ante la mano levantada de la Virtud. Viles y bajos como eran, cada uno tenía sin embargo un residuo de su alma que no había sido corroído por la infidelidad y la avaricia, y por esto conocieron que el Hijo del Hombre tenía razón.

En todo ese tiempo, en las gradas de mármol que conducen al Santo de los Santos estaba un grupo de Levitas, Escribas y Fariseos, que sabían cuan inmensa pérdida causarían este pánico repentino a los mercaderes y a ellos mismos. Indagaron su causa y vieron que Quien provocaba

todo esto era un carpintero de la baja Nazaret, con ninguna distinción de oficio que le acompañara, ningún pergamino, ninguna insignia de dignidad, sino sólo una mano levantada. Se indignaron. ¿Cómo osaba este oscuro trabajador con unos pocos pescadores mal olientes por compañía, arrogarse autoridad El mismo dentro del recinto del Templo, en el cual solamente ellos eran amos? Se dirigieron hacia El bajando las escalas donde El permanecía de pie, solo, con el látigo en su mano, y le preguntaron: "¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas?"

El pudo haber señalado con Su dedo la multitud poseída de pánico como un signo de que todos los hombres temen la justicia de Dios. Pero estos eran hombres ilustrados, instruidos en las Escrituras, y sabios en su propio concepto. Y ante esos que se pensaban sabios a sí mismos, Nuestro Bendito Señor fue más sabio. El les iba a mostrar una sabiduría tan profunda, tan honda, tan reveladora de la verdad de sus Escrituras, que ni siquiera ellos, hombres sabios de Israel, podrían entender. En efecto, lo que El dijo fue tan profundo, que les tomó casi tres años para que lo entendieran. Firme y solemnemente, con un gesto concentrado en El mismo, El les dijo algo más allá de lo comprensivo, algo que en su aparente significado les llenó de estupor y colérico deslumbramiento porque no entendieron su profundidad. Las palabras giraban sobre sus cabezas y al mismo tiempo se introdujeron en sus corazones: "Destruid este Templo, y yo en tres días le reedificaré".

¡Destruid este Templo! ¡Este Templo, pensaron ellos, en el cual Salomón había prodigado su riqueza! ¡Este Templo en el cual se comprometieron diez mil trabajadores que trajeron Cedros del Líbano para sus muros! ¡Este Templo con sus maderas fragantes, sus velos bordados, piedras preciosas, y telas resplandecientes! ¡Este Templo que ocupó cuarenta y seis años en su construcción y aún estaba muy lejos de verse terminado! ¡Y este oscuro Galileo les pedía que lo destruyeran, y El lo reconstruiría en tres días! Tal fue la mala interpretación que dieron a Sus palabras,

porque no eran lo suficientemente sabios para entender la Sabiduría de Dios.

Nuestro Bendito Señor no se quiso referir a ese Templo terrenal delante de El, sino del Templo de su Cuerpo. ¿Pero por qué llamar a su cuerpo un Templo? Porque un Templo es el lugar donde Dios mora. Por lo tanto El estaba diciendo en otras palabras: El verdadero Templo en el cual mora Dios no es el lugar de piedra, sino este tabernáculo de carne viva que yo he tomado de mi madre, pues yo soy el Santo de los Santos: Yo soy el Hijo del Dios Vivo. ¡Yo soy el verdadero Templo de Dios!

Tal sabiduría era demasiado profunda aun para los sabios de esta tierra. Sólo casi a los tres días siguientes empezó a hacerse claro entre ellos, cuando el Templo que ellos destruyeron en el viernes Santo fue reconstruido por el poder de Dios el Domingo de Resurrección; y, sin embargo, todavía la Verdad es tan profunda que algunos de nuestros Magos de hoy no empiezan ni siquiera a entenderla, aun después de mil novecientos años.

Nuestro Bendito Señor dijo a sus Apóstoles que fueran no sólo tan sabios como serpientes, sino también tan sencillos como palomas. Y lo que El les dijo, El lo vivió. No sólo fue sabio con la Sabiduría de Dios, sino sencillo con la sencillez de un niño. Esto puede demostrarse por Su amor a los niños a quienes Sus discípulos un día prohibieron que se acercaran a El. Y Jesús les reprendió así: "Dejad venir a mí los niños, y no se lo vedéis. Porque de tales como éstos es el reino de Dios". Y cuando los retuvo entre Sus brazos, y puso Su mano sobre sus cabezas bendiciéndolos, agregó una vez más la advertencia de que debemos tener una fe sencilla como pequeñitos, y que la ignorancia de éstos es más iluminada que la doctrina de los sabios, porque sólo un espejo claro y sin mancha puede reflejar la imagen de Su Revelación.

Pero Su sencillez está mejor indicada en Su actitud hacia los mayorcitos a quienes El dijo: "Yo te alabo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas grandes a los sabios... y descubiértolas

a los humildes y pequeñuelos". Un caso más patente de la sencillez de Nuestro Señor es la actitud hacia la mujer Sirio-fenicia. En mitad de Su vida pública, Nuestro Bendito Señor, apartándose de Galilea, y de Judea, se internó como un errabundo en la costa de Siria donde quedan las ciudades de Tiro y Sídón, que pronto estuvieron en ruinas. No bien había acabado de llegar a esas ciudades, cuando una mujer pobre y achacosa se le aproximó. Era una Gentil y por consiguiente, ¿qué judío orgulloso de su noble ancestro podía mirar una despreciable Canaanita, qué romano, a quienes ella les estaba sujeta, podía mirar a una Sirio-fenicia o a un griego más o menos degenerado? Ella tenía una hija en crecimiento, y que ahora sufría de mal de espíritu y estaba completamente loca. Esta vergüenza la obligaba a vivir más bien apartada de sus vecinos.

Pero cuando oyó que el gran Hacedor de Prodigios había llegado a la ciudad, pensó que debía ir a verle, aun cuando El fuera un Judío y ella una Gentil. Corrió hasta El, y a la distancia notó que era bondadoso, delicado, y sobre todo, sencillo. Oyó que sus amigos judíos lo llamaban Señor, y otros, "Hijo de David". Ella lo llamaría de ambas maneras, y lanzándose a Sus pies con su dolorosa petición, exclamaba: *Oh, Señor, hijo de David: mi hija está gravemente perturbada por un demonio.*

Nuestro Señor no miró disgustado, pero tampoco le contestó una sola palabra; continuó andando, para probar su fe y perseverancia. Pero ella también marchó tras él, rogando, suplicando y orando. Los discípulos le pidieron que se retirara, pero se negó. Ya indignados con su súplica molesta, rogaron a Nuestro Señor, diciendo: "Ordénale que se retire y deje de gritar detrás de nosotros". Nuestro Señor miró hacia abajo para contemplarla dulcemente, pero lo que El dijo parecía confirmar a sus discípulos: *Yo fui enviado, dijo a la mujer, sólo para la oveja que se ha perdido de la casa de Israel.* Mas ella que no creyó que esto fuera un rechazo, porque de otra manera le hubiera ordenado que se retirara como pedían Sus discípulos. El no había dicho que no iría a curar a su hija. Sólo había dicho que

su misión primero era para Su propio pueblo. Por tanto probaría de nuevo, y así fue como se arrojó a Sus pies sagrados en adoración y con mayor súplica que antes, miraba a Sus ojos, diciendo: "Señor, ayúdame".

¿Podía El permanecer insensible a este dolor? ¿La dejaría El abandonada a esa agonía de por vida mirando el paroxismo de su hija demoníaca? Calmadamente brotaron de esos labios, que nunca sin embargo dejan sin contestación una oración suplicante, palabras que recordaron a ella que no era de la casa de Israel: "No parece bien hecho el tomar el pan de los hijos, para echarle a los perros".

Pero ni todas las nieves del Líbano podían enfriar los fuegos de amor y esperanza que ardían en el gran altar de su corazón, y rápida como un eco, salió de ella no una respuesta, sino más bien una gloriosa réplica: "Es verdad, Señor, pero a lo menos los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos". Si un engreído Fariseo hubiera tenido una réplica de esta clase: Nuestro Señor lo habría hecho sonrojar con Su Sabiduría, pero cuando una persona sencilla hace una réplica contra la Divinidad y dice que ella es sólo un perrillo suplicando una migaja, entonces El se vuelve tan sencillo que pueda ser conquistado aparentemente por la sencillez de ella. Aquel que se exalta a Sí mismo entre los orgullosos, se humilla a Sí mismo delante de los humildes; Aquel que fue sabio con Su profundo significado de la palabra "Templo", delante de los que se pensaban sabios a sí mismos, es ahora sencillo delante de una Sirio-fenicia con la sencilla analogía de la palabra "perro". Su corazón se expande, y Sus labios se mueven: "Por eso que has dicho vete, que ya el demonio salió de tu hija".

¡Sabiduría maravillosa! ¡Sencillez maravillosa! Tal es el carácter de Cristo. Un Dios y un Niño. ¡Oh!, ¿aprenderá algún día nuestro mundo a imitar ese maravilloso equilibrio entre los opuestos? ¿Continuará éste dividiéndose en las dos clases de ilustrados y los cultos, los letrados y los iletrados, amontonando alabanza sobre los así llamados sabios que rechazan la Sabiduría de Dios, y arrojando des-

precio sobre los sencillos que la aceptan? ¿O, algún día, ante el tocamiento mágico de Cristo, descubrirá que la más verdadera sabiduría es ser sencillo, y la más verdadera sencillez es ser sabio con la Sabiduría de Dios? Es fácil ser una cosa u otra, pero es difícil ser las dos a la vez; así como es fácil no tener nada, y fácil poseerlo todo, pero es difícil vivir no teniendo nada y sin embargo poseerlo todo. Por esto es por lo que es fácil ser todo menos un Cristiano. Es difícil crecer en sabiduría y sin embargo ser lo suficientemente sencillo para desear ser enseñado, y no obstante, esta es la condición para entrar al cielo. Los viejos no entran a él: usando la palabra viejo en el sentido de las personas sobrecargadas de las ínfulas de los años. Ni tampoco los de las clases cultas, ni los sofisticados: "Quien no recibiere el reino de Dios como un niño, con la sencillez suya, no entrará en él". ¡Allí sólo hay salas cunas!

Tahúres en el Calvario

11

Las palabras más trágicas que jamás se hayan escrito de Nuestro Señor son las que asentó Juan en el principio de su Evangelio: "Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron". Bethlehem no tenía espacio para El cuando nació; Nazaret no tenía espacio para El mientras vivió; Jerusalén no tenía espacio para El cuando murió.

Lo que sucedió entonces, está sucediendo hoy. El telón nunca cae en el gran drama perdurable del Calvario. En cada siglo el mismo papel señero es representado por el Eterno Galileo, pero nuevos personajes representan los otros papeles. La historia es siempre la misma: la vieja historia de indiferencia forjada en nuevo estilo, nuevos corazones y nuevos tiempos. El todavía trae la salvación, pero los hombres son indiferentes a ser salvados. El todavía trae la gracia sanadora, pero los hombres son indiferentes a sus enfermedades. El todavía viene a estar entre los Suyos, pero los Suyos no lo reciben.

Notad el paralelo entre la indiferencia de algunos hombres en el Calvario y la indiferencia de algunos hombres de nuestros días. Recordar el día cuando se apagaron los Hosana, cuando las palmas se marchitaron convirtiéndose en lanzas, y cuando los amigos del verano de la victoria huyeron con el invierno de una aparente derrota. Cuatro jueces, escuadrones de soldados y la canalla veleidosa arrojaron oprobios sobre El, y sin embargo, por el más extraño de todos los más extraños milagros, El creció en Majestad con cada insulto nuevo. Cuando más lo amenazaban vilipendiándole, más hermoso se hacía; cuando más abusaban de

£1 como un esclavo, mejor aparecía como un Rey. ¡Su mismo silencio ante Caifas y Herodes fue el silencio de la Majestad! ¡Qué derecho podían tener ellos a juzgar a Quien era juez de vivos y muertos! Sólo cuando uno de ellos apeló al Dios vivo al aparecer El, fue cuando hizo la asombrosa declaración de que El era Divino. Aun Pilato, vestido con todos los trajes áureos del imperio del César, se sintió desnudo cuando miró el porte real de Aquel que estaba vestido con la luz brillante de la Divinidad. Ningún milagro moral en toda la vida de Cristo sobrepasa en poder al hecho de que en la hora de Su humillación El pudiera influir sobre un hombre tan sórdido como Pilato. En la vida de ningún otro hombre nunca la Belleza y la Majestad refulgieron en la hora de más grande ignominia y desprecio. Sólo se encuentra un vago paralelo a esto en el pueblo judío de antaño, cuyas más sonoras proclamas de su primacía espiritual fueron gritadas en medio del resonar de sus cadenas, y cuya superioridad sobre todos los pueblos se manifestó cuando ellos estaban sentados y esclavizados en medio de los falsos dioses de Egipto.

Al fin ha llegado el momento en que el Rey tomó posesión del único Reino que El podía tener sobre esta tierra: el Reino de la Cruz. Coronado no con el oro de los Magos, sino con espinas de una naturaleza más bien impenitente, El empezó la procesión real hacia un imperio que no tenía más extensión que un trozo de madera, pero desde el cual El pudo prometer a un ladrón agonizante un Reino que era Suyo aun desde antes que los fundamentos de la tierra fueran puestos.

Para los verdugos romanos, este era apenas otro día festivo romano. Bajo un hermoso cielo condujeron su procesión hasta la colina de la Calavera donde la tradición decía que se hallaba la tumba de Adán, y donde el Nuevo Adán daría ahora Su Vida para recuperarla de nuevo. Cuando ellos hubieron terminado su trabajo, y cuando el último clavo había sido asegurado en Su Trono mientras caía sobre sus hombros una palabra de perdón, se sentaron a descansar y dividieron sus vestiduras: porque el Hombre sobre la cruz

no tenía ya importancia para ellos. Esta era la propina que les pertenecía, y que les había venido por la ley. Cuatro soldados dividieron los despojos, dejando sólo la túnica de tela inconsútil. Sería un pecado cortarla, pues si no era entera no tenía ningún valor para ninguno; pero uno de ellos, sin duda un empedernido tahúr, sacó sus dados y los arrojó, con lo cual la túnica tejida por Su madre inmaculada fue adjudicada por la suerte a un hombre pecador. Luego, en aquellas palabras sencillas y terribles del Evangelio: "Y sentándose junto a él le guardaban".

¿Y qué pensaron del Hombre a quien observaban? Cuando la sombra de la cruz se acercaba a sus dados, chanceaban, murmuraban y jugaban para pasar las horas; se embargaban en sus tópicos de conversación favoritos, tomándose el pelo mutuamente, y malgastando el tiempo en juegos sin importancia. De cuando en cuando miraban hacia arriba con curiosidad. Una vez lo miraron a El cuando prometió perdón al ladrón: pero fue una mirada distraída. Otras miraban a María y se maravillaban que alguien pudiera tener una Madre tan bella, y también de cómo el Crucificado pudiera ser más bello aun que Su Madre: pero era sólo una mirada distraída. Ellos observaban, pero sus mentes estaban fijadas en otras cosas, en placeres mundanos, en premios, en monedas, en vino, en viajes, en todo menos en el Misterio de la Cruz.

Pero vueltos de nuevo a sus juegos "le guardaban". Hablaron acerca de la última riña de gallos en Jerusalén, sobre la última lucha de gladiadores que uno de ellos había visto en Antioquía; acerca de la gran carrera de carrozas que iba a correrse en Roma los próximos Idos de Mayo; sobre las ganancias de juego que obtuvo un soldado en su guarnición; acerca de la posibilidad de que Roma algún día aplastara a Jerusalén bajo sus talones; sobre la nueva bailarina en la corte de Herodes; acerca de las mil y una cosas diferentes de que podrían hablar tales individuos: de todo, en una palabra, menos de la única cosa que en realidad importaba. Y no obstante, a sólo un tiro de piedra de ellos —; ya había arrojado sus dados a El!— estaba desarrollándose el drama tremendo de la Redención de la Humanidad; y ellos sólo sen-

tándose junto a él le guardaban. Aquí ellos estaban en presencia del más estupendo acto en la historia del mundo, eran actores en el suceso supremo por el cual toda la creación gemía, y no vieron nada.

Y transcurrieron las Tres Horas, porque las oportunidades pronto pasan. El Cuerpo joven y Divino, que mucho sufrió porque tenía un Alma muy grande, se convertía ahora en pira funeraria de sufrimientos donde todos los sufrimientos del mundo se queman juntos. Mientras sus verdugos vigilaban pasivamente, El encomendó Su Alma a Su Padre Celestial, Su amigo de la derecha, al Paraíso, Su Madre a Juan; y ellos sólo "sentándose junto a él, le guardaban".

Las escenas cambian, pero la lección sigue siendo la misma. La Divinidad está aún en el mundo, y el mundo no la recibe. En todas sus clases sociales, el mundo continúa jugando las perlas de las eternidad por las lentejuelas del tiempo, sin dignarse dar siquiera una mirada a la Divinidad que Cristo ha dejado en Su Iglesia. Si quieres saber dónde está la Divinidad, mira a la Iglesia que es ignorada de los hombres como Cristo fue ignorado en el Calvario. Si quieres encontrar la Divinidad en el siglo veinte, busca la Iglesia que ellos rechazan con la misma indiferencia crucificante con que rechazaron en el siglo primero al Señor de los cielos y la tierra. Observad la indiferencia en los campos de educación, política internacional, y religión.

Entrad en el mundo de la educación, entrad en las aulas de la universidad y por doquier oiréis ideas como estas: El universo es debido al cambio; el hombre es un accidente en la evolución del cosmos; el alma es una supervivencia: creencia de la Edad Media; el nuevo espíritu científico ha dejado anticuada la vieja moral; el Cristianismo es un *popurrí* de religiones paganas; la verdad es apenas algo alterable: la vamos haciendo a medida que avanzamos; el Cristianismo está fundado sobre bases falsas, y por consiguiente un hombre puede tener tantas esposas como guste; la religión es un residuo de los tabús primitivos; el infierno es una herencia de una edad de temor y superstición, y Dios

es una ilusión mental que cualquier psicólogo puede desterrar al explicarla.

Esta es la clase de conversación que es tan falta de sentido como lo fue la conversación de los tahúres del Calvario: ni una sola idea que haga sobrevivir a los profesores que la enseñan. Y mientras éstos así llamados eruditos desperdician los momentos preciosos que les son dados para cubrir la Verdad que es Dios, en tanto bviscan las leyes del universo sin haber buscado una sola vez al Legislador, allí está dirigida en medio de ellos —a quien han arrojado sus libros, como los soldados arrojaron sus dados— una institución que ha estado educando durante dos mil años y preservando para nosotros la mejor cultura, el mejor arte y filosofía del pasado, conduciendo hacia un conocimiento definitivo del fin y propósito del hombre; y en tanto *ellos se sientan y vigilan*. La sugerencia de que la Verdad puede estar en la Iglesia es para ellos tan absurda como la sugerencia de que la Verdad hubiera sido subida a la picota de la Cruz; y ellos sólo se sientan y vigilan.

Entrad ahora al campo de la política internacional. Año tras año, en Washington, Londres, Genova y Lausanna, los representantes de las grandes naciones se congregan en un deseo verdaderamente sincero por unir a todos los pueblos en un lazo de unidad y paz. Pero año tras año sus tratados fracasan: ¿Y por qué? Porque no hay nada fuera de las naciones para unir las. Un hombre no puede envolver un paquete si él es parte de ese paquete; un hombre no puede hacer su valija si él es uno de los artículos que va entre esa valija. De igual manera, las naciones no pueden ligarse unas a otras en una liga si ellas son parte de esa liga. Y si son parte de esa liga sus tratados meramente significan obediencia o algún otro político más; y si nosotros difícilmente obedecemos a nuestros propios políticos, sólo el cielo sabrá si obedecemos a un político más. Sólo hay una cosa en el mundo que puede unir a todas las naciones en el lazo de paz, y tiene que ser algo fuera de las naciones mismas. Pero hay una sola cosa en el mundo que no solamente es internacional sino también supra-nacional y es

la Iglesia cuyo Vicario es el padre espiritual de toda la Cristiandad, y cuya única fuerza es la fuerza moral de la Justicia y la Bondad de Cristo. Como ha dicho James Brown Scott, secretario de la Dotación Carnegie para la paz:

"Una disputa que se pusiera ante el Estado del Vaticano para que éste decidiera, estaría libre de la sugerencia de fuerza material que obligase su aceptación; estaría desconectada de cualquier idea de expansión territorial; tendría una presunción de Justicia en su favor, porque el Estado mismo es el reconocimiento de la justicia; y la decisión, cualquiera que pudiera ser, forzosamente tendría que estar en conformidad con el código moral de los siglos, y estar dominada por una concepción espiritual de las cosas, sin la cual los jueces temporales a veces juzgan".

¿Y sin embargo, cuál es la actitud de las naciones en frente a esta fuerza moral, que está por encima de las naciones porque tiene que ver directamente con la salvación de las almas? Año tras año las naciones se encuentran en el Calvario de los campos de batalla del mundo, arrojan los dados de la política internacional, discuten sobre patrones de oro, armas de largo alcance y balanza comercial, y en todo este tiempo está allí en medio de ellos alguien que vino a traer la paz al mundo y que podría ser el arbitro de las naciones porque es la fuerza espiritual que está fuera de las naciones: y ellos solamente se sientan y vigilan.

Sugerir a nuestros políticos internacionales que el Estado Vaticano es la única Corte Internacional de Justicia moral, sería tan absurdo como haber sugerido a los tahúres del Calvario que el Hombre en la Cruz es la Fuerza Moral del mundo; pero la verdad aún sigue en pie: la Salvación para las naciones está en lo que los hombres tanto ignoran, y en cuya presencia juegan sus trucos de intriga cuando se limitan a sentarse y vigilar.

Finalmente, entrad en el campo de la religión moderna, y testimoniad la misma indiferencia hacia la verdad suprema de la religión, a saber, que el hombre es una criatura caída que necesita de la gracia salvadora de la Redención

Divina. Hoy no se habla de la salvación del alma, ni de la necesidad de la contrición, ni del Reino de Dios, ni del Pan de la Vida; pero se hace énfasis en forma desmedida sobre la necesidad de tener una mente liberal; se repiten *slogans* de que la vida es más libre que lógica, acerca de que no hay diferencia entre una religión y otra, acerca de que no importa en lo que un hombre crea, siempre que no engañe ni robe, acerca de que la benevolencia es la más grande de las virtudes y el exceso de fervor el más grande de los vicios. ¿Por qué muchos líderes religiosos modernos os mirarían como a unos bribones si les dijerais que no son caballeros, mientras sólo se limitarían a sonreír benignamente si les decís que no son Cristianos.

Y todo el tiempo en que la religión moderna está alimentando las almas con bagazos, permanece allí en medio de las religiones del mundo una Iglesia que satisfaría los deseos de perdón del hombre por medio de la absolución, los anhelos de unión del hombre con la comunión de Dios, y las luchas del hombre en busca de la verdad, con la infalibilidad; y sin embargo ellos sólo se sientan y vigilan. Si se les dijera que la Verdad es una y que una opinión no es tan buena como la otra, considerarían esto tan absurdo como los jugadores del Calvario hubieran considerado la sugerencia de que la Verdad Suprema estaba colgando solamente en una de las cruces. Y cuando la Iglesia proclama para el mundo que Dios es la Verdad y que la Verdad es Una, ellos replican: ¿No puede usted ver que hay tres Cruces en el Calvario? ¿Cómo se atreve a decir que sólo hay una Verdad? Y así hasta el final de los tiempos, la Iglesia, como Cristo, debe continuar siendo rechazada, mientras los modernos jugadores del Calvario sin hacer distinción entre la Verdad y los ladrones, entre la Vida Eterna y la perecedera, sólo se sientan y vigilan.

Y así, a medida que el Calvario es prolongado a través del tiempo y el espacio, nosotros encontramos que esos hombres son tan indiferentes a la Divinidad ahora, como lo fueron el día en que ésta nació en una choza y sufrió en una Cruz. ¿Todo por el amor de la Verdad que los co-

razones de los hombres quisieran quemar! ¡Todo por la erradicación de esa servil indiferencia que hace que los hombres jueguen los juegos de la tierra en las escalas del altar de la Redención! Demasiado tiempo nos hemos sentado y vigilado con los jugadores y haraganes del Calvario. Es tiempo ahora de detenernos y adorar y revivir el espíritu de los días en que los hombres creían en la Verdad. Yo sé que los tiempos pretéritos tuvieron sus defectos; yo sé que tuvieron su espíritu de persecución, su estrechez, pero esos eran sólo los excesos de virtudes verdaderas: tales como el amor de la Verdad. En lugar de purificarlos, nosotros los hemos arrojado arrancándolos de raíz con ramas y todo, y ahora somos indiferentes a lo bueno y a lo malo, a lo justo y a lo injusto. Cualquier cosa es mejor comparada con este letargo de un pueblo materializado, para quien Dios y la eternidad son como si nunca existieran. Cualquier cosa es mejor que el temor de las responsabilidades ante la Verdad, que trae inquietud, fastidio, y crece dentro del alma hasta convertirse en tedio.

La Verdad es todo lo que importa. *El error es de consecuencias.* Entonces, antes que las tinieblas de nuestras vidas se pongan, veamos que, siempre que Cristo no bajará, nosotros tendremos que levantarnos, no sea que mientras jugamos y arrojamos nuestros dados, vayamos a perder la verdadera lección de la gran Dama de la Verdad. Hay un sólo juego que es verdadero y es el juego de Cristo que tomó Su Vida en la palma de Su mano, la hizo rodar en las gotas de roja sangre de la Redención, y antes que el sol se hubiera puesto, El sabía que había ganado. Nosotros podemos ser jugadores como El, pues podemos tomar los dados de este mundo, con su oropel, sus tesoros que se llenan de orín, sus gozos pasajeros, y arrojarlos por la corona de gloria perdurable con Cristo el Rey; y en esa Hora de nuestra Crucifixión, cuando hayamos arrojado fuera todo lo más bajo en nosotros, y creamos que hemos perdido todo, resultará que ésta es —como la del Salvador— la hora de nuestra Mayor Victoria.

Las Cruces del Amor y del Odio

2

Mi gran fortuna consiste en pertenecer a una Iglesia que es odiada. Ciertamente que es amada por quienes conocen su carácter Divino; pero también es odiada por miles que la miran como anticuada, como inadaptada al tiempo, como supersticiosa, y aun como diabólica. Aquellos que reciben sus beneficios espirituales, hablan de ella como una Madre, pero igualmente es tan despreciada por otros, que ha sido desterrada de algunos países, es tolerada en otros, y a pesar de las muchas diferencias que hay entre otras sectas, éstas la consideran su único enemigo común.

Un paralelo de la actitud del mundo hacia la Iglesia Católica, puede encontrarse en la actitud del mundo hacia Cristo. El también fue amado; pero también fue odiado. No encontramos un amor en tal forma hacia cualquier otra persona como lo encontramos dirigido a El; pero tampoco encontramos un odio tan pertinaz. Existe por lo tanto un paralelo entre las dos preguntas: ¿Por qué el Budismo no es odiado, y por que el Catolicismo es odiado? Y las otras dos preguntas: ¿Por qué Buda no es odiado, y por qué Cristo es odiado?

Primero que todo, una palabra acerca del amor y el odio hacia la persona de Cristo, y luego acerca de Su Iglesia. Hay dos grandes pasiones que se entretajan mutuamente alrededor de la vida de Nuestro Señor, como no lo hacen en torno a ninguna otra persona que alguna vez haya vivido: la pasión del amor y la pasión del odio. El dijo que El sería amado; El dijo que El sería odiado. El dijo que El sería adorado; El dijo que El sería escarnecido; El dijo que

sería amado hasta la locura; El dijo que El sería odiado hasta la cólera y que el duelo continuaría hasta el fin de los tiempos. El odio lo izaría a El en una cruz, pero una vez en ella, El elevaría a todos los amantes hasta su Corazón que es amor. "Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí".

El dijo que sería amado más que los padres y las madres aman a sus hijos y más que los hijos aman a los padres y las madres. Esto no quiere decir que no se ame a los padres o que no se ame a los hijos. Esto significa solamente que se amen *en EL* El no dijo que nosotros nos amemos unos a los otros menos, sino que debemos amarlo a El más. ¿Y no es esto razonable? ¿No debe el todo ser más amado que la parte? ¿No debe ser preferido el fuego a la chispa? ¿No debe la circunferencia ser más estimada que el arco? ¿El Templo más que el pilar? ¿No debe el Creador ser amado más que Sus criaturas? ¿Dios ser más amado que los hombres, y el Amor más amado que lo amable?

Abrid las páginas de la historia y nombrad un solo hombre que haya sido amado después de su muerte hasta el punto del sacrificio y la oración. Su cruz ha sido inundada con lágrimas de amor en cada época y en cada siglo. A ella todas las generaciones, en arranques de amor, han llegado gritando en el lenguaje de San Pablo: "¿Quién pues podrá separarme del amor de Cristo?"... estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni virtudes, ni lo presente ni lo venidero, ni la fuerza o violencia, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor".

Napoleón vio esto y lo vieron todos los grandes hombres antes que él. En su soledad en la isla de Sta. Helena reflexionó sobre la vanidad de su propia vida y de la vida de Luis XIV, de quien dijo: "Este gran rey ha tiempo que está muerto, y ahora mismo se halla solo en su cuarto de Versalies, abandonado por sus cortesanos y tal vez siendo

objeto de su desprecio. Ahora ya no es el amo de ellos, es un cadáver, un sepulcro, y un horror. No pasará mucho tiempo y esta misma suerte me tocará a mí. Esto es lo que me sucederá a mí. ¡Qué abismo entre mi profunda miseria y el reino de Jesucristo, alabado, amado, adorado, y viviendo en todo el universo!"

Si continuáis más adelante, id y poned vuestra mano sobre ciertos corazones que le reciben a El diariamente en la comunión, y sentiréis la llama que su amor ha encendido. Id y tocad en el portón de los carmelitas, los pobres clarretianos, y los cientos de otros retiros de santidad, y haced la pregunta que tontamente siempre hace el mundo a tales santos: "¿Entrasteis a este lugar de oración porque teníais un desengaño de amor?" Y la respuesta que os devolverán rápidamente será: "No, yo no estoy aquí por desilusión de amor. Yo nunca he estado desilusionado del amor. Mi primer amor es mi único amor: el amor eterno de mi Señor y mi Dios".

No hay necesidad de multiplicar testimonios. Aún vuestra sed de un amor perfecto, es sed de El por quien fuisteis hechos, y sin el cual no podéis ser felices. El buscó el amor en los corazones pobres, débiles, frágiles como el nuestro, y a diferencia de cualquier otro corazón que haya latido, su Sagrado Corazón ha sido amado por encima de todas las cosas, aun la vida. Hay sólo una conclusión que nosotros podemos sacar, en la lengua de Pascal: "Jesucristo deseaba ser amado. El es amado, por consiguiente El es Dios".

Ahora, volvamos a otro hecho acerca de la vida de Nuestro Señor, que prueba que El es divino; y éste es el odio. El dijo que sería odiado —por el mundo hasta el fin de los tiempos— pero no por el universo material, no por el pueblo del mundo en general, sino odiado por lo que sus propios apóstoles habían llamado el espíritu del mundo.

Recordad algunos de los incidentes de su vida y veréis cómo el mundo lo odió a El desde el mismo comienzo. Cuando sólo tenía ocho días edad, el venerable Simeón dijo a su madre que El era un signo que iría a ser contradicho, lo que era exactamente una paráfrasis de la trágica

anotación de Juan, de que El vino al mundo y el mundo no lo recibió. Cuando sólo contaba dos años de edad, los soldados de Herodes desenvainaron sus espadas para asesinar a los inocentes en un vano intento de matar la Inocencia. Luego, más tarde, en la plenitud de su vida, se nos muestra este humilde artesano con sus Apóstoles en la misma noche anterior a su muerte, mirando hacia todos los corredores del tiempo y diciendo a todas las generaciones futuras que El sería odiado por el mundo. Ese odio sería tan personal, continuó diciendo, que cualquiera que le amara a El sería a su vez odiado por el mundo. "Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya: pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece". Acordaos de aquella sentencia mía, que ya os dije: no es el siervo mayor que su amo... Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa y odio de mi nombre: porque no conocen al que me ha enviado".

¡El será odiado! ¡Qué profecía tan extraña! ¿qué hizo El para ser odiado? Era humilde y dócil de corazón. Ofreció su vida por la redención de muchos. Su Evangelio fue el Evangelio de amor, aun para sus enemigos. Su último acto fue el perdón y olvido para aquéllos que lo llevaron a la muerte. Todo esto era un odio "sin causa" como El dijo. Había una terrible perversidad en torno a todo esto. El sanó sus heridas, y ellos lo hirieron a El. Trajo nuevamente sus muertos a la vida, y ellos arrebataron su vida. El llamó a los hombres del mal para que se hicieran buenos, y sin embargo los malos lo clavaron en una cruz. El trajo la vida divina para hacer amigos a todos los hombres, los enemigos le dieron muerte ignominiosa.

Tampoco hubo ninguna razón para odiar a los que le amaron. Estos iban a ser pobres como El fue pobre; luchaban por ser perfectos como su padre celestial era perfecto, y humildes como El, que lavó sus pies. Aún en el tiempo en que se vieron perseguidos, ellos se regocijaron; cuando maldecidos, bendijeron, como si los insultos de esos hombres

perversos fueran la consagración de su propia bondad, y el lodo arrojado a ellos por los impuros, la prenda de su propia pureza.

No hay nada para odiar en una vida así, ni en una doctrina como esa. Debemos mirar afuera de El y de su Evangelio si queremos encontrar alguna razón para la inmoralidad de ese odio. ¿Puede ser que El fuera un impostor como la Rusia comunista cree, y que su religión sea una impostura? Pero si El es un impostor como creen los soviets, entonces nuestro amor por El es falso, y el odio de ellos hacia El es verdadero. Pero si su odio es verdadero, entonces debería renovar su sociedad y transformar los corazones de los hombres. Si nuestro amor por El ha hecho tanto por rehacer al hombre, y nuestro amor es un sueño vano, entonces qué grandes cosas deberían hacer ellos para derribar este ídolo. Pero nombra una sola cosa que haya hecho su odio hacia Nuestro Señor. ¿Cuáles son las buenas obras de su odio? ¿Qué pueblos han apartado del vicio y la corrupción? ¿Qué almas han consolado? ¿Qué corazones han dulcificado? ¿Dónde están sus hermanas de la caridad? ¿Dónde están las hermanas de los pobres? ¿Dónde están sus mártires? ¿Sus vírgenes de blanco, sus matrimonios felices? Hay hombres muriendo de dolor; hay almas clamando por el pan de vida eterna, y hay corazones pecadores suplicando perdón. ¿Dónde —oh odio de Cristo— están vuestra consolación, vuestra misericordia y la paz vuestra para esas almas?

No, el odio por Cristo no ha de buscarse en el hecho de que El fuera un impostor, pues el odio es una negación, y la negación es una afirmación de su existencia. Hay muchas mentalidades en todos los tiempos que han estudiado y doblaron su rodilla, para admitir que El sea un impostor. ¿Dónde pues encontrar una razón para el odio?

Debe haber alguna razón peculiar para El y para El sólo, que explique esto. En ningún otro de toda la historia encontráis un odio pertinaz excepto contra Nuestro Señor. Ningún otro fundador de una religión dijo alguna vez que El sería odiado, y ningún otro fue odiado. Buda no es odiado, Mahoma no es odiado, Soroastro no es odiado. Algunos hom-

bres fueron odiados mientras vivieron. Nerón fue odiado mientras vivió, aún por sus propios conciudadanos. Gengis Khan fue odiado por una gran masa de la humanidad. Bismarck fue odiado por muchos de sus propios compatriotas. ¿Pero quién odia a alguno de éstos hoy? No hay puños levantados en execración contra Nerón. No hay blasfemias contra el Khan. No hay himnos de odio cantados sobre la tumba de Bismarck. El odio murió con ellos. Ni siquiera el Kaiser, que fue odiado por una parte del mundo y por algunos de su propio pueblo después de la Primera Guerra, es odiado hoy.

Ahora, ¿por qué ha muerto el odio contra todos los demás, y aún perdura contra Nuestro Bendito Señor? Aquí llegamos a la razón verdadera. ¿Qué es lo que causa el odio? El odio es causado por lo que obstruye o crea un obstáculo a algo que nosotros deseamos. ¿Por qué Nerón fue odiado cuando vivía? Porque sus vicios eran un obstáculo a la justicia social por la cual luchaba el pueblo romano. Pero ahora que los vicios de Nerón se han podrido con su carne, nadie lo odia. Nadie odia hoy a Tiberio, a Domiciano, Iván el Terrible o Nestorio. Aun la palabra desprecio es mucho para ellos. Ellos han dejado de ser objetos de odio, porque han dejado de ser obstáculos. Pero con Nuestro Señor es diferente. El odio contra Cristo nunca se ha debilitado aún después de veinte siglos, como lo testimonian Rusia y México y España; y la razón para que aún perdure es que Cristo todavía es un obstáculo: un obstáculo al pecado, al egoísmo, al paganismo, y al espíritu del mundo. El espíritu de Cristo vive todavía en aquéllos que aman. Aún es un estorbo para las naciones que quisieran olvidar a Dios; un tropiezo aún para los que cesan de orar; un reproche todavía para aquéllos que pecan y no hacen reparación; es aún una divinidad que se rehusa a bajar de la Cruz para ganar el aplauso de la hora; es aún una voz apartando a los corazones intranquilos del espíritu del mundo hacia la gloriosa libertad de los hijos de Dios. El odio aún perdura, porque El vive aún. Pero si El vive aún, entonces es Divino. Si El es divino, entonces hasta que muera el espíritu del mundo,

habrá dificultades para sus seguidores. Pero cuando esto muera, habrá la victoria. "En el mundo tendréis aflicción, pero sed confiados, Yo he venido al mundo".

He aquí la clave para el odio de la Iglesia: Nuestro Señor fue intensamente amado e intensamente odiado porque El era divino. Sólo la perversión del soberano amor a Dios podría explicar tal odio. Solamente lo que continúa esa vida divina podría ser objeto de tal odio.

Hay ahora en el mundo una forma de cristianismo (dice Newman) que es acusada de grosera superstición, de tomar prestados de los paganos los ritos y costumbres, y de adscribir a las formas y ceremonias una virtud oculta; una religión que es considerada como que agobia y esclaviza la mente con sus requisitos, que se dirige a los ignorantes y de mente débil, que está sostenida por la sofística y la impostura, y que contradice la razón y asalta la mera fe irracional; una religión que imprime sobre las mentalidades sinceras puntos de vista muy perturbadores sobre la culpa y las consecuencias del pecado, que grava sobre los actos mínimos de cada día, uno por uno, sus valores determinados de alabanza o reprobación, y así arroja una pesada sombra sobre el futuro; una religión que señala a la admiración la renuncia a la riqueza, y así inhabilita a personas sinceras para que disfruten de ésta si quisieran; una religión, cuyas doctrinas, sean buenas o malas, son desconocidas para la generalidad de los hombres; una religión que se considera que lleva en su misma superficie signos de locura y falsedad tan patentes que basta una mirada para juzgarlos, haciendo innecesario un examen cuidadoso; una religión tal que los hombres miran a quien se convierte a ella con curiosidad, recelo, temor, disgustos, y según el caso, como si algo extraño le hubiese acontecido, como si hubiera tenido iniciación en misterios, hubiera entrado en comunión con temibles influencias, y como si fuese ahora un miembro de una confederación que lo reclama a él, lo absorbiera, despojara de su personalidad, lo redujera a un mero órgano o instrumento de un todo; una religión que los hombres odian como proselitista, antisocial, revolucionaria, que divide las familias, se-

para a los mejores amigos, corrompe las máximas de gobierno mofándose de la ley, disolviendo los imperios, que es enemiga de la naturaleza humana y conspiradora contra sus derechos y privilegios; una religión que ellos consideran el campeón de instrumento de las tinieblas, y una infección que llama la cólera del cielo para que caiga sobre la tierra; una religión que ellos asocian con la intriga y la conspiración, de la cual hablan cuchicheando, que señalan por anticipado cuando algo va mal, y a la cual imputan donde quiera que hay responsabilidades; una religión cuyo solo nombre ellos arrojan fuera de sí como algo malo, y lo usan solamente como calificativo insultante, y la cual, por impulso de conservación, ellos quisieran perseguir si pudieran; si tal religión existe en el mundo no es nada distinta del Cristianismo tal como el mismo mundo la vio, cuando salió por primera vez de su divino autor.

Si quieres hallar hoy a Cristo en el mundo, entonces busca la Iglesia que no marcha con el mundo. Busca la Iglesia que es odiada del mundo, como Cristo fue odiado por el mundo. Busca la Iglesia que es acusada de marchar atrás de los tiempos, como Nuestro Señor fue acusado de ser ignorante y no haberse cultivado jamás. Busca la Iglesia que los hombres escarnecen como socialmente inferior, como ellos denigraron de Nuestro Señor porque El vino de Nazaret. Busca la Iglesia que es acusada de tener un demonio, como Nuestro Señor fue acusado de estar poseído de Belzebú, el Príncipe de los Demonios. Busca la Iglesia que, en tiempos de fanatismo, los hombres dicen que debe ser destruida en nombre de Dios, como los hombres crucificaron a Cristo y pensaron que habían prestado un servicio a Dios. Busca la Iglesia que el mundo rechaza porque sostiene que es infalible, como Pilato rechazó a Cristo porque El se llamó a sí mismo la verdad. Busca la Iglesia que es rechazada por el mundo como Nuestro Señor fue rechazado de los hombres. Busca la Iglesia que en medio de la confusión de opiniones encontradas, sus miembros aman como Cristo amó, y respeta su voz como la voz misma de su fundador; y nacerá la sospecha de que si la Iglesia es impopular para el espíritu

del mundo, es señal de que no es de este mundo, y si no es de este mundo, entonces es de otro. Siempre que ella no es de este mundo es amada infinitamente e infinitamente odiada como lo fue el mismo Cristo. Pero sólo lo que es divino puede ser odiado infinitamente e infinitamente amado. Por lo tanto, la Iglesia es divina. Por tanto es ella la vida de Cristo entre los hombres. Por lo tanto nosotros la amamos. Por lo tanto nosotros esperamos morir en su bendito abrazo.

La Cruz y el Crucifijo

13

La primera pregunta que alguna vez se haya hecho en la historia del mundo y que nos trajo pena y angustia, fue la pregunta, *¿por qué?* Fue Satanás el primer escéptico que preguntó: "¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todos los frutos del Paraíso?" Desde ese tiempo hasta ahora, nuestras pobres mentes pequeñitas han preguntado muchos "¿por qué?" pero ninguno tan a menudo como: "¿Por qué existe el dolor en el mundo?" "¿Por qué existe el sufrimiento al lado del lujo?"

Este problema del dolor tiene un símbolo, y ese símbolo es la cruz, ¿Pero, por qué es la cruz típica del problema del sufrimiento? Porque está constituida de dos barras, una horizontal y otra vertical. La barra horizontal es la barra de la muerte, pues la muerte es inclinada, postrada, plana. La barra vertical es la barra de la vida, pues la vida es erecta, enhiesta. El cruzar una barra con otra significa la contradicción de vida y muerte, gozo y pena, risa y lágrimas, placer y dolor; nuestra voluntad y la voluntad de Dios. La única manera de hacer una cruz es poniendo la barra del gozo contra la barra del dolor; o, para darle a esto otra forma, nuestra voluntad es la barra horizontal, y la voluntad de Dios es la barra vertical; tan pronto como nosotros ponemos nuestros deseos y nuestras voluntades contra los deseos y voluntad de Dios, formamos una cruz. Así, la cruz es el símbolo de pena y sufrimiento.

Si la cruz es el símbolo del problema del dolor, el crucifijo es la solución. La diferencia entre la cruz y el crucifijo es Cristo. Una vez que Nuestro Señor, que es el amor mismo,

monta sobre la cruz, revela cómo el dolor puede ser transformado por medio del amor en un sacrificio gozoso, como aquellos que siembran en lágrimas pueden cosechar en gozo, cómo aquellos que lloran pueden ser consolados, cómo aquellos que sufren con El pueden reinar con El, y *como* aquellos que toman una cruz por un breve Viernes Santo poseerán la felicidad por un Eterno Domingo de Pascua. El amor es, *como* si dijéramos, la juntura donde la barra horizontal de la muerte y la barra vertical de la vida vienen a reconciliarse en la doctrina de que toda vida se realiza a través de la muerte.

Aquí es donde la solución de Nuestro Señor difiere de toda otra solución al problema del *dolor*, aun aquellas soluciones que se esconden bajo el nombre de cristianas. El mundo encara el problema del dolor, o bien negándolo, o bien procurando hacerlo insoluble. Es negado por un proceso peculiar de auto-hipnotismo, que hace decir que el dolor es imaginario y debido a la falta de valor; es hecho insoluble procurando escapar o huir de él, pues el hombre moderno cree que es mejor pecar que sufrir. Nuestro Señor, por el contrario, no niega el dolor; El no intenta escapar a él. Le hace frente, y al hacerlo así demuestra que el sufrimiento no es extraño ni siquiera a Dios que se hizo hombre.

El dolor, por lo tanto, juega un papel definido en la vida. Es un hecho notorio que nuestra sensibilidad está más desarrollada para el dolor que para el placer, y nuestro poder para el sufrimiento excede a nuestro poder para el *gozo*. El placer crece hasta un punto de saciedad, y sentimos entonces que si éste aumentara más allá de ese punto, vendría a ser una verdadera tortura. El *dolor*, por el contrario, va en aumento continuo, aún después que hemos gritado "basta"; alcanza un punto en que sentimos que no lo podremos soportar más, y sin embargo descansa para renovarse hasta matar. Yo creo que la razón para esta gran capacidad de dolor sea mayor que la capacidad para el placer, está en que Dios quiso que los que llevan una vida moral sana bebieran hasta la última copa del cáliz de amargura aquí abajo, porque no hay amargura en el cielo. Pero los buenos

moralmente nunca sondean completamente las profundidades del placer aquí abajo, porque les espera una más grande felicidad en el cielo. Pero cualquiera que sea la verdadera razón, aún queda en pie la verdad de que en la Cruz Nuestro Señor muestra que el amor no puede tomar otra forma, cuando es puesto en contacto con el mal, que la forma del dolor. Para vencer al mal con el bien, uno debe sufrir injustamente. La lección del crucifijo, entonces, es que el dolor nunca ha de aislarse del amor. El crucifijo no significa dolor; significa sacrificio. En otras palabras, él nos dice, primero que todo, que el dolor es sacrificio sin amor; y en segundo lugar, que el sacrificio es dolor con amor.

En primer lugar, el dolor es sacrificio sin amor. La crucifixión no es una glorificación del dolor como dolor. La actitud cristiana de la mortificación ha sido a menudo mal interpretada como que idealiza el dolor, como si Dios se viera más complacido con nosotros cuando sufrimos que cuando gozamos. *¡No!* El dolor en sí mismo no tiene influencia santificante. El efecto natural del dolor es individualizarnos, centrar nuestros pensamientos en nosotros mismos, y hacer de nuestra flaqueza la excusa para todo consuelo y atención. Todas las aflicciones del cuerpo, tales como la penitencia, mortificación, no tienen en ellas mismas la tendencia de hacer mejores a los hombres. A menudo los hacen peores. Cuando el dolor se halla divorciado del amor, conduce a un hombre a desear que otros fueran como él; le hace cruel, rencoroso, amargado. Cuando el dolor no está santificado por el afecto, tiene el efecto de lacerar, quemar todas nuestras más delicadas sensibilidades del alma, y deja a ésta furiosa y brutal. El dolor como dolor, entonces, no es un ideal: es una maldición si se halla separada del amor, porque en vez de hacer mejor el alma de uno, la hace peor al chamuscarla.

Ahora volvamos hacia el otro lado del cuadro. El dolor no ha de ser negado; no debe escaparse a él. Ha de encararse con amor y sacrificio. Analizad vuestra propia experiencia y veréis que vuestro corazón y vuestra mente no pueden afirmar que el amor sea capaz de gobernar, en alguna

manera, vuestros sentimientos naturales acerca del dolor; que algunas cosas que de otra manera podrían ser dolorosas, son un gozo para vosotros cuando encontráis que ellas benefician a otros. El amor, en otras palabras, puede cambiar el dolor y volverlo sacrificio, que siempre es un gozo. Si perdéis una suma de dinero, ¿no se suaviza esa pérdida por saber que fue hallada por alguna pobre a quien amabais? Si vuestra cabeza es torturada, y vuestro cuerpo desgastado por largas vigiliias al lado de vuestro hijo, ¿no es suavizada vuestra pena al pensar que por medio de vuestro amor y devoción el hijo recibió el cuidado necesario y recuperó la salud? Nunca hubierais sentido el gozo, ni haber tenido la más leve idea de lo que era el amor, si se os ha negado ese sacrificio. Pero si vuestro amor estuviera ausente, entonces el sacrificio sería dolor, vejación y fastidio.

Emerge gradualmente la verdad de que nuestra más alta felicidad, consiste en el sentimiento de que el bien de otros es comprado con nuestro sacrificio; de que la razón para que el dolor sea amargo, es que no tenemos a nadie a quien amar y por quien podamos sufrir. El amor es la única fuerza en el mundo que puede hacer soportable el dolor, y lo hace más que soportable al transformarlo en el gozo del sacrificio.

Ahora, si el sedimento del dolor puede ser trasmutado en el oro del sacrificio por la alquimia del amor, entonces se sigue que mientras más profundo sea nuestro amor, menos sentiremos el dolor, y más agudo será nuestro gozo y sacrificio. Pero no hay amor más grande que el amor de Aquél que dio su vida por sus amigos. De aquí que, cuanto más intensamente amemos sus santos propósitos, más celo demostraremos por su Reino, más devotos seremos por la mayor gloria de Nuestro Señor y salvador, y más nos regocijaremos en cualquier sacrificio que traiga aunque sea una sola alma a su Sagrado Corazón. Tal es la explicación de un Pablo que se gloriaba en sus debilidades y de los apóstoles que se regocijaron porque pudiesen sufrir a causa de Jesús a quien amaban. Eso, también, muestra por qué el único tiempo que se recuerda en la vida de Nuestro Señor,

y que El alguna vez cantó, fue la noche en que El partió para su muerte por amor y redención de los hombres.

No es extraño que los santos hayan dicho siempre que el don mejor y más grande que Dios podía darles sería el privilegio que El dio a su hijo, a saber, ser usado y sacrificado por el mejor y más grande fin. Ninguna otra cosa podía agradecerles tanto como renovar la vida de Cristo en las de ellos; complementar su obra en la suya propia; acumular en sus cuerpos los sufrimientos que fueran necesarios a la pasión de su Señor. El mundo quisiera anular el dolor. El crucifijo lo transformaría en amor, recordándonos que el dolor es del pecado y el sacrificio del amor, y que nada hay más noble que el sacrificio.

El grito de angustia de la tierra subió hasta Dios:
 Señor, suprime el dolor,
 las sombras que entristecen el mundo que Tú hiciste,
 las cadenas que se arrollan
 y extrangulan el corazón, los fardos que pesan
 en las alas que debieran remontarse majestuosas.
 Señor, suprime el dolor del mundo que Tú hiciste,
 para que éste te ame más.

Anónimo.

Entonces el Señor contestó al mundo que El había hecho:

¿Debo suprimir el dolor?
 ¿Y también el poder que tiene el alma para soportarlo,
 que ía hace más fuerte al resistir?
 ¿Debo suprimir la piedad que une los corazones unos con
 [otros
 y hace sublime el sacrificio?
 ¿Perderéis vosotros todos los héroes que surgen de las llamas
 con su rostro blanco dirigido al cielo?
 ¿Debo suprimir el amor que redime con precio
 y con él las sonrisas?
 ¿Podríais pasaros sin esas vidas, que subirán entonces a Mí,
 al Cristo en Su cruz?

Anónima

No, el mundo no puede evitarse a "Cristo en su Cruz". Esta es la razón por la que el mundo es triste. Habiéndolo olvidado a El, se halla lleno de dolor. ¡Y oh! ¡Cuánto derroche de dolor hay en el mundo! ¡Cuántas cabezas dolientes que nunca se han unido a la cabeza coronada de espinas por la Redención; cuántos pies baldados cuyos dolores no son suavizados jamás por el amor de aquellos otros pies que ascendieron la gran colina del Calvario; cuántos cuerpos contusos hay que, no conociendo el amor de Cristo por ellos, no tienen el amor que mitigue sus dolores; cuántos corazones adoloridos hay que están adoloridos porque no tienen un amor grande, como el amor del Sagrado Corazón; cuántas almas hay que miran a la cruz en lugar de mirar al Crucifijo, que tienen el dolor sin el sacrificio, que nunca parecen aprender que, así como el dolor resulta por la falta de amor, también posteriormente por falta de amor el infierno surge; cuántas almas hay que han perdido el gozo del sacrificio porque nunca han amado! ¡Oh, cuan dulce es el sacrificio de los que sufren porque aman el amor que se sacrificó El mismo por ellos en la Cruz! A éstos únicamente llega el entendimiento de los santos propósitos de Dios, pues sólo aquellos que caminan en tinieblas ven algún día las estrellas.

Los Siete Dolores de Marta

14

LA PROFECÍA DE SIMEÓN

Han pasado días desde que los ángeles cantaron su gloria en las blanquecinas colinas de Belem. Era ahora el segundo día de febrero. De acuerdo con la ley judía, toda madre después de parir un varón debía presentarse al Templo de Jerusalén para ser purificada, y para ofrecer su niño a Dios en testimonio de que todos los dones vienen de El. Y así fue como el Señor del templo fue traído al Templo del Señor.

El sacrificio apropiado en tales ocasiones era un corderito de un año para un holocausto y un lechoncito o pichón de tórtola, para un voto propiciatorio. La benigna Legislación Mosaica permitía a los pobres traer en lugar del corderito dos tórtolas o dos lechoncitos. Tal fue el tributo de María que no poseía riqueza, excepto las riquezas del Señor de los Cielos y la tierra.

El sacerdote del templo en aquel día era Simeón, un devoto israelita ya casi encorvado con el peso de los años, pero feliz con el anuncio divino de que no iría a morir hasta que no hubiese visto al Mesías que habría de venir. Simeón era el representante y símbolo de la vieja Ley Judía que durante muchos siglos había estado esperando al Redentor; era el final de la raza de Adán, la coronación del Viejo Testamento, el fruto de su madurez, el fin y consumación del don de Israel al mundo.

Cuando nuestra Bendita Madre puso al divino niño en sus brazos, llegamos al momento de unión del Viejo y el

Nuevo Testamento, o mejor, el pasaje del Viejo al Nuevo. Ese acto quería decir que todas las promesas del Viejo Testamento se habían cumplido, lo mismo que todas las profecías del pueblo escogido de Dios. La antigüedad había dicho su última palabra. La historia, que hasta entonces había registrado todas sus batallas y anotado el surgimiento y caída de los reinos como eventos sucedidos antes de Cristo, en adelante los iría a escribir como sucedidos en el año de Nuestro Señor.

Una vez que los cansados brazos de Simeón cargaran el peso del eterno sin que por esto desfallecieran; una vez que el anciano Simeón abrazara la juventud que era antes de todas las edades, podía entonces retirarse, cerrar los libros de las profecías y decir adiós a su propia vida. Y así, en la edad en que los ancianos dejan de cantar, Simeón dio salida al canto, y en el silencio del templo, se levantaron como dulce incienso las notas delicadas del *Nunc Dimittis*. Esta era la culminación de su vida, como es ahora diariamente la culminación de la Iglesia, que cantará este canto hasta edades remotas cuando el Señor venga sobre las nubes de los cielos en el día del crepúsculo del mundo.

"Ahora, Señor, ahora sí que sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa.

Porque ya mis ojos han visto al salvador que nos has dado:

Al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine a los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel".

Pero toda esa luz que inundaba el alma de María pronto se vio oscurecida, como una nube negra a menudo oculta de nosotros la faz del sol. Las palabras de gozo pronunciadas por Simeón pronto cambiaron en dolor, cuando él habló de la parte que la madre y el hijo habían de representar en la redención del mundo:

"Mira, este niño que ves, está destinado para ruina, y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres: lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma, a fin de que sean

descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos".

Era un anuncio solemne de que ella debía cuidar a la víctima hasta la hora del sacrificio y ser la Pastora hasta que el Cordero fuese conducido a la muerte en signo de contradicción, que es la cruz. Fue un eco que llegó de nuevo al Jardín del Edén, donde un árbol trajo la ruina del primer Adán, y en cuyas puertas había un ángel con una espada flamígera para guardar la entrada hasta que sonara la hora de salvación señalada. Simeón decía ahora que la hora había llegado. El árbol del Edén, que trajo ruina, sería trasplantado al Calvario y sería su cruz; la espada del ángel sería quitada de la mano del ángel para enterrarla en el corazón de María, como un primer testimonio de que sólo aquéllos que han sido traspasados con la espada de un amor sacrificial entrarán en el Edén eterno de los cielos.

"¡Un signo de contradicción!" María no necesitó esperar la cruz del Calvario. Ella vio ahora que Aquel que es amor sería odiado; que Aquel que es paz, sería un pretexto para la guerra; que Aquel que es vida, sería ocasión de muerte; que Aquel que es verdad, sería el tema de todos los errores y herejías hasta el fin de los tiempos; que Aquel que es luz apartaría muchas almas por el mismo esplendor de su luz; que Aquel que vino para salvar al mundo, sería contradicho y crucificado por el mundo; que El sería la piedra de toque de todos los corazones; que de ahora en adelante todos los hombres tendrían que escoger su bando; que no habría más batallas parciales, más espadas a medio desenvainar, más lealtades divididas; que las personas, o se juntarían a El, o se diseminarían, y que su contradicción de la misericordia haría su rechazo más fatal e inmisericorde.

Cuando María abandonó el templo aquel día entendió, como nunca había entendido antes, por qué los magos trajeron regalos de oro e incienso, y la más amarga, triste y dolorosa dádiva: la mirra. Ella vio ahora que la ley que le ataba a El la ataría también a ella, y que mientras El tendría el árbol, ella tendría la espada; que así como El era el nuevo Adán, ella habría de ser la nueva Eva; y que así co-

mo Eva fue instrumento en la caída, así ella sería instrumento en la salvación, como Co-Redentora del Cristo Redentor.

ORACIÓN

María, si tú hubieras sido separada de tu hijo divino, como un silencioso y pacífico jardín con el sol jugando delicadamente sobre él, lejos de la tormenta de gloria del Calvario, tú nunca habrías sido verdaderamente nuestra Madre. ¡Cómo hubiera sido de terrible el mar de los dolores humanos si no hubiera existido tu luz brillando sobre ellos! Pero ahora que tú has sido llamada a co-redimir con Nuestro Redentor, vienes a ser la Madre de los afligidos. ¡Enjuga nuestras lágrimas, pues tú entendiste los dolores; repara nuestros corazones rotos, pues el tuyo también fue roto! Aparta todas las espadas, pues tienes la empuñadura en tu mano. María, tú eres la Madre de los afligidos, pero si no lo fueras, nunca podrías ser la causa de nuestro gozo.

LA HUÍDA A EGIPTO

Hacia siglos y siglos que el pueblo de Israel esclavizado en Egipto, había hecho su éxodo a la tierra prometida. La historia corría ahora para atrás. El éxodo es hacia Egipto, y el conductor no es Moisés, sino el Salvador Infante. La ocasión que motivó este último éxodo, fue la orden de Herodes el Grande, de que todos los niños varones menores de dos años en Belem serían pasados a espada. Herodes escuchó de los magos que éstos buscaban un niño que iba a ser rey, y él estaba temeroso de su poder, como si Aquél que trajo el reino de oro del Cielo fuera a pensar alguna vez en quitar el reino efímero de la tierra. Pero los magos no volvieron donde Herodes después de ver al niño: uno siempre toma un camino diferente después de ver a Dios. Los celos de Herodes surgieron también por el recuerdo de que Suetonio, el historiador romano, conciudadano suyo, había citado una leyenda según la cual algún día nacería en Israel

un rey destinado a gobernar sobre el pueblo romano. Para conjurar el peligro, el senado romano había ordenado que todos los niños varones nacidos en cierto año serían abandonados a su muerte, pero las esposas embarazadas de los senadores evitaron su ratificación. Herodes debió haber recordado todo esto, pero en todo caso ordenó la masacre de los niños inocentes. Toda su carrera estaba roja con la sangre de sus asesinatos. El hizo que su cuñado, el joven Aristóbulo, fuese ahogado delante de sus ojos; ordenó la estrangulación de su esposa favorita, la princesa Mariana; sus tres hijos, y el padre y la madre de su esposa, igualmente perecieron por su espada; y aquellos que sobrevivieron eran más desgraciados que aquellos que sufrieron. De aquí que no era difícil para él ordenar la matanza de los bebés, pues la sangre de éstos era apenas una gota en el río escarlata de sus crímenes. Era duro para las pobres madres de Belén cuyos gritos se unieron a los de Raquel, que no sería consolada, pero era más duro todavía para María cuyo único crimen era que tenía en sus brazos un niño que contenía la hermosa grandeza de la cabeza de Dios en la vaina de la carne de un infante.

En una noche oscura, cuando las pobres madres que le negaron a ella un hogar la víspera de Navidad vagaban sin techo por las calles, apareció un ángel y dijo a José que tomara a María y al niño y huyera a Egipto. María no tenía tesoros para recoger, sino el único tesoro que sostenía en sus brazos. Se enfrentaban a ella el yermo, el desierto, el paganismo. Y mientras el viento soplaba, y la luna, que un día iba a ser pintada debajo de sus pies, brillaba ahora encima de su cabeza, salió furtivamente de Belén para internarse en las arenas. Otro José iba con ella y con el niño a Egipto, para salvar a éste del hambre, no con el pan que perece, sino con el pan que perdura en la vida eterna.

Este exilio del Creador que se apartó de sus criaturas escogidas, fue la segunda espada que traspasó el corazón de María. ¡Era la más aguda, porque su niño era odiado!

¿Por qué alguien podía odiar a un bebé? ¿Qué había hecho El a un rey para que éste procediera en forma tan impropia de un rey? ¡Jesús fue odiado! Y aún era más desamparado que ella misma. Ella conocía cuan adorable era El y qué buen recibimiento merecía después de cuatro mil años de haber sido esperado. ¿Por qué, entonces, tenían ellos que hacerlo huir antes de que fuese capaz de caminar?

Lo amargo de su dolor era que parecía —y dijo solamente parecía— ser muy exterior al orden de la Divina Providencia. Nosotros todos podemos fácilmente soportar las aflicciones que nos vienen directamente de Dios; sus mismos dedos que nos entregan diminutas cruces parecen aligerarla con su contacto. Los dolores de las otras madres fueron suavizados en los últimos años por los dulces pensamientos de que Dios no permitió que sus hijos crecieran para cantar "Hosana" el domingo y "¡Crucificalo!" el viernes. Vieron que sus aflicciones venían directamente de Dios. Podemos soportar una enfermedad o inclusive la muerte, porque ambas vienen directamente de Dios. ¡Pero la injusticia e ingratitud de los hombres es más terrible y nunca sabemos cuándo terminará! Dios es más misericordioso. Así, cuando a David a causa de su pecado de orgullo se le ofreció que escogiese castigo entre la injusticia de los hombres o la pestilencia, exclamó: Mejor cae en las manos de Dios, pues sus misericordias son muchas, que en las manos de los hombres. Y así escogió la pestilencia.

El dolor de María fue de la clase más amarga: ¡Vino de la perversidad de los hombres! ¡De la injusticia de un pagano! Por lo tanto pareció ser todo lo más terrible porque Dios no parecía tener manos en él. Pero añadido a todo esto estaba la tragedia de que su nota triste había de quebrarse en la escala de los dolores en Egipto, una tierra lejana del hogar.

ORACIÓN

María, por este tu segundo dolor enseñanos que los caminos de Dios están ocultos en todo, aun en aquellas cosas que parecen tan distantes como Egipto. A menudo durante

nuestra vida, cuando nos veamos obligados a dejar la contemplación religiosa pacífica y silenciosa donde nos hallamos tan a nuestro gusto, para tomar los deberes y tareas de un mundo prosaico, que en comparación parecen un exilio de Egipto, recuérdanos que no hay nada en la vida que no pueda ser espiritualizado y convertido en una oración, con tal de que lo hagamos en unión con tu hijo. María, yo soy lento para aprender, tardo para entender, reacio para emprender, pero imprime en mí la gran verdad de que podemos hacer una tierra santa del Egipto pagano de nuestro trabajo cotidiano, siempre que traigamos con nosotros a tu Niño.

LA PÉRDIDA DE TRES DÍAS

La única vez en que los artistas representan a nuestra bendita madre sin su niño es cuando ella se halla mirando gozosa hacia el cielo, como en la Inmaculada Concepción. Pero hubo una vez en que ella no tuvo a su niño y no miraba hacia arriba, y fue cuando miraba hacia el desierto en la dolorosa búsqueda de su niño. Nuestro bendito Señor tenía a la sazón doce años. Era la edad en que, de acuerdo con la leyenda judía, Moisés había dejado la casa de la hija del Faraón; y Salomón había dado el juicio que reveló por primera vez su sabiduría, y Josías había soñado por vez primera en gran reforma.

En ese año El subió a Jerusalén a la Pascua con María y José, y de acuerdo con la tradición, iba a pie. Nazaret, su tierra nativa, se hallaba distante ochenta millas de Jerusalén. Dejando la guirnalda de colinas que circundaba el pueblito como pétalos de una flor abierta, caminaron hasta la Ciudad Santa donde el plumaje profano de las águilas romanas se balanceaba en la puerta de entrada por donde ellos pasaron hacia el templo para la celebración de la Pascua. Muchos ancianos del templo suspiraban por la memoria de días mejores cuando el gran Isaías y Jeremías conmovieron a Israel con sus profecías. ¡Y con todo, cuan

débiles eran esos profetas comparados a un hombre venerable y una madre hermosa arrodillada en el templo, y entre ellos un niño cuyo nombre era eterno, y que sin embargo contaba apenas doce años computados por la sucesión de estaciones y de lunas! ; Si, los coros de los ángeles debieron haber callado ante las oraciones de Dios el hijo sobre la tierra, que flotaba por las sombras invisibles hasta su padre que está en los cielos! María y José debieron haber dejado de mirar el velo detrás del cual se hallaba el santo de los santos, para fijar su mirada en medio de ellos y confesar con oración de éxtasis la divinidad del niño, cuyos ojos levantados se fijaban en los cielos que El dejó para hacer entrar al mundo en razón. El milagro verdaderamente grande fue que las mismas piedras del templo no gritaran, y el sol detuviera su curso, y los cedros del Líbano no se postraran en adoración del Dios cuyos pies ahora sobre la tierra traían entonces la eternidad al tiempo. No era extraño que la tierra continuara con sus compras y sus ventas, su comercio y sus necesidades, sin dar siquiera una sonrisa de comprensión a Aquel que nos estaba enseñando cómo cambiar humanidad por divinidad, y nada por todo.

Cuando la fiesta hubo terminado, las multitudes partieron, los hombres por una puerta y las mujeres por otra, para permanecer reunidos en el lugar de descanso por toda la noche. Los niños iban o con su madre o con su padre. Como cada uno sospechaba que el Niño Divino iba con el otro, fue hasta que la noche cayó cuando se vino a descubrir la pérdida. Nunca antes hubo corazones tan desolados sobre el mundo, ni siquiera cuando Adán y Eva fueron expulsados del Jardín de los Placeres. Por tres días buscaron y al fin le encontraron en el templo exponiendo la ley de los doctores y asombrándolos con su sabiduría.

"Al verle pues sus padres, quedaron maravillados: Y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando".

"Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No, sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi padre?"

Pero María y José debieron haberle buscado en el Templo el primer día. ¿Dónde estaba pues El, y también durante las noches? Sólo podemos conjeturar, pero a mí me gusta pensar que probablemente visitó las escenas futuras de su pasión; se detuvo fuera de la fortaleza de Antonia donde más tarde Pilato trataría de lavarse su sangre de sus manos; miró al interior de la casa de Anas quien posteriormente habría de acusarlo de blasfemia; anduvo hacia las afueras de los muros de la ciudad hasta una pequeña colina donde el mundo erigiría una cruz y la llamaría su trono; y finalmente, pasó una noche en el Jardín de Getsemaní bajo la luna llena de Pascua donde treinta y un años más tarde sus Apóstoles dormirían mientras El bebía las más amargas heces del cáliz del pecado del hombre.

Pero hayase encontrado en una u otra parte hasta el tercer día, en este tercer dolor el alma de María fue sumergida en las tinieblas más densas, pues había perdido a su Dios. Fue en este dolor en el cual la Madre Inmaculada vino a ser en un sentido más verdadero el refugio de los pecadores. En un principio nos sorprende como incongruente que aquella que era sin pecado pudiera ser el puerto de los pecadores. ¿Cómo podía ella, que nunca había sentido un remordimiento de conciencia, ser el refugio de aquéllos cuya conciencia está llena de maldad? ¿Cómo podía ella, que nunca perdió a su Dios, conocer las angustias de una alma que por el pecado pierde a su Dios?

La contestación es esta. ¿Qué es el pecado? El pecado es la separación de Dios. Ahora, en estos tres días de pérdida, María estuvo físicamente separada de su niño, ¡y ella también había perdido a su Dios! La separación física de su niño fue apenas un símbolo de la separación espiritual que tienen los hombres de Dios. El tercer dolor hizo posible para ella adivinar los sentimientos de los pecadores y conservar sin embargo su alma inviolada. Conoció lo que es el pecado. ¡También había perdido a su Dios! Así es-

taba ella sufriendo entonces en reparación por todas las mentes que una vez tuvieron la fe, y luego la perdieron; por todas aquellas almas que una vez amaron a Dios, y luego lo olvidaron; por todos esos corazones que una vez oraron, y luego lo abandonaron a El. Toda la nostalgia espiritual por la divinidad, toda la nostalgia por el cielo, y todo el vacío de los corazones que lo vaciaron ellos mismos de Dios, todo esto sintió María como si fuera suyo: pues ahora ella estaba sin el Redentor. Si una madre terrena llora por la muerte física de uno de sus hijos, ¡qué dolor no debió sentir María ante la muerte espiritual de millones de hombres cuya madre era ella por cuanto Dios la había llamado a serlo!

ORACIÓN

María, por este tu tercer dolor, enséñanos que si llegáramos a ser tan desgraciados de perder a Dios, no debemos buscarle a El en otras fes, en nuevos cultos o nuevas modas, pues El puede ser hallado solamente donde lo perdimos: en el templo, en la oración, en su Iglesia. En aquellas otras ocasiones, cuando nuestras almas son tan áridas como un desierto, en que nuestros corazones parecen fríos, y hallamos difícil orar, y aun empezamos a creer que tal vez Dios nos haya olvidado, porque parece tan distante, dinos quedamente la dulce recordación de que aun cuando parezca que lo hemos perdido, El está siempre al pie de los negocios de su Padre.

MARÍA ENCUENTRA A JESÚS CARGANDO LA CRUZ

Han pasado creinta y dos años desde el tercer dolor. Durante este tiempo, dieciocho años transcurrieron en un hogar tranquilo y silencioso de Nazaret. La vida de María era la ascensión perenne de amor en su papel como Co-Redentora del mundo. Cada hora era como un noviciado en el cual ella aprendía más profundamente su participación en la cruz.

Sencillamente es imposible describir lo que significa gastar dieciocho años sirviendo de madre a Dios y sin embargo ser tratada como hija por El; ¡dieciocho años de recibir obediencia de El, y sin embargo ser su dulce esclava de amor! ¡Si Dios no fuera amor, no podríamos usar nunca esa palabra para describir la vida de éxtasis de María!

La misma profesión de Jesús como carpintero era una recordación de que un día, El que había carpintado el universo, iba a ser carpintado en una cruz. Cada glóbulo de sangre que El llevaba, le hacía recordar a María a Isaac llevando la leña de su sacrificio hasta la colina de su muerte, y más adelante hasta su divino hijo como el verdadero Isaac que llevó su propia cruz hasta la colina del Calvario. De cada uno de los clavos de ese taller de carpintería surgiría una crucifixión y de cada rosa roja, a su yo enrojecido.

Después de esos dieciocho años se separaron. El tenía ahora treinta y debía estar al cuidado de los negocios de su Padre. El tuvo sus treinta años de obediencia; debía tener ahora sus tres años de enseñanza, y luego sus tres horas de trabajo de redención. Los tres años pasaron rápidamente, y aquél que vino a dar testimonio de la verdad, vio a Pilato de pie entre los pilares del asiento de juez, lavarse las manos para limpiar la verdad. Aquél que dijo que nadie destruiría su vida, se preparaba ahora para darla. Y en esa terrible mañana del Viernes Santo la súplica solitaria de María a Pilato fue ahogada en la rabiosa tempestad de miles de gritos de "¡Crucifícale!" La palabra había tenido éxito para contradecirlo a El, y en símbolo del triunfo de ellos, le dieron a El una cruz. Empezó la procesión; allí está el centurión dirigiéndola: siguen los heraldos cargando el letrero que será clavado sobre la cruz, los dos ladrones con sus cruces, y los Escribas y Fariseos que lo enviaron a El a la muerte en nombre de la lealtad al César: pero la ironía de esta procesión es que se movía por un camino cubierto de ramas de palma. María la siguió, pisando sobre la misma sangre que ella había adorado. Vio cada gota de ésta, vio las lanzas relucientes, también, que lucían co-

mo palmas; vio los ladrones; vio a las mujeres llorando; y sin embargo, veía solamente una cosa: a Jesús cargando el árbol trasplantado del Edén, así como ella iba cargando la espada del ángel trasplantada.

Cual si la muerte cercana hubiera hecho surgir el contraste, pensó en sus dulces días en Nazaret cuando ella lo criaba, lo alimentaba, se arrodillaba con El, y le adoraba cuando El estaba dormido. Ahora no lo tenía más; todos los demás lo tenían a El, menos ella, y ellos no lo estaban adorando, sino maldiciéndolo. Y a pesar de todo esto, no rogó que algún rayo los partiera, porque amaba más las almas. No hay madre en el mundo que no escoja recibir dolor de su hijo que hacer que éste lo soporte, pero cuando este hijo es Dios, ¿entonces quién podrá medir la amargura de su copa de pasión? En cierto sentido su propio hijo era su ejecutor, porque El la estaba venciendo en amor.

Este nuevo dolor de María fue la revelación de las palabras de su hijo, de que si nosotros hemos de ser discípulos debemos tomar nuestra cruz y seguirle. Toda persona ha de subir al Calvario, no libre de carga y con las manos limpias y vacías, sino cargando los mismos instrumentos de crucifixión, los mismos elementos de sacrificio. Como Isaac llevó la madera del sacrificio, como Jesús cargó su cruz, como el sacerdote lleva vino y pan para el altar, así María carga una cruz en su propio corazón. La cruz no siempre necesita estar sobre nuestros hombros: el enfermo en cama con ardiente fiebre, la madre con sus brazos cargando un hijo, el padre en su trabajo diario, no tienen hombros libres para una cruz, pero tienen un corazón libre para ella, como lo tuvo María. El espíritu debe continuar haciendo lo que la carne no puede hacer, porque Cada acto en el corazón se cuenta como equivalente al trabajo hecho. Simón por un momento alivió los hombros de Jesús de su cruz, pero no alivió su voluntad de sufrir. La multitud vio en ese momento sólo una cruz y ésta estaba en los hombros del Cireneo. Había en verdad dos, ambas ocultas en los corazones de María y su hijo cargando su peso hasta el altar del sacrificio.

ORACIÓN

María, por este nuevo dolor, imprime en tus pobres hijos la lección de cargar la cruz. Recuérdame que yo puedo o no dar mi amor a Jesús, pues soy amo y capitán de mi alma, pero que no soy libre de aceptar su cruz o dejarla. La elección no está entre ir por el mundo con una cruz o ir por éste sin la cruz. Yo debo tomarla. No hay modo de eludirla: los brazos extendidos no me permitirán hacer eso. La elección está entre si yo la aceptaré como tú, o dejar que me la arrojen sobre mis hombros, como Simón. ¿Me verá impulsado a abrazarla o seré obligado a abrazarla? María, haz que vea que la única cruz verdadera es rehusar tomarla, pero que al abrazarla por el amor como tú, deja de ser una cruz y se convierte en peldaño que me conduce hasta el reino de Dios.

LA CRUCIFIXIÓN

Durante su vagar por el desierto, los israelitas fueron picados de terribles serpientes, viendo lo cual Moisés rogó a Dios que las quitara. Entonces el Señor dijo a Moisés: "Has una serpiente de bronce, y ponla en alto para señal: quien quiera que siendo mordido la mirare, vivirá".

Siglos más tarde, cuando el hijo de Dios vino a la tierra, dijo a Nicodemo: "Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce: así también es menester que el hijo del hombre sea levantado en alto: para que aquél que crea en él, no perezca, sino que logre la vida eterna". Ahora llegó el día en que Cristo, apareciendo en la forma de un hombre, iba a ser levantado en la cruz, para que todo aquél que lo mirara, pudiera ser curado de la picadura del pecado.

Cuando El ascendió a su trono al ser erigida la cruz en su cimiento, la tierra se estremeció en protesta contra los que mataron el Dios que holló sus colinas y caminó por sus lagos; el sol se eclipsó en la mitad de su carrera en protes-

ta contra la extinción de la luz del mundo; los corderos para el sacrificio en el templo protestaron también balanceándose más plañideramente que nunca a la muerte de su Pastor, el Cordero de Dios. Pero no hubo protesta en su corazón. Escuchamos en vano esperando oír una expresión de sufrimiento físico. Cuando El rompe su silencio, no es jamás para manifestar una queja. Su vida personal está enterrada, como si todas sus necesidades del cuerpo hubieran sido olvidadas ante la necesidad de amor. Parecía como si las marcas de los clavos no hubieran impreso sobre El sus propias penas, sino las penas de los otros. Y lo que puede decir de El, se puede decir de su madre. Ella también parecía consciente de que éste no era el tiempo para los sollozos individuales, sino el tiempo para la comunión universal.

Y a medida que el gran cáliz de todas las miserias comunes goteaba silenciosamente, lenta y misteriosamente, las gotas rojas de la salvación, la tierra hambrienta en su temblor abrió su boca para recibir las, como si gritara más por redención que las almas sedientas de los hombres. Las siete palabras cayeron de la Cruz como siete espadas en el corazón de María. Parecía como si ella estuviera escuchándolo a El cantar su propio canto fúnebre. Cualquiera otro corazón de madre se hubiera roto al suspiro de esa gran lámpara del santuario de vida, verdad y amor emitiendo sobre el Calvario, no rayos rojos, sino dejando caer cuentas rojas en el rosario de la Redención. Cualquiera otra madre se hubiera desmayado ante la visión del bello pabito de su alma vacilando moribunda mientras la cera de su cuerpo y de su sangre se quemaban también. No todos los corazones de madre tienen la misma capacidad de sufrimiento. Pero ninguna, madre en el mundo tiene un corazón tan tierno como la Madre de la Maternidad. Ella era tan delicada como un pétalo de rosa, capaz de responder al más suave soplo de las brisas nocturnales; por esto su dolor fue tan profundo que aún los más grandes mártires la han saludado como a su reina. Era tanto más amargo, por cuanto no podía hacer nada para aliviar el sufrimiento de su hijo. El dolor debe

estar siempre haciendo algo, aun cuando sólo esté golpeando una frente afiebrada, pues las mismas necesidades del que sufre, son lo supérfluo del que consuela. ¿Y, sin embargo, qué podía hacer María? La almohada de la corona de espinas no podía ser suavizada; la cama de la Cruz no podía ser refrescada; los clavos que se hundían en sus manos y pies no podían ser quitados; aún en el momento de que El gritó: "Tengo sed", no había nada que pudiera ofrecerle, excepto sus lágrimas. Magdalena se desmayó a sus pies: parecía que ésta había de estar siempre en actitud de penitente. Pero María no se daría por vencida. El Evangelista que estuvo en la Cruz nos dice que se mantuvo de pie. Si Eva estuvo al pie del árbol, ella, la nueva Eva, se mantendría erguida al pie de la Cruz: mirando hacia un crucifijo.

Y a causa de que estuvo de pie lista a servir, vino a ella de la Cruz su segunda anunciación, no de los labios de un ángel, sino de la boca misma de Dios. Mirando hacia abajo desde su trono, Jesús la vio a ella y a Juan, su discípulo amado, y dijo a su madre: Mujer ahí tienes a tu hijo; y después de eso, dijo a su discípulo: "Ahí tienes a tu madre". El no la llamó "Madre", sino "Mujer" para denotar que iba a ser ahora la madre universal de la raza humana que Juan simbolizaba. Este era aparentemente un cambio bien pobre: un Maestro por un discípulo; un Creador por una criatura; un Rey por un pescador; un Hijo de Dios por un hijo de Zebedeo; y con todo María lo aceptó gustosa. Vio que, así como en Belem ella vino a ser la madre de Dios, ahora en el Calvario iba a ser la madre de los hombres, y que así como en la choza engendró al capitán de salvación, así ahora en la Cruz engendraría a sus soldados. También vio que esto no podía hacerse sin sufrimiento, porque, aun cuando ella había engendrado al Inocente sin dolor, no podía dar a luz a pecadores sin aflicción. Había de costarle su propio hijo divino para hacerse la madre de los hombres, pero pagaría el precio.

Y así su título de Madre de los Hombres vino a ser suyo, no por mera proclamación eterna, sino el derecho de nacimiento. Pesaba sobre ella la maldición de Eva, de que nos

pariría con dolor, y aceptó la pena gustosa. Treinta años con el redentor le habían enseñado que debía amar a los hombres como El los amó: lo bastante para sufrir y morir por ellos, y seguir viviendo. Ella lo amó a El, porque El era Dios; pero nos amó a nosotros porque era la voluntad de Dios el salvarnos. El primer amor fue su martirio; el otro su sacrificio. Uno fue como tempestad en el océano, pero el otro fue como su calma. Aun en el dolor la Paz era suya, porque ella se había juntado a un Padre Eterno en el sacrificio de un Hijo común.

ORACIÓN

María, en Tu cuarto dolor nos mostraste a nosotros cómo debemos cargar nuestra cruz, y en éste, el quinto, Tú nos muestras cómo permanecer al pie de esa cruz. Tu Hijo nos ha dicho que sólo aquellos que perseveren hasta el fin serán salvos. Pero la perseverancia es a menudo muy difícil. Pocos de nosotros, como Tú, estamos dispuestos a permanecer al pie de la Cruz durante tres horas completas hasta que se haya terminado la Crucifixión. La mayoría de nosotros somos desertores del Calvario, almas crucificadas a medias; impacientes por sentarnos cuando no estamos clavados a una cruz. Muchos de nosotros tenemos firmes propósitos al amanecer, pero pocos los sostenemos hasta el final del día. Tu propia alma no desfallece, porque Tu Hijo no desfalleció. El mantuvo hasta la noche la promesa que había hecho con el sol brillando en luz roja como sangre. El ha terminado el trabajo que le fue dado. Y también Tú permaneciste al pie hasta el fin de ese día de sacrificio. Pide para nosotros entonces, la gracia de permanecer tres horas completas en el Gólgota, de manera que cuando el paso de nuestra vida haya terminado, podamos rogar con El y Contigo: "He terminado mi trabajo. Ahora, Dios mío, descuélgame y elévame a la unión perdurable Contigo".

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Y después de tres horas Cristo murió de sed: no de una sed por las aguas puras de los arroyos de Galilea, no por las aguas del pozo de Jacob, ni el confortante vino de la Última Cena, sino de sed de amor, que estuvo a punto de ser apagada, no cuando un romano acercó a El la hiél y vinagre, sino cuando un ladrón oscuro que se tambaleaba en las tinieblas de la muerte le dio a El el amor de su sangrante corazón. ¡Cristo estaba muerto! ¡Había reventado la última cuerda del Harpa Divina: era la ruptura del corazón por medio de la ruptura del amor. El había muerto en la cruz a la manera como los hombres quisieron, a la manera como El escogió, y como Su Padre Celestial consintió. Había expiado hasta lo último. Ahora comienza nuestra expiación: pero aún no ha terminado.

Aquellos que no habían creído que cometían ningún pecado para inaugurar sus fiestas con la muerte de su Mesías, estaban seriamente alarmados porque la santidad del Sabbath, que empezaba a la caída del sol, se podía ver profanada por tres cuerpos que colgaban como ruinas rojizas contra un cielo lívido. En consecuencia, llegaron algunos soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones para apresurar su muerte, y llegándose a Jesús lo encontraron muerto.

Al no quebrar Sus piernas, involuntariamente hicieron cumplir una profecía de más de mil años de antigua: que no sería roto un solo hueso de Su cuerpo. Uno de los soldados, llamado Longinos, profanó el santuario horadando el corazón de Cristo con una lanza. El insulto fue a Cristo, la pena de María. Brotó de la herida sangre y agua: Sangre que es el precio de la Redención; agua que es el símbolo de nuestra regeneración. La tradición nos cuenta que cuando las primeras gotas del Líquido de Amor cayeron sobre los ojos enfermos de Longinos, éste fue inmediatamente sanado. María sintió gran gozo porque había sucedido un

gran milagro, cuando Longinos creyó en Aquel cuyo Corazón había traspasado.

Luego llegaron a la colina del dolor dos ciudadanos notables de Jerusalem y el Sanhedrín: José de Arimatea y Nicodemos, los compañeros del crepúsculo que desde antes querían ser amigos de Cristo y sin embargo no aparecían como tales. La muerte dio valor a esas almas tibias, y ahora vinieron a trenzar con manos diligentes las flores y coronas de la muerte. Colocaron la escalera contra la Cruz y subieron a ella, mientras María, Juan y Magdalena permanecían abajo. A María le pareció apropiado que José fuera el privilegiado para descolgar a Jesús de la Cruz, pues fue su José quien, mientras vivía, tuvo tantas veces el privilegio de manejar los miembros y tocar la carne del Verbo Encarnado. Pero él se había ido al seno de la muerte, y ahora alguien que llevaba su nombre tomaba su lugar. Con manos delicadas y corazones amorosos, el Rey que llegó tambaleándose a Su Trono, es retirado ahora de éste en aparente derrota. Cada clavo es extraído de esas manos que aún entonces podían desencajar de sus goznes las puertas de todos los reinos de la tierra. Uno se pregunta si cuando los Clavos, la Corona de Espinas y la Cruz, llegaron a las manos de María toda la Naturaleza no se conmovería. El mismo hierro en el oscuro seno de la tierra debe haberse estremecido, porque había clavado a su Dios. Cada espina, por el momento, debe haberse escondido de vergüenza debajo de los pétalos de cada rosa; cada árbol debe haberse estremecido de dolor, porque cargó el peso del Crucificado, y sin duda sus brazos llenos de hojas se levantaron en oración, pidiendo que en adelante fuera cortado por una hacha de sacrificio para llegar a ser una cruz que invite a los corazones a volver a Dios.

Al fin el Cuerpo del Salvador fue desprendido y entregado a Su Madre. Esto fue como una rosa roja desfalleciendo en sus rodillas. ¡El Hijo Pródigo volvía a su hogar! Mil recuerdos brotaron en su doliente corazón. A través de sus ojos oscurecidos por el llanto parecía que Belén había regresado, porque su Hijo estaba una vez más en su regazo;

Simeón pareció estar cerca cuando otra espada de dolor traspasó su corazón hasta la misma empuñadura; pareció que uno de los tres reyes la visitaba de nuevo, cuando Nicodemo trajo la mirra para el entierro; aun el unguimento en casa de Simeón fue revivido cuando Magdalena tomó su puesto y ungió para el entierro los Pies que hollaron las colinas perdurables.

Las madres viven de las últimas miradas, y María debía tomar las suyas. Mientras ella miraba, el sol que se ponía en el tabernáculo áureo del oeste arrojaba sobre la colina la sombra de la cruz que se alargaba sobre el corazón de la Madre del Mundo. Cuando entregó nuevamente a Su Hijo para la sepultura, estuvo tan cerca del sacerdocio como ninguna madre ha estado jamás, porque estaba ofreciendo en la patena de sus brazos la Hostia Inmaculada del Pan de Vida. Fue un gran desgarramiento entregarlo a El de nuevo; parecía que el mundo lo había tenido tanto tiempo, y ella tan poco: pero era porque ella lo amaba muchísimo. Era un acerbo dolor que sería inexcrutable misterio para todas las madres, excepto para ella: pero era porque su voluntad era la voluntad de Dios; para ella, el dolor es la revelación de Dios; son las manos heridas de Cristo apartando las nubes que ocultan Su trono donde todo dolor es convertido en gozo.

ORACIÓN

María, la mayoría de nosotros nos dispensamos de los deberes y nos detenemos en nuestro trabajo en la hora de nuestras penas, y buscamos simpatía humana que alivie nuestro dolorido corazón. Mas Tú, oh Madre de dolor, durante tu sexto dolor no buscaste consuelo humano, con el fin de recordarnos a nosotros que a Dios agrada más venir a corazones solitarios que no han sido llenados con ningún otro amor. Ni tampoco Tú hiciste de tu aflicción una carga para nadie; Tú ayudaste a colocar la Hostia en el Corporal Inmaculado de Tu regazo; Tu corazón estaba roto, pero nadie lo supo. Por tu calmada resignación, Madre querida, ensé-

ñaños que nuestro dolor nunca debe interponerse en el camino; que cada cruz que nosotros carguemos debe ser una cruz solamente para nosotros; que el cielo consuela primero a los corazones inconsolables de la tierra, y que un corazón destrozado, como el Tuyo, es el santuario favorito de Dios.

EL ENTIERRO DE JESÚS

En una ocasión en tiempo de verano Nuestro Bendito Señor, mirando a mi labriego en su campo, contó a Sus discípulos la parábola: "Salió un sembrador a sembrar su simiente". Más tarde, dijo que El era la "semilla" y todavía más tarde, que si la semilla caía en la tierra y moría, resucitaría trayendo vida.

Ahora había venido la noche en que María llegaba a ser el sembrador de semillas, pues, ¿no estaba ella llevando al Verbo Eterno a la tumba donde en tres días El rompería las ataduras de la muerte y se levantaría para vida eterna? Ella había cargado a su Hijo en muchas jornadas penosas, una de ellas a través de Belén hasta una cueva de un extranjero; ahora, en el Gólgota, lo cargaba hacia una tumba de un extranjero: una recordación elocuente, en verdad, de que el nacimiento y la muerte humanas eran igualmente extraños para El. Unas pocas horas antes, parecía que ni los cielos ni la tierra le tendrían a El, mientras colgaba entre los dos, abandonado por una y rechazado por la otra. Pero ahora bajo la cruz roja de las antorchas, llameando sin humo en el aire inmóvil, la tumba le recibía. Pero no iba a ser por mucho tiempo, porque la tumba sería pronto el vientre de la Naturaleza dando a luz al primer nacido de los muertos. De acuerdo con el ritual, los dos del Sanhedrín recitaron salmos en voz alta para el muerto, colocaron el cuerpo envuelto en mantos perfumados en la tumba, cerraron la puerta con una gran piedra, y la suave luz de la luna surgió, porque el sol se había puesto.

A María sólo le quedaba un sacrificio por hacer; solamente una rica consolación para desechar y así ser completamente pobre, y era dejar a Su Hijo en las rocas bajo la

custodia de soldados romanos. Guardaría para ella sólo una cosa: un corazón despedazado cuando la última espada de Simeón lo traspasó hasta su empuñadura. Al llevarse esto, María podía ser el consuelo de todos aquellos que han perdido seres queridos; de todas las madres que lloran sobre sus hijos; y todas las amantes que gimen sobre los esposos. Ella entiende el dolor, porque ella perdió más que nadie puede perder. Algunos han perdido una madre; otros, un hijo; otros, una esposa; pero María perdió todo, porque perdió a Dios.

Ahora María se inclina sobre Juan y lanza una mirada furtiva a la cruz: la primera en ver en ésta una esperanza. Miles de corazones, bajo su dulce inspiración, desde entonces han mirado en esa cruz y se alegraron de que sus corazones estuvieran rotos, para que por su abertura pudiera entrar el amor de Dios. De la cruz María volvió sus ojos a la ciudad de Jerusalén; que Su Hijo había tomado para Sí como una gallina recoge bajo las alas a sus pollitos; ésta parecía ahora tan desconsolada y solitaria como un pájaro al que hubieran robado su nido. ¡Pobre Jerusalem! Dios la había amado mucho, pero ahora se había llenado la copa de su iniquidad, y su ruina estaba por llegar antes que pasara una generación.

María retomó la huella de su peregrinación de la mañana, haciendo por segunda vez el camino de la Cruz, desde la catorceava estación hasta la primera. Esta vez parecía más terrible que ía primera, a causa de la misma naturaleza del dolor. Todo amor tiende a la unidad, y en un amor como el de Jesús y María, sus dos corazones eran apenas uno. Ningún poder distinto a la Muerte se atrevería a separar en dos pedazos una unión tan exquisita: y, sin embargo, así lo hizo la muerte. El resultado fue que cuando ella lo dejó a El, su corazón se rompió en dos; ahora que ella ha quedado sola, la corriente de su vida difícilmente puede discurrir; no se trata meramente de que la mitad de su vida y su amor se hayan ido. Es algo más que esto. Es como si sus propias fuentes se hubieran secado como una corriente de verano. Sus vidas eran una; sus muertes son también una.

Su dolor, entonces, fue más profundo que cualquier dolor sobre la tierra en todos los tiempos; éste la hizo llorar, no precisamente porque lo hubiera perdido, sino porque lo amaba. El suyo era un amor inclinado totalmente a Jesús; un amor más grande que el amor de las demás madres, aun en el caso de que éstas pudieran compactar sus miríadas de amores en un acto más intenso y sin nombre; un amor que podía cargar cualquier cosa, porque lo que estaba dentro de ella era más fuerte que cualquier cosa fuera; en una palabra, un amor tan lleno de éxtasis y tan celestial que, si pudiera haber hecho su voluntad, ella habría construido todos sus Tabores sobre el Calvario. Con tal amor en su Corazón, ¿quién puede dudar que, mientras caminaba dando traspiés por las calles manchadas de sangre de Jerusalem, ella una vez más, en tono más arrebatado que nunca, cantara el Magníficat?

ORACIÓN

María, Madre de los Dolores, Tus siete dolores son como una Misa Santa. En Tu primer dolor, Tú fuiste nombrada Sacristán por Simeón para guardar la Hostia hasta la Hora del sacrificio; en Tu segundo dolor. Tú dejaste la sacristía para atender el altar cuando la visita de Tu Hijo santificó a Egipto; en Tu tercer dolor, Tú recitaste el Confíteor al pie del altar cuando Tu Hijo recitó Su Confíteor a los Doctores de la Ley; Tu cuarto dolor fue el Ofertorio cuando hiciste la oblación de Su Cuerpo y Su Sangre en el camino del Calvario; Tu quinto dolor fue la Consagración en la cual Tú ofreciste Tu propio cuerpo y tu propia sangre en unión con los de Tu Hijo por la Redención del mundo; Tu sexto dolor fue la Comunión cuando Tú recibiste el cuerpo de Tu Hijo del altar de la cruz; y Tu séptimo dolor fue el *Ite Misa est*, cuando Tú terminaste Tu dolor con un adiós a ia tumba.

María, Tu Corazón es todo para nosotros; es como una piedra de altar viviente en el cual es ofrecido el sacrificio; es la lámpara del santuario que salta de gozo delante de su

Dios; es el Acólito, de quien los latidos de su corazón son como los responsos de la liturgia; es el candelera Pascual que ilumina el santuario de nuestras almas con el sacrificio de sí mismo; es el incensario que da el olor dulce del incienso mientras se quema en amor por nosotros; es todo un coro angélico cantando cantos sin voces en los oídos encantados de la Hostia sangrante, Nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo.

María, sacristán de las almas porque fuiste sacristán de Jesús, es verdad que una vida no vale nada si no es coronada por una muerte feliz. Nosotros gastaremos toda nuestra vida en adelante pidiendo esto de Ti, con sólo saber que lo hemos de obtener al fin. Tu Hijo Divino dijo que El no dejaría huérfanos a sus hijos. Pero, María, nosotros estaremos huérfanos a menos que Tú seas nuestra Madre.

Mientras la Iglesia canta su Aleluya y las cosas muertas se levantan a la vida, en señal de la Resurrección de Nuestro Señor y Salvador, hay un gran pensamiento para llevar en la mente, y es: *lo que nosotros llamamos la vida, es sólo la muerte*. La única vida es la vida del Rey Resucitado.

¿Qué es lo que los hombres llaman vida? Ellos llaman vida ese dote temporal de fuerzas vitales que animan sus cuerpos, que dan vista a sus ojos, audición a sus oídos y latidos a sus corazones. La muerte es la opuesta a la cesación de todos estos procesos que hacían de la vida un gozo; es una sordina al golpear del corazón, que como un tambor de una marcha fúnebre se vuelve silencioso en la tumba. Esto es lo que los hombres llaman muerte. Y fue a la luz de tan estrecho concepto que los hombres juzgaron la majestuosa Persona de Cristo. Pensaron que Su vida terminó en la muerte.

Al principio de Su vida pública, con el primer movimiento de su apostolado, los Apóstoles dejaron sus redes, botes y escritorios de aduana y fueron tras El como el restaurador del Reino de Israel. Judas vio esto como una aventura financiera estupenda; Jacobo y Juan lo vieron como una oportunidad de sentarse a Su derecha y a Su izquierda en la gloria terrenal; los otros, celosos de sus hermanos, disputaron por el primer puesto en la mesa. El poder de arrojar demonios, la emoción diaria de la compañía con tan noble personaje, la paz que se introdujo en sus corazones cuando Sus palabras tomaron las alas de los ángeles, y la gloria de Su entrada triunfante en el Domingo de Ramos

en Jerusalem, hacían parecer Su muerte tan remota que la pensaban casi imposible. Aun cuando al mismo comienzo le oyeron hablar a El de Su Resurrección, diciendo que El reconstruiría en tres días el templo de Su Cuerpo, que los hombres destruirían; aun cuando le habían oído decir que como otro Jonás, El estaría en "el corazón de la tierra tres días y tres noches", todavía se adherían a una visión de la vida y la muerte, estrecha y mundana. Por esto Pedro se escandalizó a la sola mención de Su muerte. Por eso también fue por lo que, cuando vino la Semana Santa, y la muerte empezó a levantar su mano amenazadora contra Su Vida Santa, ellos se dispersaron como ovejas cuando el Pastor es herido. ¡Su Amo estaba a punto de morir! ¡Esto sería el fin de sus esperanzas! Judas pensó que, siempre que Su muerte era inevitable, él podría aprovecharse de ella como se había aprovechado de Su vida. Por esto vendió a Su Maestro por treinta monedas de plata: un signo de que las cosas Divinas siempre son cambalacheadas fuera de toda relación con su verdadero valor. Pedro, Juan y Jacobo que vieron a su maestro cuando Su rostro brillaba con el sol y Sus vestidos eran como nieve, dormían en el jardín cuando esa faz se perlabo de gotas de sangre y Sus vestidos se teñían de rojo como el vino. En los cuatro juicios delante de los jueces romanos y judíos no hubo un solo Apóstol para pronunciar una sola palabra en Su defensa: ¡Mientras los judíos hacían historia por su injusticia contra la Justicia, Pedro se calentaba ante un fuego, y con un impulso atávico a sus días de pescador. maldijo y juró que él nunca había conocido a ese Hombre.

Al pie de la Cruz solamente el Apóstol Juan estaba presente. Jacobo, su propio hermano, no estaba allí. ¡Ni tampoco Pedro! No estaban allí porque pensaron que todo estaba perdido. Cuando las últimas gotas de la redención rodaron del cáliz roto de la Redención, estuvieron convencidos que era cosa de minutos para que Su vida terminara- ¡En la oscuridad sobrenatural cuando el sol escondió su faz al paso de la luz, los amigos al pie de la Cruz musitaron que El estaba muriendo! ¡Un momento más tarde susurraron

que El había muerto! ¡Todo parecía perdido! La tumba estaba a punto de empezar a producir su hedor. La muerte había obtenido su victoria.

Cuando las sombras proyectadas por las tres cruces arrojaron su tristeza siniestra y meditativa sobre las figuras que se retiraban, muchos hombres y mujeres de Jerusalem aquel día revivieron dulces memorias suyas. Es de lamentar el hecho de que se esparzan más flores a nuestra muerte que a nuestra vida. Ellos lo amaban a El: no había duda de eso; pero era con esa clase de amor que se estremece de mostrarse al pie de una cruz.

Los Apóstoles guardaban la memoria de un bello Reino que, según parecía, como aconteció a Moisés, ellos lo iban a ver con sus ojos de la muerte, pero nunca entrarían en él. Ahora que la muerte había venido y la vida se había marchado, irían de nuevo a sus redes y botes. Tres años antes de eso el Gran Maestro los había llamado para que abandonasen su pesca y se convirtieran en pescadores de hombres. Ahora que Su Llama se extinguía en el momento en que iban a ser iluminados por ella, volverían a ser una vez más pescadores de pecees. ¿Qué más tenían que esperar? Aquel que esperaban que restauraría el trono de David, ¿no había muerto en un cadalso, con sólo espinas por corona, clavos por cetro, y Su propia Sangre por púrpura real? No había más que una palabra para expresar la actitud de ellos, una palabra humana con una visión humana y con un horizonte no más amplio que el horizonte en el cual el sol se oculta: *Cristo había muerto.*

Ahora vamos a contemplar otra escena algunos días más tarde: posiblemente una semana. Muchas cosas han acontecido en el ínterin. El Sumo Sacerdote ha vuelto a su sitio de juez, Pilato a su vasija de agua, y los Pescadores a sus redes. Era ahora la noche; el lago estaba salpicado de blanco porque las estrellas danzaban sobre él, y la luna enviaba sus rayos como garfios para mover sus mareas y todos los oleajes del mar. Siete seguidores del Señor que nunca podían olvidar lo Inolvidable se congregaban en torno al pequeño puerto de Cafarnaum. Sus botes con sus velas inclinadas, sus

asientos gastados y sus timones altos y rojos eran para ellos como otro hogar. Parecía como si fuera bueno pescar, ahora que habían vuelto de los hombres a los peces, y de la tierra al mar en busca de algo para asir. Simón, que fue llamado *Pedro la Roca* por El Maestro, llamó por toda la costa a Tomás, Natanael, Jacobo, Juan y a todos los otros y les dijo: "Voy a pescar". Y ellos replicaron mientras el eco devolvía sus voces: "Vamos también nosotros contigo". Así fue que entraron al bote, partieron, laboraron toda la noche y no pescaron nada. Muy al alba, cuando el sol empezaba a teñir de rojo la montaña de Galilea, comenzaron a remar hacía la costa. Y cuando se iban acercando, vieron a un hombre de pie en la playa, que parecía estar esperándolos, pero no sabían quién fuese. Su voz resonó como una trompeta de plata cuando El los llamó: "¿Hijos, no tenéis comida?" Y ellos respondieron: "¡No!"

"El dijo a ellos: "Echad la red a la derecha del barco y encontraréis". Estos arrojaron su red y al instante difícilmente fueron capaces de tirar de ella a causa de la multitud de peces que contenía. Y entonces todos comenzaron a temblar cuando la memoria de otros días despertó en su interior. "Es el Señor", musitó Juan a Pedro, y al momento su desbordante entusiasmo hizo que se ciñera su túnica de pescador en torno a sus caderas (pues estaba desnudo), saltara al mar, corriera los cientos de yardas que le separaban de Nuestro Señor, y arrojara su persona chorreante a los pies del Maestro, mientras los otros, que seguían en el bote, dejaban caer su red forzada pero no rota por la carga de sus ciento treinta y tres peces.

En la ribera ardía una fogata encendida por la Luz del Mundo. Cerca a ella había algún pan, y en sus ascuas llameantes algún pez asándose: una comida preparada por el Creador del Universo en la mitad de su Creación. Jesús les dijo: "Vamos, Almorzad". Y ninguno de los que estaban en torno a la comida se atrevió a preguntarle: "¿Quién eres tú?", porque sabían que era el Señor.

Cuando hubieron consumido la sencilla comida, el Señor de los Cielos y la Tierra se volvió a Simón Pedro y le dijo:

"¿Simón, hijo de Juan, me amas tú más que éstos?" El le dijo: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". El le dijo: Apacienta mis corderos. Y de nuevo le preguntó: ¿Simón, hijo de Juan, me amas? Y contestó Pedro: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Entonecs El le dijo: "Apacienta mis corderos. Por la tercera vez volvió a preguntar: ¿Simón, hijo de Juan, me amas? Pedro estaba apenado porque El le hubiera preguntado tres veces: ¿Me amas? Y entonces le contestó: "Señor, tú lo sabes todo: tú conoces bien que yo te amo. El dijo: "Apacienta mis ovejas".

La prueba había terminado. Por la triple negación en la noche de prueba, Nuestro Señor obtuvo una triple promesa de amor. Pero eso no fue todo. El quería recordar a Pedro que el amor es la llave para el entendimiento de la vida y la muerte al anticiparle la clase de muerte que sufriría. "En verdad te digo, que cuando eras más mozo, tú mismo te ceñías el vestido, e ibas a donde querías: mas en siendo viejo, extenderás tus manos en una cruz, y otro te ceñirá, y te conducirá a donde no gustes".

En pocas palabras, Nuestro Señor estaba diciendo a Pedro: "El Amor no es un amor de la vida terrena, sino un amor de la muerte; a causa de que yo te amé a ti, ellos me mataron; a causa de tu amor por mí, ellos te matarán. La recompensa de tus esfuerzos serán dos palos de cruz y cuatro clavos como yo los tuve, pero también la vida eterna". Muchos años habían de pasar antes que Pedro fuera atado así, y antes de eso él se reconocería a sí mismo como indigno de su Maestro, de modo que pediría ser crucificado boca abajo, pero a partir de entonces Pedro entendió algo. María Magdalena, María su Madre, y los otros apóstoles también lo entendieron. Era la tremenda lección de la Resurrección, que todo seguidor de Cristo entendería hasta el fin del mundo, la lección que significa desaprender toda la sabiduría del mundo, que éste hubiera enseñado y que enseñe cualquier día, la lección que aún hace emocionar nuestros corazones hoy día: *No fue Cristo el que murió; fue la Muerte.*

La Resurrección fue un hecho. El dijo que se levantaría nuevamente. ¡Y El se levantó! *Resurrexit sicut dixit!* ¡Oh! No penséis que Pedro y los Apóstoles fueron las víctimas de la desilusión; no penséis que ellos tuvieron una alucinación y tomaron sus ideas subjetivas por la manifestación del Vencedor de la Muerte. Todos los que vieron a Aquel que ellos pensaban muerto caminar en la nueva vida tuvieron que convencerse. Ellos ni siquiera estaban esperando la Resurrección. La ausencia de los Apóstoles en la crucifixión y los otros hechos mencionados arriba prueban que pensaban que la Muerte terminaba todo. En la mañana de Resurrección las mujeres fueron a la tumba, no para ver al Resucitado, sino para embalsamar su Suerpo; la principal preocupación de ellas era sobre quién iría a retirar la piedra de la puerta del sepulcro; aun en el momento en que la encontraron movida, no pensaron en una resurrección, sino en un robo desvergonzado del cuerpo. El mensaje de los ángeles no les inspiró a ellas fe, sino temor y horror.

Los Apóstoles tenían el mismo estado de la mente: la única cosa que temían era una alucinación. Por esto, cuando las mujeres anunciaron la Resurrección, en lugar de impresionarse, consideraron esas palabras como "ideas odiosas y no las creyeron"; Pedro y Juan fueron a verificar que la tumba estaba vacía, pero aún no conocían las Escrituras en lo relativo a la Resurrección. Sí, ellos estaban tan distantes de la idea de verlo a El trastornando los conceptos humanos de la Muerte, que cuando lo vieron a El por primera vez, pensaron que habían visto un espanto; María Magdalena pensó que él era el jardinero, y los discípulos que estaban en camino a Emmaus no lo reconocieron hasta la partición del pan, y cuando lo contaron a los otros discípulos, éstos no creyeron. Mateo nos cuenta que cuando El apareció en Galilea, algunos dudaron. La misma noche de la Resurrección algunos de Sus Apóstoles no podían aún creer a sus ojos, hasta que le vieron a El comiendo. Tomás dudó aún entonces, y no podía convencerse hasta poner sus dedos en Sus manos, y su mano en el Costado Divino para

ser curado de su duda y convertido El en la Esperanza y el Médico de los Agnósticos hasta el fin de los siglos.

Si Sus seguidores hubieran estado esperándolo, hubieran creído al punto. Si al fin terminaron por creer, fue porque el peso de la evidencia externa era tan fuerte que no pudieron resistirlo. Tenían que convencerse, y fueron convencidos. Tuvieron que admitir que sus puntos de vista sobre la muerte eran errados: Cristo no estaba muerto. La vida entonces no significa lo que los hombres llaman vida. Por esto, el mundo y sus ideas íenían que remediarse: ¡ Porque había una fuerza mayor que la Naturaleza! La Naturaleza no había saldado sus cuentas con El porque la Naturaleza recibió el único golpe grave que alguna vez haya recibido: la herida mortal de una tumba vacía; los enemigos no habían saldado sus cuentas con El, porque aquellos que mataron al enemigo encontraron que habían perdido su día. La humanidad no ha saldado su cuenta, pues El salió de una tumba para mostrar el pecho donde una lanza romana había hecho visible para siempre el Corazón que amó a los hombres tanto como para morir por ellos, y luego continuó viviendo para amar siempre; la mente humana no ha saldado su última cuenta, pues tiene ahora que aprender que lo que los hombres llaman vida es sólo la muerte, que la vida corporal no es la vida verdadera que aquel que deja arruinar su alma arruina también la carne que la guarda: en una palabra, *no fue Cristo el que murió; fue la Muerte.*

Pensad por el momento en la conducta de los Apóstoles ante la Resurrección, y la manera como actuaron cuando el Espíritu les dio la plena creencia en el Salvador Resucitado. ¿Qué nueva fuerza transformó así sus almas de los Apóstoles, como para hacer venerado el abyecto; maestro al ignorante; devoto al egoísta y santo al desesperado? ¿Qué poder era este que dio firmeza a Pedro, que una vez dijo que él no conocía a ese Hombre, y que ahora ante una audiencia de letrados de Partos, y Medos, y Elamitas, Mesopotamios, Prigios, Egipcios y Romanos, se levanta para asombrar sus corazones y conmover sus almas con el mensaje: "Disteis muerte al Autor de la Vida. Haced pues penitencia

y convertios a fin de que se borren vuestros pecados". ¿Qué manos eran estas que forzaron a Sáulo, el más acérrimo enemigo de los Cristianos, a que se convierta en un Pablo predicador, que estimó que todas las cosas eran nada, excepto la gloria del Resucitado? ¿Qué nuevo espíritu entró en ese grupo rudo y oliente a pescado de pescadores de Galilea, que los obligó a ir a la capital del mundo, que los desechó con desdén, y predicar allí el credo aparentemente grotesco de que Aquel que había sido ejecutado como un criminal por un Procurador Romano era la Resurrección y la vida? ¡Sí, esa idea fue más absurda para los romanos que la idea de un Dios Supremo y Perfecto es hoy día para H. G. Wells, o la idea de la pureza lo es para Bertrand Russell! Algún nuevo poder dinámico y colosal tenía que haber entrado en personas tan sencillas para que desbarajustaran un mundo judío e imponerse en un lapso de veinte años en toda la costa del Mediterráneo desde Cesárea hasta Troas. Sólo hay una fuerza en el mundo que explica cómo ascéticos habituales como Tomás, sensitivos recaudadores de impuestos como Mateo, hombres obtusos como Felipe, caracteres impetuosos como Pedro, soñadores delicados como Juan, y algunos pocos marineros que se tambalearon bajo el choque de una crucifixión, pudieran transformarse en hombres de fuego, listos a sufrir y si era necesario a morir: y esta es la fuerza del amor que se mostró a sí mismo en el Cristo a Quien los constructores rechazaron, y que ahora se ha hecho la piedra angular. Por doquiera contaron ellos el secreto de su éxito: habían sido testigos de una Resurrección. Aquel que estaba muerto, vivía. Y once de ellos partieron para hacerse cortar sus gargantas en testimonio de su creencia: y los hombres generalmente no se hacen cortar su cuello por una alucinación. Quedaba sólo una conclusión, que la sangre de ellos nos movía a deducir, y es la lección del Día de Pascua que ellos predicaron: *No era Cristo el que había muerto; era la Muerte.*

Los ciclos de los años se repitieron en la historia, pero era siempre la misma antifonía que subía de los corazones de los hombres. Cada año la repitió a su propia manera, de

modo que no hubo generación de hombres que se quedara sin las oleadas de la victoria. Ved cómo fue verificada esa lección cuando los seguidores del Resucitado Cristo enseñaron a Roma la verdadera razón de por qué era eterno. Crecido hasta más allá de su propia estatura, Nerón publicó su famoso edicto: "Que no haya Cristianos", y sus sucesores, con ningún temor de Dios para refrenar su crueldad, y un gran ejército para apoyarlo, se pusieron a la tarea de destruir el Evangelio del Salvador Resucitado. Las espadas de los verdugos, embotadas con la matanza, ya no cabían en sus vainas; las bestias salvajes que se saciaron con la sangre de los Cristianos ya se estremecían a la vista de ésta como si fueran más conscientes de su dignidad que aquellos que ordenaban que fuera derramada: el río Tíber corrió enrojecido como si ya uno de los ángeles del Apocalipsis hubiera vaciado en él la redoma que convierte las aguas en sangre. Por miles de veces de miles de gargantas salió el grito: "Que mueran los cristianos", así como miles de veces mil pulgares se volvieron hacia abajo en señal de muerte. Vino finalmente un día en que Roma pensó que había cortado la última mano que pudiera hacer el signo de la Cruz, y silenciado la última lengua que pudiera susurrar el nombre del Cristo Resucitado: ¿Y, sin embargo, cuál fue el veredicto de la historia? El veredicto de la historia es el veredicto de la tumba vacía. Fue la misma antifonía repetida en diferente estilo: No fueron los Cristianos los que murieron. Fue el Imperio Romano. *No fue Cristo el que murió; fue la Muerte.*

Llegaos más cerca de nuestro tiempo y veréis a la Pascua una vez más proclamando su lección, cuando los hombres se atreverían a olvidar aun el nombre. El fin del siglo diecinueve marcó la gran ascensión del hombre divorciado de Dios. Cada una de las verdades sagradas enseñadas por la Iglesia desde la primera Pascua se presumió que habían sido disueltas por el ácido del modernismo. Dios fue reducido a un símbolo mental y luego explicado psicológicamente; la vida fue reducida a química y luego explicada mecánicamente. Lo supernatural se convirtió en sinónimo de supersticioso; lo místico, identificado con lo misticado;

Cristo fue un mero reformador religioso como Buda o Confucio; la Iglesia era una secta, y el hombre iba en camino de ser un Dios.

Pero precisamente en ese momento, cuando el mundo se jactaba de su organización superior, de su fe en lo material y su duda en lo espiritual; precisamente en el mismo segundo, cuando se dijo que la muerte de la Iglesia marcaba el comienzo del mundo moderno, pareció que la corteza de la tierra se resquebrajaba mientras llegó el infierno a la superficie en la forma de la Guerra Mundial. La Ciencia, que se suponía que era un aliado del hombre, se volvió su enemiga; el hombre del que se enseñaba que era sólo una bestia, actuó como una vestía; las almas que se contaban como paja eran voladas ahora como forraje por todo el campo de batalla ensangrentado; Dios, a quien se había negado, dejó al hombre abandonado al ateísmo, cuyo otro nombre es muerte.

Y finalmente, cuando el humo de la batalla se había disipado, y los cañones de largo alcance fueron convertidos en chatarra, y los vivos hicieron un inventario de los muertos, se descubrió que el hombre había fracasado, y que las instituciones habían fallado. Había sólo una cosa que no falla; era la Iglesia y su firme lealtad a la Divinidad de Cristo. La antifonía de la Pascua estaba sonando nuevamente, sólo que modulada en diferente estilo: No es la Iglesia la que murió; es el Mundo Moderno. *No fue Cristo el que murió; fue la Muerte.*

Ahora entrad en vuestras vidas personales. Habéis oído la voz del Eterno Galileo llamando a vuestros propios corazones, como el abismo de la divinidad gritando en el abismo de la necesidad, y haciéndoos señas de que toméis Su Camino, Su Verdad y Su Vida. Quizas en un momento de silencio, El os haya susurrado que la Verdad está en Su Iglesia; en un momento de inquietud de conciencia, quizás os hizo señas que fuerais a Su confesionario; en una oración rápida, El os llamó a que hicieras una oración más grande. Pero vosotros pensasteis que parecería acercarse el fin de vuestra razón si aceptabais la Palabra de Cristo en su plenitud, que sería un abajamiento de vuestro respeto propio

si os arrodillabais para pedir perdón, y que sería una" tortura renunciar al mundo para hacer oración más profunda y prolongada. Entonces, por fin, vosotros disteis el gran paso y realizasteis la gran aventura. Aceptasteis la Verdad, confesasteis vuestros pecados, perfeccionasteis vuestra vida espiritual, y he aquí, que en estos momentos en que pensabais haberlo perdido todo, lo encontrasteis todo; cuando pensabais que ya ibais para la tumba, en realidad marchabais en la novedad de vida; y cuando pensabais que estabais en las tinieblas, estabais deslumhrados con la Luz de Dios. La total experiencia de conversión, confesión, y santificación, hacía aparecer en un principio como si estuvierais muertos, pero era solo un nuevo verso para un antiguo tema. Era la antifonía de la Tumba Vacía que los dedos de Dios hacen sonar en las cuerdas de vuestro corazón: no eréis vosotros los que habéis muerto; fue el pecado. *No fue Cristo el que murió; fue la Muerte.*

Cristo vive. El Eterno Galileo mora. ¿Por qué entonces no le reconocemos? ¿Por qué, entonces, dilatamos para abrazar lo inevitable que es Dios? No hay nada nuevo para tratar. No hay necesidad de nuevos laboratorios para probar nuevas fes. Nosotros las hemos probado todas y hemos encontrado que son viejos errores con etiquetas nuevas. Probamos todos los experimentos de los antiguo/ que creyeron en la supremacía del hombre y encontraron que, si nosotros no creemos en Dios, no podemos ser humanos; ensayamos nuestra fuerza y resultó que convirtió nuestros campos de amapola en Haceldamas de sangre; ensayamos la indiferencia, y esto terminó en nuestra identificación del espíritu de verdad con el espectro del mal; ensayamos la ciencia, y ésta alimentó nuestras mentes y dejó morir de hambre nuestros corazones; pesamos la tierra, medimos las vueltas de Arturo y realizamos un censo de las estrellas, llevamos nuestros termómetros al mismo centro del sol, y al fin teníamos nuevas medidas, números más grandes y nombres fantásticos, pero aun teníamos nuestra ignorancia, y nuestros dolores de cabeza, y "nuestro triste y universal siseo del pecado"; ensayamos el experimento de la ley, y no obedecimos la ley, sino

que la cambiamos para acomodarla a nuestras disposiciones **de ánimo**, y a esto **lo** llamamos progreso; ensayamos la **economía**, **nos** apoyamos sobre su báculo y resultamos con las **manos** perforadas; ensayamos **el** experimento de la Belleza, y encontramos que ésta se desvanecía en cuanto la tocá**mos** y envejecía cuando **la** abrazá**bamos**; ensayamos el **experimento de la** duda, y encontramos que si nosotros dudá**bamos** de nuestras dudas, nos veíamos en "confusión más confundidos"; ensayamos el experimento de la riqueza y nos **hallamos** más pobres; el experimento del Poder, y nos encontramos más débiles; el experimento del Orgullo, y nos **vimos más** pequeños. No encontramos ninguna sombra **acogedora cerca** de quietas aguas, donde nuestros cuerpos pu**dieran** reposar y nuestras mentes hallaran descanso; estamos **siempre** buscando, pero nunca hallamos; siempre tocando a la **puerta**, pero nunca somos admitidos; siempre aprendien**do**, y nunca llegamos al conocimiento de la verdad. Hay solamente **un** experimento que **el** hombre moderno en forma definitiva y verdadera nunca ha ensayado, y es el del amor, **no de** Jesús el Maestro, Jesús el Reformador, Jesús el Humanitario, sino de Aquel que es verdadero Dios y verdadero **hombre**, Nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo. En alguna **parte de la tierra Su** verdad absoluta que nunca yerra **espera aún**; en alguna parte de la tierra Su Vida Divina fluye en los corazones como fresco manantial de una Fuente Eterna; en alguna parte de la tierra Su Calvario está siendo prolongado **a** través del espacio y el tiempo, mientras otras **madres levantan** otros Juanes para que permanezcan debajo **de la cruz** y hacerla oscilar en bendición hacia los cuatro **ríos del Edén**; en alguna parte Cristo vive, ama y enseña, y **donde se halla ese** hermoso lugar trescientos millones de **almas sobre esta tierra** han conocido; pero el resto de las **ovejas aún no conoce de** su falta. El hermoso lugar donde las **ovejas conocen es la** Iglesia del Cuerpo Místico de Cristo.

ÍNDICE

<i>Cap.</i>	<i>Pág.</i>
1. LA INFINITUD DE LO PEQUEÑO	7
2. PASTORES Y MAGOS	17
3. EL ARTESANO DE NAZARET	26
4. LA GUERRA CON LA TENTACIÓN	32
5. EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA	41
6. LA LUZ DEL MUNDO	53
7. EL REY DE LOS CORAZONES	63
8. EL CONSTRUCTOR DE PUENTES DE DIOS	74
9. INTIMIDADES DIVINAS	82
10. PROFUNDIDADES DE LA SENCILLEZ	90
11. TAHÚRES EN EL CALVARIO	99
12. LAS CRUCES DEL AMOR Y DEL ODIO	107
13. LA CRUZ Y EL CRUCIFIJO	116
14. Los SIETE DOLORES DE MARÍA	122
Profecía de Simeón	122
La Huida a Egipto	125
La Pérdida de tres días	128
María encuentra a Jesús cargando la Cruz	131
La Crucifixión	134
El Descendimiento de la Cruz	138
El Entierro de Jesús	141
15. LA VIDA ETERNA	145